The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
T164m

898.2 Taneblo Pacat
T164m Maïsa: páginas
de amor y pensa-
miento

DATE

Library Bureau

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

# MAÏSA

O. TANEBLO PACAT

# MAÏSA

## PÁGINAS DE AMOR Y PENSAMIENTO

Sobre blancos pergaminos
yo mi amor escribiré,
para que sean testigos
de todo cuanto te amé.
Y esas páginas de amor,
por un broche de oro unidas,
que sean eternas memorias
de dulces horas vividas.

*A. P. A.*

CATTANEO Hnos.
EDITORES
SANTA FE
1924

30 92

# PREFACIO

*A mi regreso de un viaje a Tucumán, por la línea del Central Argentino, al recoger mi cartera que se había caído al fondo del armario que en los coches de esa empresa se abren a la cabecera de las literas, encontré un paquete cuidadosamente atado con una cinta color celeste y blanca, de la que colgaba una tarjeta en la que podía leerse lo siguiente, escrito a máquina:*

*"Pasajero amigo:*

*"Seas quien seas, hombre o mujer, niño o adulto, "sabio o ignorante, obséquiote con el contenido de "este paquete.*

*"Es la historia de un naufragio. Has lo que "quieras de ella.*

*"Si quieres leerla, léela. Si no te agrada y quie- "res destruirla, destrúyela, y si lo deseas, puedes "arrojar sus fragmentos por la ventanilla de este "coche. Si te gusta su lectura y quieres conser- "varla, es tuya. Si quieres publicarla y perder dinero, "te dejo el derecho exclusivo de propiedad.*

*"Solo te hago una advertencia: estas páginas "han costado muchas vigilias y muchas lágrimas al "náufrago que las escribió.*

*"Adiós, pasajero amigo. Te deseo la felicidad "de amar como he amado y ser correspondido.—*

*Arg. Patricio Anteo".*

*Creyéndome legítimo poseedor del contenido del paquete, lo abrí, y hé aquí las memorias que envolvía y que por serme agradable su lectura, he resuelto publicar. Hago uso de uno de los derechos que me acuerda su autor.*

*Hago bien, o hago mal? Me entrego al capricho del destino.*

O. TANEBLO PACAT

396850

# MIS MEMORIAS

## Cuarta Parte
## (Seconde Jeunesse)

Toda esta parte de mis memorias, la forma el encuentro que tuve con una dama que se cruzó en mi camino al atardecer de mi existencia.

Bella como una deidad pagana, vino a ofrecerme el néctar delicioso de sus labios de fuego.

El recuerdo que dejó en mi alma, se halla reflejado en estas hojas donde quedan copias de las cartas que le dirijí, copias que he conservado con el mismo religioso respeto con que conservo el mechón de pelo que me entregó al cambiarnos el último beso.

En esas cartas he condensado lo más reducido que me ha sido posible, todo cuanto escribí en los meses que siguieron a ese impresionante episodio de mi vida. Más que simples cartas de amor, son conversaciones que para engañar mi soledad, para preparar mi espíritu al presentido desengaño, sostengo sin réplica con ese ser misterioso que se llevó mi corazón.

He estampado en estas hojas las impresiones de una alma enferma. Hube de escribirlas en el secreto. Sin fuerzas para destruirlas y no

queriendo que ellas fueran causa de disgusto para un ser querido, las dejaré lejos de mi gaveta, abandonadas a lo que el destino disponga.

He vuelto a ver a la distancia la silueta jentil de esa dama; llegué a tenerla bastante cerca para ver otra vez esos labios que se posaron en los míos, esos rizos que acariciaron mi frente, pero ni he vuelto a escuchar el suave murmullo de sus palabras, ni he vuelto a ver el fulgor de esa mirada. Cuando la busqué, esos ojos se volvieron hacia otro lado.

Maïsa, es el dulce nombre con que la evoco en mis noches de delirio. Lector, no trates de saber quién es. Para mí, es la encarnación de un ideal; para tí, no puede ser más que una mujer.

*Arg. Patricio Anteo*

## MAÏSA:

Yo soy planta trasplantada
en esta tierra argentina,
vine de un país de flores
donde hay arte y hay poesía.

Soy galo de las vertientes
de esos montes pirenaicos,
do cantaron los troveros
de los laúdes arcaicos.

En donde la gaya ciencia
halló su templo y su altar,
en donde a Clemencia Isaura
la leyenda hizo inmortal.

Y ahora en tierra de Ascasubi,
de Mármol y Echevarría,
son esos bardos que invoco
para cantarte, alma mía.

Para cantar al fulgor
de tu mirada esplendente.
. . . . . .
Para cantar el amor
de mi corazón doliente.

*Arg. Patr. Anteo*

# CARTAS A MAÏSA

## Primera Carta

25 de Febrero.

Son estas hojas los testigos santos
de mis horas de amor, no las destruyas,
eres la musa que inspiró estos cantos,
mis horas de pasión son solo tuyas...

Guarda este libro! Todas mis congojas
y mis dichas de amor, las lleva impresas.
Te dejo el corazón en estas hojas,
tú sabrás si las rompes o las besas.

J. de D. Peza

---

Hoy domingo, día de soledad, viviendo en la aflicción de no verte, pero con el corazón lleno de esperanza porque te he descubierto, porque sé que no estás lejos de aquí.

Hoy tres semanas! Te acuerdas? Era también un domingo, que me dominaste con el fulgor de tu mirada, y fué después del canto del gallo que consentiste en escribir conmigo una página de amor en el libro de nuestra vida!

En aquella noche inolvidable, fuiste toda una mujer grande y fuerte. Oh! aún te veo venir hácia mí, bella como una diosa! Me parece aún

sentirte sobre mi pecho apasionado, devolviéndome mis caricias de fuego! Recien nos conocíamos y parecía que la amistad de un siglo nos unía!

Caímos uno en brazos del otro, como rendidos por una larga lucha! Ah! porqué no morir entonces!

Me dijiste que te llamabas Maïsa y me diste el nombre de tu extinguido esposo, pero no quisiste decirme ni el nombre de tu padre ni el de tu mamá.

Me dijiste que vivías en Buenos Aires, pero no quisiste darme tu domicilio. Me dijiste que ibas a la estancia, pero no quisiste decirme el punto en que se hallaba. Y para peor de mis males me pediste discreción!

Aquella mañana, a pesar de todo me fuí a la estación para verte partir. Me llevé un chasco, cuando llegué, el tren había ya salido! Después que te fuiste, la primera semana trascurrió sin que pudiera reponerme del aturdimiento que me causó tu aparición inesperada sobre el camino de mi vida.

Recorrí maquinalmente el Norte de la Provincia sin que mi pensamiento se desviara por un minuto siquiera del recuerdo tuyo. La segunda semana, o sea la de carnaval, fuí a pasarla a R. Marché, alegre y esperanzado, porque ahí esperaba verte.

No hallé como otras veces el reposo en la religiosa tranquilidad de mis lares, pero abracé

con placer esas chicas altas y lindas, casi tan lindas como la tuya. Abracé a mi pibe, rubio sólido y vivo, casi tan lindo y vivo como el tuyo. Me deleité con dos amorcitos tiernos e inocentes que esperaban mi llegada para saborear mis bombones.

Pero aquello no fué más que el reposo de una hora. Satisfechas las efusiones del primer momento, hartas esas cabecitas de mis besos y caricias, salí de mi apartado barrio para correr hacia el centro de la ciudad pretenciosa.

Visité a muchos amigos, conversé, observé y asistí a todas las salidas de biógrafo. Me inquirí sobre el Dr. . . . . ., la fecha de su fallecimiento, etc. Recien me acordé que lo había conocido en vida, era Director de la. . . . . Me hablaron de la familia y si bien había datos que podían coincidir, había otros tan diametralmente opuestos que al final no había conseguido, a pesar de mi tenacidad, sacar nada en limpio. Cierto que tuve que proceder con mucha cautela.

La tercera semana me marché ansioso. Jamás apresuré tanto mi salida. Una fuerza irresistible me atraía hácia el Sud, hacia aquellos parajes que allá por el 76 formaron el núcleo fuerte en la lucha contra el indio bárbaro y heróico. Lucha que llevó la enseña de la civilización hasta las márgenes del Río Negro.

Hablaste tanto aquella noche, que algunas frases se te escaparon. Absorto ante tu belleza

y embriagado por tu presencia casi no prestaba atención a lo que decías; hube pues de hacer un gran esfuerzo de memoria para coordinar los datos aislados que se te escaparon. Es debido a eso que tenía una idea fija hacia el Sud.

No fué la inspiración, fué el instinto.

Apenas llegué anoche y hube sacudido el polvo del camino me fuí al Café. Era ya tarde para hacer visitas.

« Aquí llegan los náufragos del mundo;
« Aquí en la pobre y mísera taberna
« El pueblo alivia la tristeza eterna
« De un color cuyo fondo nadie ve;
« Este es el sitio, la fatal guarida
« En donde a unos la miseria lanza,
« A otros un amor sin esperanza,
« Y a muchos como a mí... ¡Yo no se qué!

JOAQUÍN CASTELLANOS

El café en las ciudades da una idea de lo que habrán sido las pulperías en la campaña. Dicen que éstas, en las horas históricas de la Patria, recogieron el grito de libertad que exhaló de las primeras y lo hicieron repercutir hasta el más humilde y apartado *rancho* de la pampa pastora.

Es en el café de las ciudades donde se pueden recoger todas aquellas noticias que no publican los diarios. Es una lonja para los mercaderes; es un pozo de noticias para el periodista; es el sitio donde acude a distraerse aquel que no tiene

familia ni parientes, es donde el bebedor encuentra su oasis, y el jugador su tapete.

Es el café donde germinaron las grandes ideas y donde se han fraguado los grandes crímenes.

Círculo, club o casino para la aristocracia; *café, bar* o *estaminet* para la clase media; taberna o despacho de bebidas para el pueblo, sería muy difícil asegurar si esos establecimientos deben ser detractados o glorificados. Es de ahí que ha salido todo lo grande y lo pequeño de la sociedad desde tiempos muy remotos.

Es ahí que el futuro beodo empina su primera copa, ella será la causa de la degeración moral y física de la raza! Es ahí que el joven inexperto juega sobre el tapete esa primera carta que quizá lo llevará a presidio!

Pero también es ahí donde el poeta se inspira para su primer comedia. Es ahí donde el psicólogo profundiza sus estudios sobre la especie humana. Es ahí donde la juventud entusiasta se comunica sus anhelos de un mundo nuevo de bondad y de justicia. Es de ahí que saldrá la tea incendiaria que destruirá el pasado y ahí se concitarán los artífices del porvenir!

Es ahí que se arroja por el suelo el honor del hombre, la honra de las mujeres. Rara vez se enaltecen las virtudes agenas. El hombre es *necesariamente* malo!

El café es el refugio del viandante en las horas de calor, de frío o de lluvia. Ahí acude el ma-

rido que ha reñido con su consorte, el amante que se ha disgustado con su prometida, el inferior que ha sido apercibido por el superior.

Suprimir el café sería suprimir una de las sólidas bases sobre la que se apoya la sociedad. No es malo ni es bueno, es un compuesto de ambas cosas. Antro de perdición, pero escuela de virilidad. Ahí el hombre aprende a ser hombre. Ahí el jugador ejercita la facultad de improvisar, de estar listo a todos los golpes, su mentalidad se sutiliza.

Me fuí, pues, al café.

El primer amigo que hallé, un periodista, se sentó a mi lado. Se habló del calor, de la situación política, del estado de la agricultura, del desastre ganadero. Al hablar sobre el trigo pregunto ingenuamente si es aquí donde se ventila un pleito por. . . . . y mi amigo, me da todos los detalles de lo que me interesa saber. Me dijo muchas cosas, pero muchas, y yo no había hecho más que una pregunta!

Eso es el café!

Y hoy, con el corazón satisfecho de aquel que puede decir: al fin te tengo! he aquí, mujer adorada, las páginas que te dedico, donde pongo lo mejor de mi pensamiento y todo mi corazón.

Porqué tan grande amor? . . . . . Yo creo que solo podría explicarlo ese Sublime artífice que preside las evoluciones del Universo. Si ello fuese solo el resultado de una simple

aventura, ya te habrías extinguido en mi memoria; pero ante lo que siento, cada día con mayor intensidad, llego a creer que aquello es más imperecedero que la vida del hombre. Es aquello más fuerte que la misma muerte!

Ayer, cansado de sufrir, lloré. No traté de contenerme. Cuando niño, parecía que la naturaleza me había negado las lágrimas. Hoy que soy hombre ya maduro, poseo el triste privilegio de poder llorar!

Cumplirás la promesa que me hiciste? Eterna pregunta que me hago día y noche! Tan cerca de mí y no verte! pensar que quizá tienes dueño! pensar que estoy solo para devorar mis lágrimas! En mi situación atroz, a quién podría hacer confidente de mi dolor?

Y en esas horas de horrible angustia, es que acudo a tu mechón de pelo. Preciosa reliquia, a cuyo perfume mi alma se siente revivir!

Oh! por dos horas de suprema dicha, como no recuerdo haberla disfrutado jamás, cuánto sufrimiento!

## Segunda Carta

27 de Febrero.

Si jamais vous n'avez senti que d'une femme
Le regard dans votre âme allumait une autre âme,
Que vous étiez charmé, qu'un ciel s'était ouvert,
Et que pour cette enfant qui de vos pleurs se joue
Il vous serait bien doux d'expirer sur la roue...
Vous n'avez point aimé, vous n'avez point souffert!

Víctor Hugo

---

Adorada, al fin te he visto!

. . . . . .

Oh! el corazón no me engañaba al traerme hacia X!

. . . . . .

Ayer, en el comedor, veo una dama sentada en una mesa dándome la espalda; la acompañaba un lindo niño rubio y un hombre.

Yo no sé qué pasó de instintivo en mí, para decir a mis amigos y compañeros de mesa:

Cuando veo una mujer como esa señora, siento una emoción inexplicable.

Ellos se reían . . . . . y yo meditaba!

La presencia de ese niño debía haberte denunciado, pero ya sabes que la naturaleza ha sido mezquina con mi visual. Solo cuando después del almuerzo pude escuchar arriba el comen-

tario de mis amigos con los sirvientes, pude explicarme la emoción causada por esa señora.

Esa señora eras tú! . . . . . .

Oh! jamás se podrá llegar a una explicación satisfactoria sobre lo que es amor! Es aquello demasiado sublime y grandioso!

Vanos filósofos! Habéis empleado inútilmente vuestra vasta sapiencia y consagrado los largos años de vuestra vida en descifrar este misterio! Estamos ahora como antes, tan ilustrados como sobre el más allá de la existencia!

Que se ama a una mujer porque es bella?

Porque tiene un simpático metal de voz? Por que tiene lindos ojos? Porque tiene una sedosa y abundante cabellera? Porque tiene manos y pies diminutos? Porque tiene una conversación agradable? Porque viste bien y es elegante en el andar?

Quizá por algo de todo eso, quizá por nada de eso! Yo no he tenido tiempo de saber porqué me cautivaste. Te amo por que te amo, yo no sé porqué! Yo no sabría explicarlo! Pero lo que sé, es que te adoro!

Habré quedado prendado por tu espíritu travieso y comunicativo? Por la cariñosa finura de tus modales? Te acuerdas que me contabas todos tus asuntos? y que cuando cesabas de hablar yo te pedía que continuaras? Me embriagaba tu conversación! Te hubiera escuchado horas y días! Quizá también me cautivó un gesto

de pudor que tuviste en medio de nuestro abandono!

Tu persona me fué tan dulce! Tan agradable! Me agradó la suavidad de tus maneras, la franqueza de tu carácter!

Yo he creído en tí! yo he creído en todo lo que me pareciste en ese momento. . . . .
. . . . . .
y me abandoné sinceramente a un amor infinito por tí!

Te lo repito como te lo dije entonces! Yo te había presentido! Yo sabía que te cruzarías en mi camino! Yo te había soñado! Yo esperaba esa aventura con algo bueno! y hallé en tí algo muy bueno!

Aquella mañana quise asistir a tu partida para verte bien. Desgraciadamente creo que llegué tarde o no supe acertar con la estación por la cual salías. Cómo haría para reconocerte! yo que solo te había visto a la distancia. . . . . o en la penumbra! . . . . . .

Ayer ví cuando volvías del toilet; me miraste? Eso nunca lo sabré! y si me miraste, cómo fué esa mirada? . . . . . .

Desde mi pieza que domina el largo corredor, ví entrar y salir a las numerosas personas que te visitaron. Por la noche, en el comedor, al pasar frente a tí, busqué tus ojos. Mirabas aparentemente con intención hacia otro lado!

Hice de sentinela hasta las 3 de la madrugada. Loco de mí! Se me hacía la ilusión de verte surgir de la penumbra y venir hacia mí!

Dormí dos horas! Qué horrible despertar!

Tronaba y llovía torrencialmente, cuando llegó a mis oídos el sonido de voces argentinas. Un terrible presentimiento me hizo saltar de la cama, me asomé en pyjama por la puerta entreabierta y pude ver cómo bajabas la escalera con los tuyos.

Te marchabas! . . . . . .

No recuerdo en el trascurso de mi vida haber sufrido una conmoción igual.

Qué desesperación! . . . . . .

Consulté rápidamente la guía de ferrocarriles; un tren salía a las 6 y eran las 5.50. . . . . En ese momento angustioso me parecía que mi cerebro tocaba las fronteras de la locura! . . .

Se vá! grité como un loco, y regué la almohada con mis lágrimas.

. . . . . .

Por una de esas reacciones que no me explico, quizá impulsado por la misma desesperación, me vestí en dos minutos, bajé la escalera en tres saltos y ordené al primer cochero me llevara a escape a la estación. Cimbró la fusta, los caballos arrancaron al galope, y pude ver de una ojeada las caras extrañadas de la servidumbre al ver salir un pasajero tan temprano, con esa lluvia. . . . . y sin equipaje. Ello me obligó a preparar un pretexto por si me preguntaban.

Me fué fácil: Un amigo de la infancia venía de M. para seguir viaje a R. y quería saludarlo a la pasada; quién se animaría a dudarlo?

---

Y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,
volvimos saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hácia sí, pieza tras pieza.
Vibró con furia y lo arrastró silvando.

R. DE CAMPOAMOR

Tenemos todos en el fondo de nosotros mismos un espíritu emotivo que se manifiesta hasta en nuestros actos más insignificantes. Es el alma del jugador que todos poseemos. Porque todos somos jugadores en la vida.

Se quiere combatir el juego. Pero, si la vida es un juego. Los utopistas que sueñan con un mundo de perfección y de igualdad, solo conseguirían despojarla del mayor de sus atractivos: la lucha por ella misma.

La vida tiene su parte triste, pero tiene su parte hermosa. No habría goce si no se conociera el sufrimiento. Nosotros buscamos la lucha como alimento para la superioridad mental de nuestra especie.

Eso me lo sugiere el pensar que una de las grandes emociones que experimenta el viajero es alcanzar o perder un tren.

Alcanzar el tren al momento que emprende la marcha y no disponer más que del tiempo pre-

ciso para colocar el pie en el estribo, es emocionante. Venir a todo correr y oír a dos cuadras antes de llegar el toque de campana que anuncia la salida, qué nerviosidad no se experimenta!

Se quiere disgusto más grande que perder un tren para un viaje resuelto y deseado?

Perder un tren cuando después de una larga ausencia se desea regresar a sus lares? Pues bien; amigos he tenido que se han rehusado a marchar a la estación para llegar media hora antes de la salida, temerosos de parecer ridículos. Han preferido correr el emocionante riesgo de perder el tren!

Esto me trae a la memoria un caso de mi amigo el poeta riojano M. R. Habíamos pasado tres días divertidos en esa ciudad de La Rioja que hicieron célebre las hazañas del terrible Facundo y del simpático Chacho. Ciudad de las flores y de las mujeres lindas, bajo cuyo clima benigno créese disfrutar de una eterna primavera.

Debíamos salir por el tren de las 10 de la noche para Córdoba, y ese buen amigo tuvo la peregrina ocurrencia de solicitar la mano de una niña, veinte minutos antes de la salida del tren. Es de imaginarse la situación del pretendiente. Necesitaría por lo menos cinco minutos para llegar a la estación, siempre que hallara un auto a mano, de manera que solo disponía de quince minutos para proceder a una operación tan de-

licada como es la de pedir a un padre lleno de protocolos, la mano de su hija. Siquiera el padre hubiera sido yankee y M. R. hubiera poseído el pico expeditivo de Oyanarte, pero mi buen amigo padece de toda la cachaza del riojano, y como buen poeta, le gusta adornar de flores sus discursos.

Y me lo veo, al amigo M. R., pendiente de la resolución del padre, y el tren que silva a lo lejos y que debe llevarlo a un viaje impostergable. Yo, esperándolo en la estación, me había despedido mentalmente de él, pero el bárbaro había tenido suerte en todo!

No solamente había conseguido lo principal, que era la mano de la niña, sinó que había encontrado quien lo tomara en su auto y que el tren, ya en marcha, tuviese que detenerse, no sé porqué causa, a dos kilómetros de la estación! Se quiere una emoción más grande en el viajero? Con qué gusto pagó dos botellas de Champagne, . . . . . y con qué gusto las bebimos!

La mujer es más práctica cuando viaja: o pierde el tren por media hora, o llega media hora antes. Las viejas llegan siempre previsoramente con una hora anticipada.

Me cuentan de una anciana que llegaba a la estación toda agitada de mucho correr. Eran las 9 de la mañana. «Señor: pregunta al Jefe de estación entre sofocones, ya salió el tren para X? «Pero señora, contesta el interpelado, hasta

las 5 de la tarde no sale». La buena anciana junta las manos, dirije al cielo una mirada de beatífica gratitud y exclama toda transportada de alegría «Ah! gracias a Dios, que llegué a tiempo! . . . . .

Pero también se experimentan dolorosas emociones en la pérdida de un tren. Un íntimo amigo mío recibió la noticia del fallecimiento de un ser querido, corre a la estación, pero el tren había salido cinco minutos antes! . . . . . Vivió una angustia de 32 horas! . . . . .

Todos esos casos pasaron como un relámpago ante la imaginación mia, mientras el coche corría. También recordé que la mañana aquella, tenías que tomar un tren a las 7.45 y que querías levantarte a las 6.

Esto me daba la esperanza de que hubieses en esta ocasión madrugado más de lo necesario.

Deberé describirte todo lo que sentí cuando llegué a la estación y te ví en el buffet? Dónde hallaría frases bastante expresivas para hacerlo? Qué intensa emoción sentí en ese momento!

Los ojos velados de llorar, la corbata mal anudada, el cabello sin peinar, tal sería mi estado al contemplarte desde lejos. Te miraba.... y estabas linda y fresca como el amanecer de un día de primavera.

Yo creo que son esas sorpresas de la vida, las que hacen creer en la posibilidad de la existencia de Dios.

Quizá Dios fué creado por la imaginación calenturienta de seres felices.

Si en ese momento yo no hubiese sabido que quizá Dios existe, yo lo habría inventado.

Parado junto a la boletería, pude ver que me miraste. . . . . y ví que volviste a mirar tres veces todavía! Porqué me mirabas?

Mi amigo F. que aquella mañana salía para R. en el mismo tren que tú, me proporcionó un excelente pretexto para acercarme a tí y decirte, hablando con él, todo lo que yo tenía que decirte. Y me habrás oído, porque me pareció, aún jugueteando con el lápiz sobre la mesa, que escuchabas lo que yo decía!

Cuanto yo dejé de hablar, me preguntó mi amigo si sabía quien eras tú; a mi negativa me lo explicó, me dijo muchas cosas y cuando más me decía, me parecía que más te amaba.

Después te fuiste. . . . . sin mirarme!.... y a pesar de la indiferencia con que acogiste un acto de simple galantería de mi parte, que pudo hacer creer que faltabas a la más elemental de las reglas de urbanidad, noté que al partir el tren tu última mirada fué para mí!

Dios me había concedido la gracia de vivir una hora larga a dos varas de tí y tenerte por un segundo tan cerca, que me pareció aspirar ese perfume divino con que me embriagaste aquella noche.

## Tercera Carta

28 de Febrero

> Insensiblemente, por obra exclusiva del tiempo y de la naturaleza, las minas que no existían en las entrañas de la tierra se fueron formando en la superficie. No eran de oro ni de plata ni estaban ocultas e inmóviles; eran visibles, rodaban sobre la pampa inmensa, animadas, mugientes. Eran minas de carne, capaces de alimentar a naciones enteras, sin más trabajo que el de transportar sus productos a los mercados del consumo mundial.
>
> J. Ingenieros
> (La evolución de las ideas argentinas)

---

Veinticuatro horas han trascurrido y aún no me siento con la tranquilidad de espíritu suficiente para analizar los acontecimientes de ayer y anteayer.

Como te decía, aquel amigo a quien despedí en la estación, que viajó en el mismo tren que tú hasta R., me preguntaba en el buffet, señalándote, si sabía yo quién eras. Y a mi negativa, refirió una cantidad de cosas tuyas, diciéndome entre otras cosas que te habías quedado pobre. Que habías gastado mucho!

Yo me dije: Bendita seas, que tuviste alma grande para gastar. Esto te enaltece a mis ojos! Con que eres pobre? Mejor! Eso podría acortar la distancia que nos separa. Pero yo deseo más todavía, mucho más! Deseo que tu belleza se marchite pronto y que mi edad pudiera estancarse para esperar tu perigeo! Y cuando ya nadie quiera de tí, cuando te sientas abandonada, cuando llegues a absorber el cáliz del desengaño, verte venir a mí, recibirte en mis brazos, cubrirte con mis besos y marchar unidos el trecho que nos resta para llegar hasta las puertas de la vida eterna.

Porque yo no te quiero por tu belleza, que no alcancé a ver, por tu juventud que no pude apreciar, ni a la distancia ni en la penumbra. Yo lo que quiero es tu alma! Esa alma que palpitó junto a la mía en la noche ténue!

Yo quiero escuchar el murmullo de tus palabras a mi oído!

Yo quiero sentir tus rizos acariciar mi frente!

Yo quiero posar mis labios sobre tus labios.

Yo quiero perderme en la noche sin fin de tus encantos! . . . . .

Ese amigo me contó también que habías vendido tu *estancia.* Me hizo la explicación financiera de la operación, que solo escuchaba a medias para contemplarte. En resúmen he venido a deducir que esas tierras fértiles y extensas han llegado a manos del labriego por una suma doble de la que tú recibiste! Esa ha sido la eterna ley de la especulación en este país bendito!

Y es así, Maïsa, cómo se desmenuza la propiedad de esta tierra argentina, que el arrojado conquistador arrebató a las tribus aborígenes!

En aquellas *mercedes* que por cédula real fueron atribuídas las tierras descubiertas por los Adelantados, se fué formando la *estancia* criolla, enclavada en medio del desierto.

Ella fué la que trazó rumbos positivos a la marcha evolutiva de la Colonia, y la que significó fuerza y movimiento en la formación de la nacionalidad. Es en la «representación de los hacendados», asumida por Mariano Moreno, que se asientan los principios de la revolución bajo su faz económica.

Es la *estancia* que provee el potro criollo, veloz y resistente, a los primeros ejércitos de la patria. Es de la *estancia* que sale el cantor que con sus trovas improvisadas inflamará el coraje de los combatientes. De la *estancia* llegarán el *rastreador* y el *baqueano* para indicar el camino a los improvisados capitanes. Y es en la *estancia* donde se reclutarán esos fieros centauros de San Martín que fueron a cosechar los frutos de la victoria sobre las ruinas del trono de Atahualpa!

La *estancia* resistió a los utopistas de la revoción, y restableció el orden en el cáos del año XX. Ella intentó la primera expedición al desierto para librarse de malones. La *estancia* fué el báculo principal en la cruzada libertadora del 52, y la organización nacional fué posible por su consenso.

Es que la *estancia* ha sido el porqué de la nación misma, en la hora de su formación.

Pero la *estancia* criolla se va! La mano experta del extranjero la transformará a ella también como a todo. La *estancia*, dado el valor de la tierra, no puede ya conservar sus extensos dominios. Debe abandonar su sitio a los establecimientos modelos o al labrador.

El arado trazará el surco ahí en ese suelo donde resonaba el galopar del bridón al parar rodeo. La simiente hallará tierra fecunda en el sitio en que se formaba el corral que vió salir al intrépido gaucho domador, enhorquetado por músculos de hierro sobre el lomo combado del bruto, para traerlo manso como cordero, o para tenderlo de un talerazo entre las *aspas*.

Las generaciones venideras solo conocerán por la leyenda el aspecto pintoresco de la estancia criolla a la vieja usanza; su *hierra*, su *esquila*, sus cantos y sus bailes!

Solo en la leyenda podrá evocar el pastor de las pampas, de tez cobriza, el chambergo echado, montando el *pangaré* o el *tostado*, envuelto en su *poncho* pátrio, y cortando con el galope el helado pampero! Y entonces sentirá placer en repetir mentalmente esas décimas de Sebastián Berón:

Luego con viveza suma,
sacude su cabellera,
como si olvidar quisiera
los recuerdos que le abruman,

y antes que el pesar le suma
en nuevo aletargamiento,
veloz como el pensamiento
da un salto sobre el recado,
y el noble bruto esforzado
parte a un galope de viento.

Y allá va, suelta al pampero
la reluciente melena,
tan magestuosa es su pena
como gallardo es su apero.
Alta lleva del sombrero
el ala sobre la frente,
chispeando al sol naciente
la daga en el tirador,
y a espaldas del payador
su compañera doliente.

Oh! la *estancia*. Noble matrona que ha cumplido su misión. Busca su tumba en las desiertas lejanías de la Patagonia o en medio de la inmensidad de las selvas chaqueñas!

La *estancia* ha merecido bien de la Patria!

Y vosotros, argentinos de la estirpe patricia, que víctimas del sensualismo habéis trocado vuestro patrimonio por un poco de oropel del extranjero, seréis los párias del mañana en esa misma tierra que fué vuestra, y que por la libertad vuestros abuelos regaron con su sangre!

---

Dominado por tu recuerdo, sin otra preocupación que tí, de lo que haces y de lo que harás, me rompo la cabeza para descubrir el medio de

averiguar tu domicilio en Buenos Aires. Esto me será difícil, si es que puede haber algo difícil para quien ama!

Necesito ese dato, para marcharme con el alma tranquilizada. Bien podría preguntarlo a tus amigos, pero debo ser discreto. Te lo prometí, cumplo mi palabra. Cumplirás tú la tuya?

Me dijiste Callao, pero creo que me dijiste «por Callao», lo que es bien distinto. Pero lo averiguaré. Necesito saberlo! y saberlo pronto, porque me voy de este pueblo! Necesito saberlo porque no escribo estas líneas que tantas lágrimas me cuestan, para después romperlas! Yo necesito que las leas! . . . . . y tendrás que leerlas!

Quiero que las leas, porque quiero vivir! Oh! yo te hallaré! Revolveré cielo y tierra! Y así como tu viniste a mí, yo arrebataré las alas al cóndor para volar hasta tí! . . . . .

---

Hierve la tempestad en los abismos,
haciendo que un rumor profundo y grave
retumbe sordo y pavoroso ruede
del globo en las entrañas silenciosas;
es la quietud inmensa que precede
al cumplimiento de las grandes cosas.

JOAQUÍN CASTELLANOS

Ahora me dicen que te marchas a Europa.

Eso faltaba! Eso no me lo dijiste aquella noche! Te quieres ir a vivir a Europa! quien dice

al Infierno. Me sostiene la esperanza de que harás lo que todos, volver muy pronto.

La Europa no está segura, la revolución socava su suelo ensangrentado. Dos fuerzas poderosas están por venirse a las manos: El capital y el trabajo. Choque formidable que hará trepidar el Cosmos! Lucha de pasiones mezquinas, de deseos sobreexitados. Horrible mezcla de ideales sublimes, de generosos impulsos, de ignorancia y de perversidad!

Será una hecatombe social con todo el desorden y toda la violencia. Correrán ríos de sangre! Porque el ódio se anida en el pequeño y el egoísmo en el grande!

La revolución es fatal. Es desgraciadamente inevitable! Las fuerzas conservadoras solo podrán atenuar sus desbordes si consiguen encauzarla!

Desdichado quien tenga algunos reales y no sepa ocultarlos, desdichado el que lleve camisa limpia, desdichada la mujer a la moda! Porque nada detendrá a la bestia humana una vez lanzada. Aparecerá nuevamente el hombre primitivo de la selva, con todos los instintos de la fiera.

Será un 93, con proyecciones mundiales.

La Europa será la fragua donde se dará nueva forma a la sociedad. Eso es lo que anuncia el espectro que se alza sobre la blanca estepa del Oriente y que nadie quiere ver!

La religión ha fracasado como todo lo que se construye sobre una base falsa! Ha sido fal-

seada la doctrina tan sublime como sencilla que predicó en la montaña la inocente víctima del Gólgota. Y después de veinte siglos, los pueblos de la Europa han llegado a una encrucijada del camino, en que es demasiado tarde para volver al cristianismo primitivo y muy temprano para embarcarse en un liberalismo incomprendido por la mayoría.

Seguramente que las clases superiores no necesitan de Dios para comprender la suprema necesidad de la ayuda mútua, como principio básico en la formación de la sociedad. Pero la difusión de la enseñanza ha sido suficiente para quitar a los pueblos la creencia en Dios y ha sido incompleta para sustituir esa creencia por el convencimiento de que debemos ceder en nuestros egoísmos si queremos que la sociedad subsista.

Y la Europa desangrada, empobrecida y hambrienta es el campo fértil para la revolución, porque es sabido que las grandes hacatombes han sido casi siempre producidas por el hambre. Porque ahí donde reina la abundancia, los pueblos solo piensan en divertirse. En cambio, la necesidad los vuelve iracundos, sanguinarios, agresivos e indisciplinados!

Oh! seguramente que debe ser hermoso el visitar esa Europa de mis sueños! También yo quisiera volver a pisar esas playas de donde me alejé en los años remotos de la infancia!

Cuánta emoción no sentiría al atravezar esas verdes praderas surcadas por esos caminos blancos como nieve, que me parece aún ver en la nebulosa de mis recuerdos! La Europa debe ser necesariamente hermosa, puesto que ahí se hallan reunidas las maravillas de la tierra.

Italia! Tierra clásica del arte, vasto museo de la antigüedad. España! El solar de la raza que conquistó la América. Francia! Tierra del génio y de la audacia! Más allá Inglaterra, pobladora y protectora del mar. ¡Alemania! Inmenso laboratorio de la ciencia moderna! Rusia! Tierra fecunda, granero del mundo.

Pero también tu país es bello; porqué no lo viajas? Porqué no visitas esas frondosas regiones donde florece el naranjo y brota robusta la deliciosa caña? Porqué no recorres el Alto Paraná a embelesarte ante la flora lujuriosa de sus riberas? Porqué no llegas a maravillarte ante esas cascadas del Iguazú, que asombran por su imponente grandiosidad al turista de todas partes del mundo? Porqué no te internas entre esas montañas históricas donde San Martín halló el camino de la libertad americana? Porqué no haces un crucero por esas ignoradas costas patagónicas? Porqué no acudes a contemplar el panorama jigantesco de la región de los lagos andinos?

Piénsalo, Maïsa; ten cuidado!

## Cuarta Carta

2 de Marzo.

Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores,
que el Inca poseyera; hermosa joya
de su corona regia, donde crece
el camote y la rica chirimoya,
y do el naranjo sin cesar florece,
entre bosques de mirtos y de aromas,
brindando al gusto sus doradas pomas.

Esteban Echevarría

---

Allá por esas tibias regiones tucumanas, que se ha dado en llamarlas «el jardín de la república», a cuyo riego acuden abundantes las aguas del Aconquija, donde el viajero se embriaga en las noches primaverales con el perfume arrobador que desciende de los naranjos en flor, existe un joven corazón doliente que espera mis periódicas visitas para hacerme confidente de sus cuitas. Yo que creo en todo lo que hay de bueno en el fondo del corazón humano, he tratado siempre de consolarlo y animarlo. Pero a mí, que no tengo a quien acudir para que me anime, porque nadie me creería, solo me quedan estas páginas que espero leas algún día.

Dicen que el amor del hombre, cuando alcanza las estribaciones de la madurez, se asemeja al postrer rayo del sol poniente. Dicen que ese es el verdadero amor! Oh! Maïsa, ese es el amor que tengo para tí, en que todo lo doy y nada pido.

En las horas trágicas que estoy viviendo desde aquella noche inolvidable, envuelto en las tinieblas de la más grande de las incertidumbres, acuden como incesante martilleo a mi mente atribulada esos versos de una cruel realidad:

Juventud, divino tesoro,
que te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro;
. . . y a veces lloro sin querer!

RUBÉN DARÍO

Una idea fija me atormenta desde la mañana del martes, al volver de la estación. Es el gesto tuyo al momento de partir. Oh! ese momento no se borrará jamás de mis recuerdos. Te veo aún correr bajo la lluvia viniendo hácia mí contra tu voluntad, para guarecerte bajo el estrecho alero que cubre una parte del andén, y aún me parece escuchar el éco de tu risa cosquillosa que parecía desgranarse de tu boca divina.

Ese gorro que tan bien te sentaba! Tu blanco cútis, surgiendo excitante del fondo negro de tu vestido. Oh! volverte a ver así, estrecharte entre

mis brazos, cubrirte con mis besos y llevarte a las célicas fraguas para que refundan tu cuerpo dentro del mío! Tu alma dentro de mi alma!

Pero después . . . . . ¡Oh! Maïsa. No has observado alguna vez en las noches sin luna, sobre las praderas de tu *estancia,* el efecto que produce una luz que se extingue? No te ha parecido que la oscuridad es mayor que antes de haberla encendido? Pues bien, Maïsa, tu gesto al momento en que aparté las valijas para abrirte paso, me ha sumido en la osbcuridad más espantosa! Si no me hubieras mirado al momento de salir el tren, creo que esta hubiera sido mi última carta.

---

> Pero en toda persona hay un segundo amor, que generalmente es el fatal. Es un amor bestial, con aureola mística. Y nada resiste a su acción, ni siquiera los hijos; nada detiene su dominio, ni siquiera la inteligencia.
>
> VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO

Y ahora escucha:

En aquellas horas que transcurrieron rápidas como el rayo, tuviste frases de festivo criollismo que no puedo estampar sobre estas hojas pero que sumieron en los días siguientes mi espíritu en una profunda reflexión. Fuiste lógica en esas frases, porque no me conocías, y porque

no debías suponer que yo podía ser de los pocos que se apartan de las reglas generales.

Oh! tú ignoras que quizá tenga que sentir en día harto próximo el no ser como la mayoría de los hombres. Tendré que sentir con amargura el tener tanto corazón. El no haber sabido dar a las cosas de la vida, su valor intrínseco.

Si hubiera sabido hacerme insensible a los embates de la suerte, si mi fuerza de carácter hubiera llegado a ser capaz de ahogar las manifestaciones de mi espíritu romántico, en este momento ni escribiría estas líneas, ni de mis ojos correrían tantas lágrimas.

Pero tú, ante lo que podríamos llamar un pequeño arranque de audacia, hubiste naturalmente de pensar que tal cual fuí para tí, había de ser con toda mujer que se cruzara en mi camino. Ese ha sido quizá el error funesto para mí, en que tú vives!

Yo pregunto a lo más recóndito de tu conciencia, si como caballero, yo tenía el derecho moral con una dama de tu clase de proceder en otra forma. Yo apelo a ese sentimiento de hidalguía que contiene el alma de la mujer argentina, para preguntarte, Maïsa, si he cometido una falta que merezca todo lo que estoy sufriendo.

Para llegar hasta tí, tuve que vencer muchos escrúpulos, y hube de apelar a esa fuerza de carácter que nos señala algunas veces el deber.

Yo he procedido, es mi creencia, con la co-

rrección debida a una dama de tu rango. Bien distinta hubiera sido mi conducta con una mujer vulgar. Eso debías tenerlo en cuenta y recordar esa máxima que fué norma en la aristocracia de tus antepasados maternos y de los míos:

*Noblesse oblige.*

En el batallar de mis ideas, cuando quiero penetrar en tu mentalidad, me parece escuchar como un murmullo esas palabras que me repito en las horas de insomnio: « Tú no eres hombre libre ».

Suprema desdicha! Esa frase resume todo el alcance de veinte siglos de tinieblas!

Sí. Es cierto! Desgraciadamente cierto!

Estoy sujeto por el dogal inventado por la religión y que la ley impone. No importa que tenga un cerebro para pensar y un corazón para sentir! Se quiere una más grande aberración? Es a eso que se ha llamado la libertad del pensamiento, tan ponderada?

Y bien, nó. Mil veces nó! Yo no acepto esa ley infame. No pienso faltar a ninguno de mis deberes, ni sustraerme a ninguna de mis responsabilidades, pero no hay ley moral suficiente para que me impida dar expansión a las exigencias superiores del espíritu.

El alma vivirá despierta o me siento con fuerzas suficientes para arrancarla de mi cuerpo.

Porque yo no podré arrancar del alma los sentimientos que le inspiraste. Porque ni tú ni

yo tenemos la culpa de que te hayas adueñado de mi corazón. Y. . . . . porque ya no me será posible olvidarte y volver a la quietud de mi pasado!

---

No es degracia fracasar frente a la meta de nuestras aspiraciones, con tal que hayamos puesto de nuestra parte lo necesario para alcanzarla.

ORISON SWETT MARDEN

Los azares de la vida me han llevado a ser un peregrino errante a través del país, que tiene hogar y no tiene. Muchas veces, cuando alguna enfermedad me ha retenido en algún pueblo lejano y solitario, sin parientes y sin amigos, me ha parecido ver al fantasma de mi destino. Ahora nada me importa. Morir en mi casa o en alguno de esos pueblos, me hallaré tan solo como si faltara la única luz que me guía!

Y bien, Maïsa; esas son las consecuencias de mi caída comercial. Si yo hubiera sido un tahúr afortunado en el tapete de la vida, la pasaría estúpida y tranquilamente sentado a la sombra de la higuera.

El hado me ha señalado otro destino. En vez de aburrimiento y de gota, quiere que me muera de amor.

Entre las dos muertes. . . . . y bien, prefiero la última. Morir amando; qué más puede pedir el hombre?

Pero nosotros los mercaderes, necesitamos de tiempo en tiempo esos infortunios para demostrar a aquellos que nos estigmatizan con el mote, que no todo son rosas en nuestro oficio.

Esos doctores que ostentan sus títulos universitarios como los antiguos nobles ostentaban sus blasones, no siempre han sabido hacer justicia a la importancia que han tenido esos mercaderes en el desarrollo de las actividades humanas. Más de una vez han olvidado que desde aquellos fenicios que cubrieron con sus mercados las costas del Mediterráneo, hasta esos admirables yankees que concluyeron de cortar el istmo, el mercader con la acción eficaz del intercambio, completó en la paz, la victoria del soldado en la guerra.

Y si la América latina se atrasó en su progreso, en comparación con las colonias inglesas del Norte, es porque la Metrópoli cometió el error de cercenar la acción del mercader.

Esos señores de la ciencia, se han complacido en rebajarlo en el orden moral, sin que la mayoría se haya detenido en analizar su vida, sus costumbres y el campo de su lucha.

Ignoran que ha tenido por escuela la férrea disciplina del cumplimiento en la esclavitud del mostrador. El aprendizaje ha sido duro, com-

plejo y mal retribuido! Muchos hemos alcanzado a vivir aquellos tiempos en que se exigía un trabajo de trece horas diarias con el solo asueto de medio día cada quince! El exceso de trabajo y la constante tensión nerviosa del patrón, hace muy penosa la vida del subalterno, que tiene que sufrir las impertinencias de un carácter agriado por los vaivenes de la lucha, impertinencias ante las cuales no hay posible apelación!

El ser dependiente de comercio, requiere una mentalidad sútil, una facilidad de lenguaje, desenvoltura en los modales, regular instrucción, honradez acrisolada y vestir con cierta decencia. Total: para ser retribuido como cualquier obrero!

En su lucha constante y tenaz por la reinvindicación de sus derechos, el obrero ha conseguido en el curso de los años, obtener mejoras que irán aumentando gracias a su admirable organización gremial. El dependiente de comercio está ahora como estaba entonces; solo ha disminuido las horas de trabajo, pero se mantiene la estrechez en que vive y aún se carece de una legislación que asegure el pan de su vejez.

En esas condiciones se explica el número excesivo de casas de comercio que se establecen y se funden cada día. Porque cada dependiente aspira a ser patrón, como única probabilidad de asegurar su porvenir.

Las consecuencias en el comercio es la competencia ruinosa y necesariamente desleal. El fi-

nal es la convocatoria y el resultado es que esos bienes acumulados por el trabajo y el crédito, pasan, por disposición de la ley, a ser pasto de terceros!

Yo estaba en esa edad de las bellas ilusiones, en que se creen posibles todos los triunfos y en que no se duda de nada. Me hicieron, demasiado joven para discernir, el presente griego de colocar en mis manos, intereses que hacían gravitar sobre mis espaldas una enorme deuda!

Durante largos años me esforcé con toda la capacidad de que disponía, en salvar todas y cada una de las dificultades que se presentaron. A esa lucha tenaz consagré los mejores años de mi vida y todas mis viriles energías!

Pero vino la guerra! Y así como muchos salvaron gracias a ella sus dificultades y otros se enriquecieron, también muchos se fundieron. Entre esos últimos el hado me colocó!

Los que tuvieron la suerte de sostenerse adquirieron patente de hombres inteligentes, los que caímos fuimos los incapaces! No debe ello extrañar, la historia la escribe siempre el vencedor.

Del desastre de mis negocios, de la lucha cruel donde caí vencido, no conservo rencores para nadie, debo agradecimiento a muy nobles corazones. He recibido pruebas de estimación y de confianza que nunca podré olvidar. Pero en el comercio cada uno campea por sus inte-

reses. Es la regla establecida y que todos aceptamos. No hay, pues, que esperar, porque sería ridículo, el sacrificio del uno para el otro. Cuando se produjo la crísis del año 15, aquello fué el sálvese quien pueda. La falta de crédito en ese momento álgido fué la ruina de muchos. Fué también la mía!

Acostumbrado a mandar, jefe de un numeroso personal, no hay duda que es siempre doloroso, hasta para el carácter más sencillo, pasar a la categoría de simple soldado. En cambio, la vida de un agente de seguros presenta más o menos la perspectiva de una independencia relativa. Opté por recorrer el país. Era lo que más convenía a mi carácter y a mis capacidades.

Pero esa vida tiene por su misma libertad algo de la vida del bohemio. Hay tentaciones a cada paso, y al que no le gusta el vino o el juego, puede ser tentado por la mujer. . . . . Yo fuí tentado por la mujer, porque ella es la creación más sublime de la Naturaleza. Yo lo afirmo, como una profunda convicción de mi alma.

## Quinta Carta

4 de Marzo.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora,
me arrastre la aflicción a la locura,
si hundido en el recuerdo y la amargura
me abandono al pesar que me devora.

Ricardo Gutiérrez

---

Hoy un mes. Te recuerdas de aquel almuerzo? Yo había llegado tarde, tú ya estabas al café. Volví a contemplarte como la víspera, pero ese día de más lejos. Tu persona tenía para mí una fuerza de atracción irresistible. Yo te miraba. . . . . y me miraste!

Cuando terminaste, te habían dejado sola. Nunca olvidaré lo que pasó, aunque viviera mil años. Esos breves segundos significan para mí, un cambio profundo en el curso de mi existencia. Te levantaste de tu asiento, dirigiste hacia mí el fulgor de tu profunda mirada, y te retiraste pausada, con tu aire imponente de matrona.

Aquella tarde volvimos a encontrarnos en el vestíbulo del hotel, pero ya no me miraste. Aquella noche nos enfrentamos en el comedor, busqué esa mirada, pero parecía que se hubiese extinguido para mí. Nunca más había de volver a verla con el fulgor de esa hora inolvidable.

No era necesario! Conocías todo el poder de esos ojos divinos que Dios te ha dado para mi desgracia. No hacía falta volver a mirarme, si desde ese momento tu alma era dueña de mi alma para siempre! Tú lo sabías! Oh, mujer divina! Cuando acuden a mi mente esos recuerdos, los más dulces y fugaces de mi vida, yo no sé qué debo esperar de tí. Pero lo que sé, es que te admiro y que te adoro!

Ayer te esperaba. Había oído un rumor vago de que llegabas tú también por el tren de R. Estuve en la estación como de costumbre cuando llega ese tren, pero no apareciste. Regresé al hotel con la muerte en el alma y sintiendo que se disipaba la última esperanza que tengo de volverte a ver. Tengo que irme de este pueblo, donde por casualidad hace ocho días que estoy, y donde en seis años nunca estuve más de dos.

Volveré, pero para entonces tú ya te habrás marchado a Buenos Aires. Tú ya no te acordarás más de mí, y yo no sabré tu domicilio para siquiera tener el consuelo de pasar por delante de tus ventanas.

El mozo que me sirve se interesa por mí, se ha dado cuenta de mi preocupación por tí, es muy bicho ese tipo! También es muy difícil a un hombre que ama ocultar sus sentimientos. El hombre se pone a mi disposición para cambiarme de pieza, a fin, dice, de que yo pueda darte los buenos días, y así "*pueden entrar en re-*

*lación"*. Agradezco esa *desinteresada* amabilidad, pero me quedo con la que tengo. Se halla en lugar estratégico y eso es lo que me conviene. Es ese mismo mozo quien me dijo que te ibas a Europa. También me dice que vives en la plaza Constitución! y tú que me dijiste «por Callao»!

Esta mañana, en medio de mi tristeza, pasé un momento agradable. Una preciosa niña hablaba al teléfono delante de mí. Tenía un simpático metal de voz, muy porteño. Ella no sabía quién era yo, pero yo sabía quién era ella. Ignoraba que ese desconocido que la miraba a hurtadillas, sentía en su presencia que latía con más fuerza su corazón, y que se hubiese hecho matar por ella de haber sido necesario. Esa niña era tu hija.

Decirte lo que hice desde mi última carta? Oh! escribí, escribí mucho, pero mucho, después rompí todo lo escrito, volví a escribir y volví a romperlo. Nunca me parecía que lo escrito era bastante bueno para tí, para lo que mereces. Ese es mi consuelo, mi eterno consuelo! Cuando escribo, las horas corren veloces, el pensamiento se consagra en alimentar el pulso y mi pulso es nervioso y quiere moverse. Apenas si me da tiempo para meditar. Escribo lo que siento, todas las tribulaciones de mi espíritu, todas mis risueñas esperanzas y todos mis sombríos presentimientos! Y es así cómo sobre estas hojas medito, río y lloro al mismo tiempo.

Ah! Si Napoleón, ese coloso, asombro de la historia, hubiese poseído la manía de escribir como tuvo la de hacer la guerra, allá, sobre el peñón de Santa Elena, donde los reyes prudentes lo enviaron a purgar el delito de ser génio, habría combatido el fastidio que tanto temía, con la misma facilidad con que combatiera al mundo.

---

5 de Marzo.

> Mis dolencias son gravísimas, *necesariamente mortales*. Adelante los que quedan. Ah! cuánto bien ha podido hacer este partido, si no hubieran promediado ciertas causas y ciertos factores! No importa! Todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente a las nuevas generaciones. Ellas le dieron orígen y ellas sabrán consumar la obra. *Deben consumarla.*
>
> LEANDRO N. ALEM

En aquel sueño que me parece una realidad, o en aquella realidad que me parece un sueño, me dijiste que habías ido a ver a un ministro. «El socio de Z.», te contesté en seguida. Y como ibas a referirme lo que deseabas de ese ministro, me apresuré a manifestarte, como es realmente cierto, mi distanciamiento con Z., sin apercibirme en ese momento que te cortaba con toda des-

cortesía la palabra. Hoy, que recapacito sobre cada uno de esos inolvidables momentos, me doy cuenta de que quizá pude serte útil en aquella ocasión, con ser algo más atento. Hoy puedo decirte lo que no te dije entonces, porque mi carácter es rencoroso para los que me ofenden. El tiempo me hace olvidar, pero ese tiempo puede ser muy largo! Y bien, Maïsa! si para servirte aunque fuese en una ínfima parte de lo que necesitas, hubiese de humillarme ante Z., y bien, mujer adorada, todo sea por tí.

Quieres algo de los hombres que gobiernan? no soy nada, soy un pigmeo olvidado, un átomo perdido en el espacio, pero por tí me siento capaz de hacer que me recuerden. Y se acordarán, porque los viejos radicales nos entendemos con pocas palabras.

Y aquí cabe una reflexión sobre la mayor o menor importancia que debe darse a las relaciones que en política se contraen en el llano para el caso de tener que utilizarlas cuando nuestros amigos están arriba.

Yo tengo la satisfacción de haber podido ser útil al partido de mis afecciones sin haber hasta el presente solicitado nada. Esto me ha permitido conservar mi hermosa independencia. Y esa libertad que conservo de poder criticar todo aquello que no me parece bueno, es un tesoro inapreciable para los que hemos sido apasionados e idealistas en las luchas internas del país.

Sin embargo, si por serte útil, hubiera de perder toda la felicidad de que disfruto en ese sentido, y bien, todo sea por tí, amada mía!

Vale la pena ante un amor tan grande como el mío, deponer todas sus convicciones, pero ello no sea sin considerar que olvidamos con harta frecuencia, por cosas mínimas, que uno de los tributos que debemos a la amistad, es el de nunca molestar a nuestros amigos cuando desempeñan funciones en que la equidad y la justicia deben presidir sus actos. Ese olvido en que incurrimos la mayoría de las personas, tiene por causa principal la deficiente educación política que proporciona la escuela, y que fuera de ella, lejos de correjirse, se agrava, porque no existe en el espíritu de las masas una noción más o menos exacta de sus deberes hacia sus propios mandatarios. Ignoramos que es antipatriótico valerse de la amistad para tan siquiera variar la inspiración del legislador, del funcionario o del juez, en provecho propio, con menoscabo de los intereses colectivos.

La falta de preparación del individuo para que llegue a una comprensión aproximada de los deberes que tiene como soldado de una democracia, es el reproche con que contestamos a la campaña desleal que una parte ilustrada de la opinión y de la prensa, realizan contra el partido triunfante en los comicios de 1916.

Ya que el régimen caído, se había aferrado en el poder por todos los medios que le parecieron

buenos, pudiera al menos, tener por escusa el haber apelado a esas medidas extremas, como suprema necesidad para dar tiempo a que el pueblo se ilustrara. Pero es doloroso tener que recordar que desde el 80 se ha venido gobernando sin control, y que durante esos treinta y seis años no se ha sabido, o no se ha querido, preparar al ciudadano para el ejercicio del gobierno propio. Y perdóname, Maïsa, si estampo en estas hojas algunas manifestaciones de carácter egotista: Es mi orgullo el haber sido radical desde la primera hora, cuando aún no había salvado los dinteles de la adolescencia.

El recuerdo del largo desfilar de los vencidos del Parque en el triste atardecer del 29 de Julio del 90, dejó en mi alma de niño, y seguramente de todos los que lo presenciaron, una impresión que no habían de borrar los años!

Nuestra causa, que se venía defendiendo desde pocos meses antes de esas jornadas luctuosas, quedó netamente definida al rechazarse el Acuerdo del 91. Desde ese día empezó una lucha cruel y desigual por esos ideales que hemos defendido desde todos los tinglados y a todas horas.

Por mi parte, le consagré un amor casi tan grande y tan constante como el amor que te consagro. No he dudado, ni por un minuto, durante treinta y tres años, en la justicia de nuestra causa, ni en las horas de más profundo abstraimiento.

Posiblemente sería por haber bebido en sus propios labios, las palabras tribunicias del apóstol de la luenga barba en los días de esas grandes y patrióticas agitaciones.

Las prisiones y la muerte trágica del repúblico profeta, impresionó tan profundamente a nuestra generación, que nos declaramos enemigos irreconciliables del régimen que entonces gobernaba.

No quiero omitir un concepto justo hacia muchas personalidades que sirvieron a ese régimen, pero ello sea de un carácter puramente personal. Debemos reconocer que desfilaron por las altas esferas, hombres con talla de gobernantes, pero sin alma de repúblicos. Por eso los hemos combatido.

Y los hemos combatido porque ese era el camino que nos había sido señalado en las aulas de la escuela primaria por aquellos maestros que nos dejó el gran Sarmiento; maestros que supieron apreciar en toda su solemne magnitud, los fines que se propuso el pensamiento avanzado, en el largo y sangriento proceso de la revolución argentina. Esos maestros nos enseñaron demasiado bien, cuánto valían los beneficios alcanzados con el sacrificio de los próceres de la Patria, para que no trabajáramos en conservarlos.

No era posible pactar con quienes atrasaron en medio siglo la evolución republicana y fueran sus conscientes mistificadores.

Nuestra causa se abrió paso gracias a una larga y dolorosa odisea! Después del Acuerdo, nos sentimos abandonados por la parte más ilustrada del país! quedábamos nosotros, el pueblo, ese pueblo a cuyas espaldas se hacen todas las injusticias y a quien de frente se trata de soberano!

El viejo tribuno irguió su talla, nos prestó su aliento de jigante, y como dice el poeta Aníbal Riu:

*Fuiste al pueblo y le gritaste: arriba!*
*Fuiste al vicio y le gritaste: abajo!*

Y allá fuimos! Eramos los del arrabal! Eramos los de la Concepción y de San Telmo, de Balvanera y San Cristóbal, era casi toda la noble provincia de Buenos Aires, eran la Santa Fe labradora, la docta Córdoba, la valerosa Entre Ríos!

Cuánta sangre vertida! Cuántas fortunas insumidas! Cuánto espíritu de sacrificio y cuánta tenacidad!

Pero también: cuántas defecciones y cuántos fracasos! Cuando al fin, diezmados por la muerte, el destierro, el cansancio y la defección, llegamos a la meta que desde su calvario nos señalara el profeta, y echamos una mirada hacia atrás, recien nos dimos cuenta de todos los que faltaban. . . . . y de los muchos que sobraban!

Porque cuando se percibieron a lo lejos las primeras clarinadas de la victoria, aquellos que jamás habían salido del cordón de la vereda y

habían permanecido como simples espectadores, aquellos reptiles de la lucha, los prudentes *arribistas,* se apresuraron a bajar a la calzada para unirse a la columna.

Tuvieron la especial habilidad de mezclarse a tiempo con los vencedores, atronaron los aires con sus vivas, llenaron el ambiente con su declamatoria bien limada y fueron los primeros en llenar las antesalas para esperar los nombramientos.

Y los veteranos de la causa, desorientados ante el resplandor de esa victoria conseguida después de cinco lustros de ruda brega, no atinaron en esa hora suprema a estrechar el cuadro de la vieja guardia!

La irupción de ese elemento extraño a nuestra causa, su perfecta ignorancia sobre su misma esencia, motivó en las alturas los más lamentables desaciertos!

Agréguese a todo eso, la necesidad de colocar la dirección superior del estado en manos de hombres fatigados por tan larga lucha, con el carácter agriado ante todas y cada una de las arbitrariedades cometidas en treinta y seis años de absolutismo, sin una visión exacta de las necesidades creadas por la marcha de los tiempos, y nos explicaremos ese estado caótico que procedió al triunfo y que tuvo su triste exponente en las intervenciones escalonadas a los catorce estados autónomos, donde muchos de los agen-

tes federales no tenían una concepción acabada de los principios que las guiaron.

Y sin embargo, cuán sencillo era nuestro programa! Estaba al alcance de la débil comprensión de un niño! No pedíamos más que la Constitución fuese respetada y cumplida, que los intereses del estado fuesen administrados con honradez. Teníamos como dijo Oyanarte, «el programa de los programas».

Todo lo demás: catolicismo o liberalismo, federalismo o unitarismo, proteccionismo o libre cambismo, socialismo o maximalismo, todo eso vendría después, sería discusión aparte. Esas eran, cosas que resolvería la voluntad de la Nación por la libre expresión del sufragio. Elpidio Gonzalez dió con la frase: «No somos un partido político, somos una aspiración nacional». Pero desgraciadamente, ni las nuevas generaciones ni la mayoría de los extranjeros, no han sabido comprendernos.

Yo no deseo por todo eso personalizar los reproches, no es fácil improvisar los gobernantes en países de la altura alcanzada por la Argentina. No hago más que puntualizar los tropiezos de los primeros pasos.

He creído y sigo creyendo en todos y cada uno de los hombres que se adhirieron a la causa del radicalismo desde la primera hora y persistieron hasta el final. Más todavía, creo en muchos de aquellos que por motivos, más de forma que de fondo, abandonaron las filas antes del

triunfo. Yo creo que los errores cometidos se deben principalmente a la situación propia de un pueblo que recien se emancipa de tutelas y empieza a gobernarse por sí solo.

Pero lo cierto es que la victoria del pueblo ha sido real y positiva, la república ha triunfado! Las víctimas del Parque, cuyos restos descansan en la fría necrópolis del norte, pueden dormir tranquilas en sus lechos de piedra. La sangre vertida no ha sido estéril!

Oh! Alem. Noble patricio. Vidente profeta. Descansa en paz! Nunca faltarán flores sobre esa fosa que abriste tú mismo, en noche de trágica duda. El éco de tus viriles arengas repercutió a través de los años, y tu alma de jigante flota aún sobre las multitudes. La heróica Buenos Aires de la Reconquista y de la Defensa, la que presionó la acción de sus cabildantes en las jornadas históricas de Mayo, la que vió partir hacia las altiplanicies los primeros ejércitos de la Patria, ha visto desfilar ante su inmortal Pirámide todo un pueblo triunfante sobre el vicio y la corrupción!

Alem! los argentinos no son ya juguetes de una oligarquía, son ciudadanos de una democracia. Ya no son ilotas! Ya no hay reptiles que se arrastran, solo hay águilas que vuelan!

Alem! *la obra está consumada.*

. . . . . .

Y bien Maïsa, todo ese amor inmenso que he

tenido por la causa radical, esos treinta y tres años de profunda convicción, que nada ni nadie pudo jamás arrancarme, la íntima creencia de que en ella servía los intereses de este país a quien debo lo poco que soy y lo mucho que podría ser con tu amor, todo eso te lo sacrifico, si así lo deseas. Todo sea por tí y para tí!

Al fin tú eres argentina. Yo no soy más que un extrangero.

---

Esta carta contiene mucho de política, demasiado, quizá, para una mujer. Pero conozco dos niños rubios, lindos y vivos, casi podrían pasar por hermanos. Uno le lleva 3 años al otro. Llegarán a ser hombres, ambos son argentinos, ambos leerán estas líneas, porque a los dos les interesa por igual; es para ellos que escribo la mayor parte de esta carta. Con ella justifico la acción de los hombres de mi partido ante el juicio de las nuevas generaciones. Si hemos hecho mal, caiga sobre mí la responsabilidad por igual, pero no temo el juicio de la historia.

## Sexta Carta

7 de Marzo.

> Vengo a llorar, vengo a verter sobre estas páginas, receptáculo de mis penas, las lágrimas acumuladas en tres días.

En mis andanzas a través del país, tuve hace pocos años el raro placer de hacerme de un amigo. Era un compañero de viaje. Quisiera estampar su nombre sobre estas páginas, donde pongo todo mi corazón. Como esto no es posible, le llamaremos R. Murió víctima de su amor, y lo más trágico es que ese amor era por su propia esposa, de quien vivía separado.

Criollo de pura cepa, de una época que pasó, me parecía ver revivir en él, toda la hidalguía proverbial de ese paisano de las campañas porteñas, que inmortalizó Gutiérrez.

En las efusiones de la amistad que nos unía, compartiendo muchas veces la misma pieza, ante mi simpatía por todo lo que fuese americano, me decía muchas veces: « Créalo, amigo, que mi mayor sentimiento es que Vd. no sea criollo ». Espíritu sencillo! Creía indispensable haber nacido en esta tierra para poseer el alma americana.

Con ese malogrado amigo recorrimos casi todo el país, desde las barrancas del Paraná hasta

los viñedos de la región cuyana, y desde la Pampa hasta las frondosidades de las selvas jujeñas.

R. era el encanto de las damas, a quienes tenía el don de cautivar por la exquisita finura de sus modales y la facilidad de lenguaje. Alma de Don Juan, me decía muchas veces, dando a su semblante una expresión de varonil energía: «Vea, amigo, yo nunca alcanzo a enamorarme de los labios para adentro». Desdichado! su muerte debía ser causada por el amor.

Yo, más viejo, pero más ingénuo, como siempre en mi concepto sobre la mujer, le decía en las horas de mis mayores confidencias: «Es cierto, amigo, comprendo que no soy tan hombre como Vd. Algún día llegará ante mí una mujer que se apoderará de mi corazón; cómo y cuándo? . . . no lo sé. Pero la siento venir, la diviso en la lontananza de mi soñar. Es blanca, no es alta, es elegante y viste de negro. Siento que sus ojos me dominan y que marcho hipnotizado hacia la luz o hacia el abismo donde quiera arrastrarme». Mi amigo me abrazaba; «viejo, me decía, Vd. es demasiado sensible, hay que ser hombre». Fácil recomendación! Los hombres más fuertes, fueron precisamente los más débiles en el amor!

Y en esa misma época, hallándonos en esas tierras tropicales donde pareciera que la naturaleza, pródiga con las plantas, lo fuera también

para el amor, se me cruzó en el camino una mujer como la que venía soñando. Era blanca, no era alta, era elegante y vestía de negro.

Me miró desde el fondo de sus negras pupilas y sentí que podía dominarme. Pero tuve la suerte de poder reaccionar a tiempo, y a fin de sustraerme a una tentación de consecuencias irreparables, me marché al día siguiente, con una cortés pero lacónica despedida. Me tocaba internarme en el valle catamarqueño, visité la Rioja, y ya al cruzar las sierras de Ischilin, la había olvidado. Ah! si me hubiese sido posible olvidarte tan fácilmente a tí.

Aquel buen amigo, me había hecho confidente de sus pesares. Por un disgusto conyugal sin importancia, se había separado, sin que ella diera un paso para reconciliarse. Mi altivo compañero prefería, naturalmente, sufrir antes que humillarse mendigando el amor de su propia mujer. Una rápida enfermedad lo llevó joven a la sepultura. Tuvo la estóica resignación de un espartano. Murió como hombre. No quiso recibir a la autora de su desgracia. Cuando ella quiso presentarse, le hizo contestar que era tarde.

No puedo recordar a ese buen amigo, sin derramar una lágrima. Qué precioso compañero para confidente de mis pesares! Fuera de él, nadie veo en mis viajes que pueda entenderme y apreciar toda la magnitud de mi dolor.

Hombres he hallado, de sentimientos delicados, pero sin que me ligue una amistad suficiente

como para hacerles la enorme confidencia que encierra mi corazón.

Esa pena íntima que me devora, llegó esta mañana a presentar una faz tan excesivamente aguda, que empiezo a preguntarme si ese amor tardío no me será funesto.

Oh! Maïsa, yo necesito de tí para vivir!

---

> Aquí, desde este sitio y a esta hora,
> voy al mundo a mirar a la manera
> que, solitario en árida ribera,
> contempla el náufrago en la mar
> las tablas sueltas de la rota nave
> donde viajaba a los amados puertos,
> y mira de otros náufragos los yertos
> cadáveres flotar!
>
> JOAQUÍN CASTELLANOS

Allá en la Buenos Aires de mis años de adolescente, me gustaba bajar al Paseo de Julio, para divertirme con los infelices atorrantes. La pluma admirable de Miguel Cané, ha descripto con vívidos colores a esos náufragos que la sociedad arrojaba hacia el bajo, como se arrojan las aguas servidas a la cloaca.

Hombres de toda procedencia, especie de Babel donde se confundían las lenguas, dice Cané: « Ahí se chapurreaba el español, se gangoseaba el francés, se masticaba el inglés, se cantaba el italiano y se ladraba el alemán ».

Vivían miserablemente, bajo taperas improvisadas con lonas y latas de kerosene, algunos se internaban en los caños de las aguas corrientes ahí apilados. Se alimentaban con los desperdicios que salían a recoger a las puertas de la casa rica. A simple vista, no hubiese sido posible definir si se trataba de filósofos profundos o tristes degenerados. Porque bajo esa greña, no se llegaba a descubrir un cerebro desequilibrado, ni bajo esos harapos se ocultaba un cuerpo impotente por la enfermedad. Tampoco se trataba de seres incapaces para ganarse la vida, pues un instante de observación era suficiente para descubrir un oficio o una capacidad cualquiera en cada uno de ellos.

Yo con la travesura propia de la edad, cuántas veces me entretenía arrojando piedras sobre sus taperas. Hoy ante la evocación de ese cuadro y ante la experiencia de la vida, me pregunto horrorizado, si bajo esos andrajos no se ocultó quizá más de un corazón que supo amar sin ser correspondido.

No has oído, Maïsa, hablar alguna vez de Gabino Ezeiza, ese modesto trovador de la vega argentina? Gabino fué el Santos Vega de mis tiempos. Cuántas veces escuché sus payadas! Cuántas veces iba a entusiasmarme ante sus brillantes improvisaciones, en el circo de los Podestá! Entonces estaban en auje *Juan Moreira* y *Martín Fierro, Santos Vega* y *Pastor Luna, Juan Cuello* y el patriota *Julián Giménez!*

Qué placer cuando veíamos caer a un *justicia*. Qué pena el ver la muerte trágica del héroe! Y ahí, en medio de la fiesta campestre, junto a la pulpería, ante las *tanadas* del gringo *cocoliche*, antes de dar principio el pericón, se alzaba la voz del poeta en sus cantos sencillos a las glorias de su patria.

Y bien. Cuentan que Gabino, había llegado por sus inspiradas trovas a interesar a una dama de linaje. Olvidando su tez cobriza, cometió la imprudencia de ilusionarse. Un día, la dama le hizo saber que se había enamorado de sus cantos, pero no de él! . . . . .

Desde ese día, Gabino empezó a beber! Siguió siendo el payador que recorría las campañas entusiasmando al paisanaje con sus trovas y payadas, pero era en cierto modo, según la teoría de Florencio Sánchez, un muerto que caminaba! Triste recurso de las almas sin temple para luchar contra la adversidad! Eso es matar el cerebro y dejar vivir el cuerpo, para molestia de los vivos!

Yo también caeré, pero Dios me conserve las energías suficientes para resistir a las tentaciones del alcohol, de la morfina y de la cocaína, quiera concederme la gracia de caer completo, arrojando como última protesta, esa frase de Almafuerte: «Yo soy el miserable que amó mucho!»

Estoy en el tren. Marcho hacia Cuyo. Voy hacia esas tierras de portentosa fecundidad, en donde los lagares arrojan a raudales el jugo delicioso de los viñedos. Adiós, amada mía! Anoche todavía, alimentaba la dulce esperanza de verte. Hoy, siento toda la extensión de mi desgracia. Tú no me amas, ni te acuerdas de mí!

En cambio, Maïsa, yo te amo con toda la fuerza de mi ser, yo te amo como nadie puede amarte, como nadie te amará jamás!

Nadie amará más que yo, ni nadie podrá sufrir más de lo que estoy sufriendo.

Ayer estuve tres veces en la estación a esperarte. . . . . Siempre nada! Cada vez tuve el pobre consuelo, pero consuelo al fin, de sentarme en la misma mesa en que te hallabas la mañana de tu partida, en ese mismo sitio en que alzaste tu espléndida cabeza para mirarme. Y tuve la dicha de besar con disimulo el sitio en que apoyaste tus divinas manos!

El tren corre, huye la llanura. . . . . .

Me pongo a cavilar. . . . . Siento como si una mole de granito se cerniera sobre mi cerebro. A veces me parece sentir que oscurece mi razón!

Yo no puedo transportar sobre el papel, todos los vaivenes de la lucha que se ha entablado dentro de mi pensamiento. Pero es una lucha atroz, algo que destruye lentamente, como la eterna gota de agua que concluye por horadar la piedra.

Oh, Maïsa! Porqué! Porqué habré cometido el crímen de mirarte aquella vez!

. . . . . .

Algún día, cuando se despeje esta nebulosa en que me hallo envuelto, cuando llegue a despertar de esta horrible pesadilla, qué cosas bellas me siento capaz de escribir!

Sí, Maïsa.

Yo mi amor escribiré sobre blancos pergaminos, para que sean testigos de todo cuanto te amé. Y esas páginas de amor, por un broche de oro unidas, serán eternas memorias de dulces horas vividas!

Oh, Maïsa!

En un lugar de mi huerto, yo un árbol plantaré, como viviente recuerdo de aquella noche que fué. Y ahí en noches estivales, mi cerebro reposado, solitario irá a evocar tan delicioso pasado.

Maïsa adorada!

Me parecerá sentir en un dulce recordar, tus palabras amorosas a mi oído murmurar. Y aquellos besos de fuego que en tus labios estampé, sobre tu mechón de pelo, ahí los estamparé.

Y cuando la eterna noche sobre mi frente se incline, Maïsa! yo buscaré tus ojos por sola luz que me guíe.

Castellanos, ese genio fecundo de las musas, que ha derramado sus perlas desde los valles salteños hasta las ondas del Plata, ha escrito

sobre páginas de hierro esas frases que recuerdo extremecido:

¡No saben que el amor como la muerte
nos lleva en dirección desconocida;
toma al azar las almas en la vida,
las hace un cielo próximo entrever,
y las arrastra al vértigo y a la noche;
yo hallaré un calvario al fin de ese camino;
implacable al herir es el destino
cuando tiene por arma a la mujer!

---

Oh, Dios! Porqué no haberme dado un poco de esa inspiración con que habéis colmado a esos poetas, para cantar en bellas estrofas todo lo que siento!

Cuán pequeño me veo ante la grandeza del amor que esa mujer me inspira!

Señor! qué habéis colocado en el seno de esa mujer hermosa, para que me sienta arrastrado hacia ella por una fuerza de atracción irresistible? Al modelar ese cuerpo divino, habréis imantado su alma?

Oh, Maïsa! Si como lo deseo desde lo más íntimo de mi alma, alcanzas a vivir lo bastante para que llegues a esa edad que es como el crepúsculo vespertino de un hermoso día, y en que aparecen cercanas las tinieblas de la noche sin fin; esa edad en que solo se vive del pasado, cuyo recuerdo es como esas flores marchitas que se guardan en relicario de oro, sonreirás

al recordar que haya habido hombres que puedan haber llegado a amarte como yo te amo. Para ese entonces, por esa ley inexorable que es la dinámica del Universo, el autor de estas cartas te habrá precedido en las regiones de la luz, o en los abismos tenebrosos de la nada.

Maïsa. Conserva estas hojas, y cuando te sientas encorvada por el peso de la vida, cuando la nieve de los años se acumule sobre tu frente encantadora, acude a tu gaveta y sentirás rejuvenecerse tu alma al volver a leer estos recuerdos.

Maïsa. Si me niegas tu amor, esta será mi venganza póstuma, porque tendrás que recordarme. Sí, amada mía. Tendrás que recordarme. Y sobre estas hojas, donde corren hoy a raudales mis lágrimas, entonces correrán las tuyas. Es la ley implacable del destino; ojo por ojo, diente por diente!

Pero habrá una diferencia, Maïsa.

Tus lágrimas, serán como el rocío bienhechor; las mías, son las que agotan la vida!

Aquella vez me dijiste esas palabras que aún resuenan como un dulce susurro a mis oídos: «ya veremos si te acordarás de mí». Maïsa: yo pago con amor eterno aquellas dos horas sublimes. . . . . Y tú, cómo pagarás ese amor? . . . . .

## Séptima Carta

10 de Marzo.

Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiración, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota y ven palpitar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el tiernísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: «he ahí el amor».

Severo Catalina

---

Es la hora 0.30, Estoy en el tren. Vuelvo hacia X.

En marcha hacia Cuyo, recibo una insinuación de retroceder hacia el litoral. No es, pues, una orden, pero a mí me conviene retroceder; acepto la insinuación. Mañana es domingo. Podría pasarlo en M., donde se halla ese amigo de la infancia, por quien fuí la otra mañana a la estación de X, pero prefiero este último punto. Para ello, habré de viajar toda la noche sentado (estos trenes carreta no tienen dormitorio). Qué importa! Por lo que hubiera dormido. Demasiado

tengo que hacer con mi pensamiento, para entretenerme durmiendo.

A qué voy a X? Yo mismo no lo sé. Voy a la ventura. A lo que Dios quiera. Probablemente a sufrir y a llorar, pero allá voy! Bien pudiera suceder que las hadas compasivas se apiadaran de mí. Quizá pudiera llegar a verte. Oh! suprema dicha!

. . . . . .

He cabeceado dos horas. Es suficiente. Vamos amigo! Sacude esa modorra, reanuda tu labor del pensamiento, concentra tus ideas y estampa en gallardos florilegios tus sentimientos de amor.

Pienso y escribo! Arranco a mi pobre lira algunas notas, las estampo sobre el papel. Oh! esa rima que no viene, ese mecanismo del verso que no entiendo. No hay caso. Rompo lo escrito. Allá se las entiendan los poetas, yo renuncio. . . . . .

Ya estoy en el hotel de X. Ocupo otra vez la pieza grande, la de la esquina, la que tú ocupaste. Me acuesto en el lecho en que quizá reposó tu cuerpo encantador, escribo en la mesa donde se habrán apoyado tus manos queridas y riego con mis lágrimas cada trecho en que habrás posado tus plantas.

Aquí estaré hasta el lunes. Viviendo en tu recuerdo. Entregado a mi dolor!

Después. . . . . Oh, después! . . . . .
Sin verte, sin noticias tuyas, qué será de mí,

Dios mío? . . . . . Oh, mujer! me estás matando.

. . . . . .

Son las 18. Estoy loco! No sé que hacer. Vivo en una desesperación angustiosa. No sé dónde puedes hallarte, ni a quién preguntarlo. El *mozo* hablador de los otros días, se ha ido. Tendré que marchar a mi vez sin saber nada. Con la muerte en el alma. Oh! esto es horrible.

Tengo a mano un amigo. No me inspira suficiente confianza para hacerle una confidencia, pero es capaz de hacerme un servicio. Tiene la cualidad de ser muy mentiroso, esto me conviene. Aunque diga la verdad nadie le creerá. Por otro lado, le conviene estar bien conmigo.

—En qué puedo servirle, señor Don Patricio?

—Necesito de Vd. un servicio. Pero no se me vaya a olvidar ni se le vaya a escapar con nadie. Se me ocurre que la señora ZZ es candidata para un seguro de vida. Yo no puedo verla en este pueblo sin chocar con el agente local, pero en Buenos Aires tengo toda libertad. Necesito que Vd. me telegrafíe el día mismo en que esa señora se vaya a Buenos Aires. Puedo contar con Vd.?

— *Ma Dun Patricio, vaya cun cunfianza, que le vo avisar.*

Y con el corazón satisfecho de esta hazaña, me despido rápido para evitar demasiadas preguntas y vuelvo al hotel. Vuelvo a mis papeles.

Escribo y escribo, tengo mucho tiempo delante de mí. El tren llega muy tarde.

. . . . . .

Qué feliz soy! . . . . . Al fin te veo!..... Dios poderoso y bendito! . . . . . Yo creo en Dios! . . . . .

Hice mi peregrinación de costumbre a la hora del tren. Creéme. No te esperaba. Pero la presencia de A. un momento antes de la llegada del tren, fué para mí el toque de alerta de un clarín.

Traté de evitar a ese amigo, y esperé con el corazón agitado.

Me viste al bajar? . . . . . Yo creo que sí. . . . . Porque tus ojos son lindos, pero también son buenos.

Yo te ví. Yo te devoré con la mirada por unos segundos. Siempre hermosa! Siempre adorable! . . . . . Oh, señora! Reina de mi alma, cuánto os amo!

Hice como quien sale de la estación y nos volvimos a cruzar en el pasaje. Tus ojos parecían buscar algo. Y cuando me viste, miraste para otro lado.

. . . . . .

Vuelvo a pie de la estación, como siempre. Si vuelvo en coche, los sirvientes se enteran de dónde vengo. La distancia no es al fin, tan larga.

Veo a A. salir de tu pieza, oigo como cierras la puerta y me siento a reanudar mi labor inte-

rrumpida. Pero que . . . . . si ya no sé escribir, estoy demasiado emocionado. El corazón late con fuerza, mi pulso tiembla, tiro la pluma, me desvisto, apago la luz, hago que me acuesto. . . . . .

Pero . . . . . Cómo haría para dormir teniéndote tan cerca? . . . . . .

No puedo contener un impulso. Me levanto, escribo unas breves líneas y me propongo deslizarlas bajo tu puerta. No es tarea fácil para quien no quiere despertar sospechas! Tus vecinos de la izquierda no solo están despiertos y de charla, sino que ni se les ocurre cerrar la puerta. Si serán desgraciados! . . . . .

11 de Marzo.

Rayos, truenos, lluvia! Y a pesar de todo eso, esa maldita luz del corredor que no quizo apagarse ni a cañón! En cualquier parte que no fuese X. con la cuarta parte de esa tormenta, la ciudad se hubiese quedado a oscuras.

Solo después de varias tentativas infructuosas conseguí deslizar con disimulo mi papel. Bien quise rascar tu puerta *con la uña,* pero quien podía oír con ese trueno! No quedaba más remedio sino esperar que calmara la tormenta. Eran ya las tres de la mañana! Me siento en la cama para esperar con mayor comodidad... y me quedo dormido como fraile bien comido!...

Sentinela *maula!* . . . . Consejo de guerra sobre el tambor y cuatro tiros a la espalda!...

Ah! qué bien me hubieran venido! y qué merecidos!

Que había pasado mala noche, que no había dormido en el día, que había sufrido fuertes emociones? No tengo ninguna escusa. Jamás me lo perdonaré.

No soy de los más sanos, pero tengo una robusta complexión. « Tiene Vd. una caja de cuerpo envidiable », me decía una vez un médico. Soy resistente físico y moralmente. Una vez me puse a un trabajo mental, sin descansar ni un minuto, que duró treinta y dos horas. Es cierto que tengo que lamentar que el exceso de trabajo a que fuí sometido desde joven, los grandes disgustos sufridos o la herencia, hayan debilitado mi sistema nervioso. Soy impresionable hasta la exageración. Es lo único que podría alegar a mi favor para demostrar que no soy del todo sano, pero esa misma neurastenia debía haberme favorecido en esa ocasión.

Fuí *maula* y debo sufrir sin quejarme las consecuencias. Me dormí! y cuando desperté, eran las 6 de la mañana!

A las 9, me colgué del teléfono. Te diste cuenta de que mi objeto era hablar contigo? Oíste todo lo que dije? Poco me importaba que me oyeran en R., lo principal era que me oyeras tú.

Fuiste al toilet. Al regresar, me miraste. Yo no sé cómo fué esa mirada. Yo no sé lo que debo esperar de ella. Ah! la naturaleza ha sido en ese sentido muy mezquina conmigo.

Esa miopera ha sido el eterno infortunio de toda mi vida. Ya en la escuela, empecé a comprender el enorme inconveniente de una mala vista. He vivido ignorando cosas muy elementales por no haber alcanzado las demostraciones objetivas. Con menos picardía que otros, sentía menudear las penitencias sobre mi cabeza, porque no sabía hacer travesuras sin que me miraran. Y en mis reyertas infantiles, habría sacado siempre la peor tajada, si no me hubiese salvado la longitud de mis brazos y la desproporción de mis puños.

Más tarde, esa misma miopera, no permitiéndome abrazar en su conjunto el campo de mis actividades, atrasó mi progreso en el trabajo. No pude acostumbrarme a ser fisonomista, lo que es un gran inconveniente para un comerciante, casi tanto como para un político o un detective. He perdido muchas y muy buenas relaciones, por haberlas dejado con el saludo.

Pero otro de los grandes inconvenientes del miope, es el de tener que usar anteojos. Eso tiene la desventaja de no poder echar esa ojeada rápida sin mover la cabeza. Qué malo es eso para los enamorados!

Con vergüenza y todo, lo diré: Fuí siempre un pésimo jugador de billar, un tirador nulo, con pulso envidiable, un cazador chambón. Nunca aprendí a jugar a las bolitas, nunca pude remontar un barrilete ni supe hacer bailar un trompo.

Pero tengo un maestro en casa de todas esas minucias. Desde que cumplió los ocho años mi hijo, es mi maestro, y aunque el respeto no le permite decir lo que piensa, estoy persuadido de que a sus ojos no puedo ser nada bueno. A qué puede servir un hombre, que no sabe ni colocar los cordones a sus zapatos? que en vez de remontar el barrilete lo hace pedazos, que al tirar la bolita erra por un metro, que al querer hacer bailar un trompo, le cae siempre patas arriba? Y dentro de su infantil imaginación, ese niño quizá piensa bien. Porque el niño, el rústico y el borracho, tienen deducciones de una lógica aplastadora. Quiroga, no podía concebir cómo un General Paz, un manco que apenas sabía montar a caballo, pudiera ganarle las batallas. El gran Sarmiento, expone esa tésis del llanista como una demostración de lo que significaba el concepto que la barbarie tenía por la civilización. Y había mucho de acertado y natural. Paz era el cerebro, poco o nada le hacían falta los brazos en sus concepciones estratégicas, pero, dónde habría ido a buscar la victoria con un ejército de mancos como él?

Cuidemos que nuestros hijos sean ágiles y sanos. Que sepan correr y saltar, que sean hábiles para las cosas manuales. Lo demás vendrá de por sí, las grandes cerebraciones se producirán por sí solas, sin fatigar la mente por estudios complicados. Pero tengamos escuelas, altas escuelas donde puedan asistir los que quieran,

los que se interesen por su propia voluntad, los que tengan vocación. No impongamos carrera a nuestros hijos, si no han nacido para el estudio; porque solo sacaremos medianías esclavas de su título, y generaciones enfermizas por exceso de desgaste nervioso.

Nos lamentamos diariamente, de ver que indivíduos de conocimientos escasos lleguen a ser poseedores de grandes fortunas; eso es muy general en este país. Pero hay que reconocer también, que esos indivíduos no han desgastado su inteligencia en estudios complicados, y eso les permite avocarse la solución de pequeños problemas de la vida diaria, con una mayor lucidez de espíritu. Y esos pequeños triunfos que acumulan uno sobre otro, son los que constituyen el gran triunfo que los hará jefes de las familias aristócratas. Tales fueron aquellos pastores de Guipúscoa, cuyos apellidos llenan las crónicas de la vida social porteña.

Es muy hermoso el poder ostentar un apellido patricio, saber que un tatarabuelo ha sido oficial en el Regimiento de Granaderos a caballo, que otro fué diputado al Congreso de Tucumán, o que cargó en Maipo, o cubrió la retirada en Vilcapujio. Pero qué hacemos con esos pergaminos, si no tenemos cómo preservarlos de la polilla?

Yo no ceso de lamentarme al ver la poca inclinación de mi hijo por el estudio, y su des-

medido afán por los deportes; pero cuando algunas veces me pongo a filosofar, llego a terminar con ese: bah! que en francés quiere decir: *c' est bien la méme chose.* Ignoramos lo que puede reservar el porvenir a los pueblos. Acaso no puede ser tan célebre un Firpo para las futuras generaciones, como puede serlo Pasteur para la nuestra? La ultra-poderosa Roma, la vencedora del mundo, no sentó el principio de que la mente es sana dentro de un cuerpo sano? Luego, Firpo, al estimular con el vigor de sus puñadas a la juventud de su país, no hará que la raza llegue a robustecerse en grado tal que haga innecesarios los medicamentos?

Perdóname, Maïsa, estas disgresiones; cuando sobre estas páginas vengo a conversar contigo, el tiempo pasa tan breve que escribiría hasta agotarme.

Y en el preciso momento en que expongo mis ideas, mientras que tú en tu pieza atiendes a tus visitas, mi amigo A., atraído por el sonar de las teclas, se viene a mi pieza a verme escribir! Eso sí que no estaba en mi programa.

Una máquina de escribir, llama siempre la atención; la escritura mecánica es aún demasiado reciente. Me explico su curiosidad, se la disculpo; pero francamente, esa curiosidad es algo inoportuna en este momento. Vaya que se le ocurriera leer mis líneas, cómo haría para ocultarlas sin pasar por un mal educado? Porque todo puede

aceptarse, menos eso. Sin embargo, tengo que serlo, no puedo ofrecerle asiento! Debo a su respecto una afirmación justa: lo creo un buen muchacho. Pero ni él, ni otra persona que yo me sé, no pueden leer estas líneas. Quizá, son las dos únicas en el mundo.

Me sería muy difícil repetir lo que me dijo, ni de qué hablamos. No pude ser todo lo atento que debí ser. Mucho lo siento!

En fin que llegó el momento de la partida. Oh! mi pieza, la pequeña, la que domina el largo corredor, desde la cual te he visto ya tres veces, y desde la cual espero verte todavía antes que te marches, y antes de irme yo también.

Veo salir una pobre mujer con una niña, tiene el pañuelo en los ojos; es la pena de separarse de tí? o es el desengaño de que le hayas negado algo? Pobre mujer! Si algún día llego a ser rico, yo averiguaré quién eres, iré a enjugar esas lágrimas, yo no quiero que mi amada haga derramar lágrimas a nadie, sobran con las mías!

Oigo que pediste la cuenta, veo salir tus valijas. Comprendo que vas a salir. Me hago el distraído, me pongo a leer. Cuando calculo que vienes llegando a la escalera, alzo de pronto la cabeza y como si eso te asustara, te vuelves nerviosamente hacia otro lado!

Quiere decir que me venías mirando, Maïsa. Gracias, bendita seas. Mírame con odio o con

amor, pero mírame; tu mirada tiene un fluido bienhechor, porque tu mirada no puede ser de indiferencia. No será de amor, será de odio, pero prefiero tu odio. Odiame, ódiame mucho, y cuanto más me odies, más tendrás que arrepentirte.

Apenas saliste, me fuí al toilet. Al volver me acerqué disimuladamente a tu pieza, ahí estaba el papel que deslicé la víspera. Ni el viento, ni el pasar tuyo, ni el de tu *pibe,* ni el de tus visitantes, habían modificado la posición en que más o menos habría quedado al deslizarse. Me apresuré a recogerlo.

A la tarde, me paseaba a lo largo del corredor sobre el cual da esa pieza; el sirviente la estaba acomodando. Entro, haciéndome el distraído. Examino el sitio en que tú podías hallarte a la mañana y aquel en que recogí mi billete. Hé aquí mis deducciones, Maïsa: es imposible que no lo hayas visto. Qué podía ello significar?...

—Esa señora, se marchó? pregunto distraídamente al sirviente. Es un criollo seriote y simpático. —Sí, señor; me contesta. Y entonces me cuenta que te conoce desde niña, y habla, habla pausado, con esa sinceridad y franqueza que denotan una persona honrada. Oh! qué feliz me encuentro cuando oigo que me hablan de tí. El cree que tú has vivido explotada hasta ahora, que cometiste error sobre error, y a mi pregunta si es cierto que te marchas a Europa, me con-

testa: *diande,* señor, si *ia* no tiene *cónque.* Ah! qué suerte; bendita tu pobreza; benditos todos los errores que hayas cometido!

Ese criollo se ha ganado mi confianza. Será un traidor? Creo que nó. Le tengo más confianza que al de anoche. Tomo rápidamente una resolución. «Vea, amigo, le digo: Vd. me parece un criollo franco. Deseo entrar en relación con esa señora; deseo preservarla de la explotación de que Vd. me dice es víctima; tome esta carta, y cuando Vd. sepa que esa señora sale para Buenos Aires, échela al correo y anote al dorso la fecha de la salida». — «Está bien, señor». Quiero darle propina, la rehusa.

Maïsa. Yo no sé si procedí bien o mal. En la lucha que sostiene el corazón y la cabeza, aquél es más fuerte. Marcho como un ciego, impulsado por una fuerza extraña. Soy un sonámbulo en mi sueño de amor. Si hago mal, tú tienes la culpa; porqué me enamoraste en esa forma?

---

Lunes 12.

Una señora amiga, me decía esta mañana: «Señor Patricio, parece que a Vd. le gusta mucho X.; lo veo muy de la retreta. Con quién andará Vd. de picos pardos? — «Con nadie, señora. A fin de matar mi *aburrimiento* voy a la retreta, pero felizmente que hoy me marcho. Debo, sin embargo, confesar que las damas de X,

me son poderosamente simpáticas ». — « Ya lo veo, Don Patricio ».

Esta mañana, te hice preguntar a la *estancia,* si no podrías tomar un peón que anda desocupado. Contestaste que la habías vendido y que dentro de 13 ó 14 días, te marchabas definitivamente a Buenos Aires. Gracias, Maïsa, por el informe que me diste, muchas gracias. Ahora me voy. Ahora es cierto que me voy. Y al salir del comedor, me despido de A. con esta frase: « Adiós, amigo A., esta vez es de veras ».

Y a la tarde, me marcho definitivamente de X. Voy contento o triste? Francamente, no podría decirlo, pero me voy más animado. De solo haberte visto, me siento otro. En la estación encuentro a un hombre amigo tuyo, que sale para Buenos Aires, o no sé para dónde, pero ese tipo que ya conozco de vista, me es antipático por instinto. Lo tengo entre ceja y ceja, no lo puedo tragar. Sin embargo, nada me ha hecho ni lo conozco.

BUENOS AIRES

Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata,
peregrina región que cual ninguna
el estro a las regiones arrebata,
donde en honrado hogar se alzó mi cuna.
Salve al gran río, cuya faz retrata
la argéntea luz de la esplendente luna.
Ora arrastre sereno, ora combata
el esquife en que voy con mi fortuna.
Buenos Aires. Oh, patria! Aunque me olvidas,
mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.
Cuando ya no den sangre mis heridas,
al cielo un postrer voto alzar pretendo:
dormir mi último sueño en tu regazo.

CARLOS GUIDO SPANO

---

Pero, y tu domicilio! Tu domicilio en Buenos Aires es lo que quiero saber! Ese loco de Evaristo bien me ha dado una dirección, pero es un pillo de siete suelas, no creo nada de lo que me dijo. Seguramente que lo que trató fué sacarme propina.

Pero yo te buscaré en Buenos Aires. Oh! yo te hallaré. La gran ciudad, es la escuela donde me he formado. La conozco de cabo a rabo. La masa edificada se ha extendido hacia esos arrabales que el 97 yo recorría a caballo en todo sentido. No tengo, pues, miedo de perderme y

sabré buscar. Sabré buscar porque fué mi oficio el año 92 descubrir a la gente rica. Porque te diré, Maïsa, que en aquellos tiempos los propietarios no querían hacer saber que lo eran. A la Nación se le había ocurrido hacer construir las obras sanitarias e imponer a los propietarios la ejecución de la parte domiciliaria. Aquello fué Troya. Esos buenos señores, no se avenían a gastar tanto dinero. Querían la higiene, pero siempre que ello no les costara un centavo. Y no solo se hacían los remolones en construir, sinó que ni los planos presentaban. La Comisión era inflexible. El formidable Ing. Villanueva no se casaba con nadie. Eran 380 *grullos* por cada casa, de multa, y a toda reclamación contestaba invariablemente: « Pague y apele ».

Y a los que no pagaban, se les iniciaba demanda. Pero había que saber quién era el propietario del inmueble sin cloacas, para personalizar esa demanda. . . . . y este humilde servidor, que entonces constaba orgullosamente de 16 primaveras, era el encargado de la pesquisa. Tenía la ventaja de ser alto como soy ahora, aunque delgado como una caña de pescar; esto me daba apariencia de algo. Por otro lado, el presentarme como enviado del Superior Gobierno (y nacional por añadidura) hacía que me sintiese personaje dentro de mis pantalones ajustados. Pero, debo hacer una salvedad en mi favor: no vivía del Presupuesto, sinó de mi tra-

bajo. Yo no tenía sueldo, mi trabajo se remuneraba a destajo.

Por cada pesquisa que hacía y cada citación correspondiente, me abonaban la suma de 25 centavos. No era mucho, lo comprendo, sobretodo si se tiene en cuenta que al procurador le regulaban 60 pesos y el 10 por ciento o sea 98 pesos en todo, que deduciendo mis veinte y cinco quedaban reducidos a $ 97.75. No hay que olvidar que en aquella época era más o menos como ahora; el vivo vivía del zonzo y etc. Y gracias todavía si le daban eso, los empleos andaban en bicicleta, (que en aquellos tiempos era el medio de locomoción urbana más rápido). Había que tomar lo que venía. Recuerdo que para un modesto puesto de escribiente, nos presentamos medio centenar de postulantes.

Mi tarea de hallar a los propietarios era bastante entretenida. Ella me ponía en contacto con nuestros millonarios porteños, y ofrecíame la oportunidad de conocer el carácter de cada uno de ellos. Pienso que si habían llegado a tener fortuna, lo debían a la valorización de sus propiedades y especialmente a su *tacañería* (y disculpen). Sus casas se venían abajo de viejas. En cambio, ese barrio Sud, encerrado en el ángulo Salta y Alsina, donde prevalece el pequeño propietario extranjero, eran más contados los rehacios, porque sea dicho de paso, el extranjero, quizá por tener menos santos en la Corte, es más respetuoso por las leyes del país.

Tuve el honor de pisar la mansión señoril de aquellos *ricos-homes* y. . . . . también de aquellas viudas acaudaladas. Algunas eran jóvenes y bonitas como eres tú.

— Caballero, me decía una vez una de ellas, ruégole haga de su parte lo posible porque no me cobren esa multa. — Señora, yo contestaba, no sin darme cierta importancia, tenga la seguridad de que haré cuanto de mí dependa. Y como nada dependía de mí, no me costaba mucho cumplir mi palabra. Una vez, una de ellas me hizo entrar en su salón para mostrarme que no tenía nada, que le habían embargado todo. Me daba mucha pena, pero, qué podía hacer yo? En cambio, otras veces la cosa tomaba un carácter más sério. En una ocasión, el propietario era un italiano de poco aguante, se negó rotundamente a recibir la citación. Quise dejársela en el suelo, la alzó y cazándome del *cogote* me la introdujo en el bolsillo. Cuando me ví libre de su opresión, le dí algunos calificativos que parecieron no gustarle, porque fué en busca de armas. Entonces, el representante del Superior Gobierno hubo de entregarse a la rapidez de sus piernas, las que tenían la cualidad de ser bastante largas. Me vengué a mí modo. Se la envié por certificado con retorno. No supe más nada del *tano*, pero juraría que esa noche se le indigestaron los tallarines.

Como ves, mi querida Maïsa, los 25 centavos había que sudarlos y había que aguzar el ingenio,

porque esos señores habían prohibido terminantemente a sus inquilinos que dijeran quién era el propietario. Pero yo había hallado un sistema que me daba resultados maravillosos. Consistía en ir siempre por las vías indirectas; preguntaba a los vecinos, y como no hay jente más mala que esos bichos, ellos me daban los datos que necesitaba y hasta los que no me hacían falta.

Bien, Maïsa, esos viejos conocimientos adquiridos en la práctica, son los que pienso utilizar para conocer el domicilio de la propietaria de unos lindos ojos que me han trastornado, que me han quitado el sueño, el apetito, y lo que es peor, mi libertad de pensar. Pero lo que es a esa propietaria, por más que sea viuda, jóven y bonita, no le perdonaré la multa, ni la obligación de construir todo lo que ha destruido!

Y ya que se trata de Buenos Aires, esa ciudad de mis filiales afecciones, donde se deslizaron aquellos años dichosos de la vida, en que aunque se sufra cree uno gozar, perdóname, Maïsa, si no puedo resistir a la tentación de estampar en estas hojas algunos de esos recuerdos que hacen sonreír al hombre en todas las edades.

Yo alcancé a ver los escombros de la *recoba vieja*, que el Intendente Alvear hizo derribar para las fiestas mayas del 83. Ya habrás visto en las viejas ilustraciones, aquellas arcadas que separaban la Plaza Victoria de la Plaza 25 de Mayo.

Fué en las tenduchas de esa recoba que el 25 de Mayo del año 10, French y Berutti fueron a proveerse de telas celeste y blanca para formar la divisa de los patricios, prontos a venirse a las manos con los peninsulares.

Yo ví voltear la torre del histórico Cabildo, cuyo reloj me advertía si llegaba tarde o temprano a mi conchavo. En los días de la revolución del 90, se había dado principio a la colocación del afirmado en la primera y única cuadra abierta de la Avenida.

La primera casa que se construyó sobre la Avenida, lo fué entre Solís y Ceballos, y por una ironía del destino fué la primera en demolerse para abrir la Plaza del Congreso.

Yo ví construir ese hermoso edificio de las aguas corrientes, Córdoba entre Ayacucho y Río Bamba. Alcancé a ver los cimientos de la estatua de Lavalle y la primera estación porteña de ferrocarriles, en el sitio donde hoy se alza el teatro Colón.

Yo recuerdo el puente que para cruzar la calzada habían colocado en Córdoba y Florida, que según creo, fué aquel famoso zanjón de Matorras, que recuerda Wilde, Gutiérrez y Hugo Wast.

No se me olvidará ese barrio próximo a la plaza del Once, donde aseguraban se escondía la *viuda* y el *hombre chancho*.

Hoy han hecho el Espigón en el Balneario Municipal, pero con ello, no reemplazarán el

hermoso muelle de pasajeros que se internaba tres cuadras en el río.

Yo no he peleado en el Parque el 90, pero llegué hasta Lavalle y Talcahuano, y tengo el honor de haber cruzado entre el chasquido de las balas.

Yo fuí de los doscientos mil que fuimos a recibir al General Mitre a su regreso de Europa, fuí de los doscientos que vieron tomar preso al Dr. Alem el 2 de Abril del 92, y fuí de los quince o veinte que vieron desembarcar en andas a Don Torcuato Alvear cuando vino a buscar la sepultura en esa ciudad que le debía su completa transformación.

En mis escapadas de muchacho inquieto y paseandero, he recorrido centenares de veces, por trozos, toda la ribera, desde el puente de barracas hasta los bajos de Palermo. Era mi paseo favorito. Yo no podría explicar el atractivo que tenía para mí esa larga rivera, que para recorrerla toda, se necesitaba un día. No es posible apreciar Buenos Aires en sus detalles, sin haberlo recorrido en esa forma y varias veces. Solo así puede obtenerse el título de porteño; quien no lo conozca en ese recorrido, no sabe lo que es Buenos Aires. Sabe que es una ciudad de muchas casas, de muchos habitantes, y nada más. La vida porteña, su aspecto pintoresco, los diferentes componentes de su sociabilidad, el bajo fondo, la clase obrera, su co-

mercio, todo eso se halla reflejado recorriendo sus confines.

Son muchos años que falto de la gran capital, pero me siento porteño en el alma. El hecho de haber asistido a su admirable transformación, de haberla conocido en sus rincones y bajo todos sus aspectos, sírvame de disculpa al titularme porteño.

Allá por el 91, se alzaba desde la altura de Cuyo (Sarmiento hoy), hasta el antíguo hotel de Inmigrantes, (sitio en que hoy se halla el reloj de los ingleses), un murallón de defensa contra el río, cuya construcción no alcanzo a explicarme, pues a los pocos años, para construir el dique 4 fué demolido. Ese murallón no se me olvidará jamás, y he aquí el cuento que me lo trae a la memoria.

Ese murallón sostenía la terraza que se alzaba a unos 5 ó 6 metros de altura sobre el nivel del río, y sobre su parte exterior, a cada cien metros de distancia, había escaleras que permitían bajar a las lavanderas o los que querían bañarse.

En los días de creciente, las lavanderas hacían su trabajo sobre la terraza y subían el agua en baldes. El día de mi cuento era de creciente.

Escalonados sobre los peldaños de una de esas escaleras, veinte muchachos, de los cuales el más flojo me la hubiera *dado* con la *zurda,* contemplaban las habilidades de cuatro o cinco

de ellos que nadaban en forma verdaderamente admirable. Yo, que pasaba en ese momento, me había parado a participar de la general admiración, sin darme cuenta del peligro que corría en medio de ese ambiente social.

De pronto, uno de ellos me mira, se apercibe de que no soy gallina de ese corral, y murmura al oído del compañero más próximo: «Abajo la galera». En esos tiempos hasta los niños usaban galera a lo Don Hipólito, solo la gente del arrabal afectaba no usar más que chambergo.

El «abajo la galera» cundió entre toda esa muchachada, y su éco repercutió en mis oídos como el toque de «a degüello».

Hay que saber lo que es el pillete porteño, y lo que fué en aquellos tiempos. El genial Víctor Hugo con su *gavroche* nos presenta una imágen perfecta de ese pillete. Aquellos muchachos en cuyas manos hube de perecer quizá, habrán ido con los años a ocupar los presidios del estado, pero no puedo olvidar que fueron esos mismos que en los días de la revolución del 90 corrían entre las balas a recoger los heridos.

Oí, pues, el «abajo la galera», y recien me dí cuenta de la falsa situación en que me hallaba. Esos muchachos empezaron a subir la escalera y me los ví venir a todos encima en actitud agresiva. Pocas veces he visto mi pellejo en un

peligro igual. A pesar de hallarnos a unas ocho cuadras de la Plaza de Mayo, no había en ese sitio ninguna vigilancia, y en el supuesto que se hubiera hallado ahí cerca un guardián del orden público, esos pilletes quizá no se hubieran detenido; yo había en otra ocasión presenciado un caso así.

Con ese orgullo de muchacho que no quiere disparar, pero que se ve llegar encima la más formidable de las tundas, empecé a retroceder paso a paso, conteniéndolos por la consideración, quizá, de verme solo contra todos ellos.

Pero se me venían y había que resolver: o disparar, o hacer frente. No cabían términos medios, ahí no había negociación posible. Bárbaro de mí! opté por hacer frente; quizá eso fué mi salvación!

Ya había barajado el primer golpe; cuando de pronto, sucedió lo imprevisto, lo grandioso, lo que nos hace pensar sobre todo lo grande y bueno que encierra el corazón humano. Una mujer que se hallaba ahí cerca, una de esas pobres lavanderas, sin dejar de golpear su ropa, habría observado seguramente lo que pasaba. La ví pegar un salto entre esa muchachada y yo. Blandió en alto su paleta y, desafiando con ella al primero que osara acercarse, les arrojó a la faz esa pregunta chapurriada de italiano: "*qué ta fatto il muchacho?*"

Ante la decisión de esa mujer, temible por su aspecto decidido y enérgico, la turba se detuvo.

Hay actitudes que imponen por su misma heroicidad. Esos muchachos soltaron la carcajada y volvieron a sus ejercicios de natación. Yo seguí retrocediendo. Estaba ya a la distancia y me parecía aún ver esa paleta salvadora sobre las cabezas de esa pandilla harapienta y agresiva. Y la ví durante todo el día. La ví toda aquella noche; y durante mucho tiempo conservé esa visión ante mis ojos. Hoy mismo a través de esos treinta años, me parece verla.

Noble mujer! No la he visto más. Por muchos meses no volví a frecuentar esos parajes. Hoy después de muchos años, le envío sobre estas hojas el testimonio de mi admiración y de mi eterno agradecimiento.

Posiblemente a estas horas te habrás restituido a esa tierra que fuera el campo de tu ruda labor: — Pasajera de tercera clase en el convoy de la vida, tu alma noble habrá volado hacia las célicas regiones, porque Dios te habrá tenido en cuenta esa bella acción sobre la tierra.

## Octava Carta

Marzo 12.

Quien no vió nunca la hermosura tuya,
nunca admiró su encantadora mágia,
ni sintió el pecho palpitar de júbilo
ni fué dichoso como yo al mirarla.

Otras hermosas ví; otras pudieron
inspirarme ternura momentánea;
pero ninguna embelesarme supo,
ni cautivarme el corazón y el alma.

Esteban Echevarría

---

Adiós X! Esta vez me voy de veras.

Oh! Maïsa. La obra que comenzaste en S., la terminaste aquí. Antes era un loco pacífico, ahora soy un loco peligroso. Lindo trabajo has hecho!

Esos centenares de niñas que vieron pasear con tanta asiduidad por la retreta ese tipo tordillo, que las miraba a todas sin mirar a ninguna, no se supondrían que de los jóvenes y los viejos que ahí se paseaban, ese era el más enamorado de todos, y que la causa de sus males, se hallaba lejos de esa retreta.

Me llaman de Buenos Aires. Hace cinco meses que no voy. Me hago el remolón. Me detendré

en esos pueblos que debo visitar, todo el tiempo que sea necesario para que tú puedas terminar tus asuntos, y pueda coincidir mi llegada con la tuya.

X. quedará ligado a mis recuerdos con rasgos indelebles, por todo lo que pueda quedarme de vida! A esta ciudad vino mi padre el 81. Aquí, haciendo vida de soltero, teniendo entonces más o menos mi edad, quien sabe no tuvo también sus aventuras de amor, en esos mismos sitios donde su hijo, 42 años más tarde, había de enamorarse por toda una eternidad.

Cada vez que vuelva por esos sitios, sentiré latir con fuerza mi corazón. El largo corredor que vió pasar tu silueta encantadora. Esas piezas que ocupaste, la de la esquina y la que daba casi frente al teléfono. La escalera que bajabas aquella mañana en que lloré y que ayer te ví bajar con el corazón aliviado.

Ese camino a la estación, que recorrí con la muerte en el alma aquella mañana que partías para R., que recorrí a pie tantas veces para estar a la llegada de los trenes.

Ese *buffet* de la estación, en una de cuyas mesas te hallabas sentada cuando me dirigiste la mirada. Ese andén, donde las valijas que obstruían tu paso te colocaron tan cerca de mí que tus vestidos me rozaron. Oh! todo eso quedará grabado en mi memoria mientras viva.

Ignoro lo que me reserva el porvenir. Ignoro si cuando vuelva por estos sitios tendré que reír

o llorar. Allá apenas te conocía. Aquí llegué a conocerte mejor, aquí es donde realmente empecé a amarte con locura, con frenesí, con una pasión inmensa, capaz de todas las grandezas y. . . . . de todas las bajezas.

He tratado de descubrir la situación íntima de tu corazón, pero no he llegado a ninguna conclusión. Soy un veterano de la vida. He adquirido una filosofía que me ha permitido sustraerme a las preocupaciones sociales. Mi amor existe dentro de esa filosofía. Te amo incondicionalmente, con un amor salvaje, frenético y tropical. . . . . y soy celoso!

Soy celoso y no sé de quién. Siento que ese mónstruo me roe las entrañas. Cuál de los dos que ayer te acompañaban? . . . . .

Dicen que se trata de A. Otros dicen que es ese tipo que no conozco, pero que no llega a captarse mi simpatía. Y sin embargo . . . . . lo que siento por tí es tan grande, tan inmensamente grande, que todo, hasta lo imposible aceptaría por llegar hasta tí. El amor tiene esas grandes ironías! O es que a mi edad se ama en otra forma?

Y es así cómo se llega a una comparación del pasado con el presente. Cuán enorme diferencia! Allá a los veinticinco años, era yo que imponía condiciones. Entonces decía con toda altanería: «Si Vd. quiere ser mía, señorita, ha de ser bajo tales y cuales condiciones». Hoy,

veinte años después, cambia la frase: «Soy vuestro esclavo, *señora,* bajo las condiciones que os sirváis dictar». Cuál es el más grande amor? Pase a estudio de los grandes sapientes, yo renuncio a profundizar. Se necesita mucho cerebro; yo, para escribir estas líneas, no lo tengo suficiente, en cambio me sobra corazón.

Si habían de exigirme imperativamente una opinión, y bien diría: Todo está en la relatividad de las cosas; a los veinticinco años, se dicta condiciones, porque hay mucho para dar; a los cuarenta y cinco, no se es exigente porque no puede darse tanto. Y a medida que el hombre va descendiendo hacia su completo perigeo y va perdiendo su hermosa energía, menos puede exigir, hasta que concluye por cederlo todo.

Yo doy gracias a Dios que me haya enviado ese amor, a una edad en que el hombre puede echar mano aún, de sus grandes reservas de energías. No tiene tanta riqueza acumulada, pero los años le han enseñado la forma de utilizar las que le quedan. La experiencia es el tesoro de los hombres maduros. Y llego a pensar en aquellos cuya virilidad no los abandona jamás, ni en su edad provecta. Por mí, es que esos hombres saben suplir con las riquezas acumuladas en su mentalidad, los desgastes físicos de una larga vida.

Dicen que allá en el centro de la Europa, las tierras que se extienden en las vertientes orien-

tales de los Cárpatos y las meridionales de la Transilvania, que bañan las aguas del Prut y del Danubio, poseen una tan potente fecundidad, que algunas de sus regiones alcanzan a dar dos cosechas al año. Yo he llegado a creer que los espíritus inquietos, propios de los temperamentos nerviosos, que se han adelantado en el proceso de la vida, ven terminarse el primer amor, aún llenos de sávia y con el alma insatisfecha por la necesidad de amar.

En ciertos momentos, cuando mi pensamiento se concentra y quiere penetrar en ese misterio insondable en que se halla la explicación de las causas que puedan haber determinado un tan grande amor, llego a la conclusión de que esto no es más que una de las leyes que rigen la evolución del universo. Es la ley de las eternas renovaciones, ahí donde hay, abundancia de vida. Los mediocres, no alcanzan a comprenderlo y se escandalizan. Delante de esos tontos hay que callar.

El amor es eterno en la novela, pero no lo es en la realidad de la vida. El amor es como los seres animados y como las plantas: nace, crece, florece y muere.

Tiene una duración más o menos larga. Si cuando termina su proceso, el individuo no es bastante viejo, vuelve a amar. La religión que instituyó la monogamia, no ha querido jamás confesar la existencia de esa ley natural,

porque debo decirte que la religión, especialmente la Católica, es la que más se ha esmerado en combatir la obra del Ser Supremo. Felizmente, la legislación social ha reaccionado sobre ese sistema artificial, porque ha comprobado el porcentaje enorme de concubinatos que existen a espaldas del matrimonio. El adulterio, pierde cada día en su carácter de delito.

---

Marzo 13.

En breves días me hallaré en S., el punto de donde arranca nuestra breve historia. Oh! ciudad de celestiales evocaciones. Fué entre tus muros que mis ojos vieron brillar esta nueva aurora. Ahí es donde mis sentimientos aletargados, despertaron ante la imagen adorada de aquella mujer divina. Me detendré en esos sitios que vieron esa persona encantadora.

Buscaré en el comedor de ese hotel, la mesa desde la cual me sentí dominado por el fulgor de tu mirada fascinadora. Evocaré el contenido de esa carta en que te pedía escribieras conmigo una página de amor en el libro de nuestra vida, y después de ver desfilar ante la imaginación cada una de las etapas que nos llevaron en brazos uno del otro, iré a arrodillarme en ese mismo sitio donde dejaste entre mis dedos el recuerdo sagrado que besan mis labios a todas horas del día.

Es ahí que daré principio a la tarea de averiguar tu domicilio en Buenos Aires. Porque el corazón me dice que tú no te acordarás de mí, y no me escribirás; pero yo necesito saberlo y lo sabré. Necesito saberlo porque me sentiré templado con solo tener el consuelo de pasar bajo tus ventanas. Te veré salir, seguiré tus pasos, me tendrás en cada sitio que recorras. Oh! no te asustes, nunca puedo hallarme más que por pocos días en la gran capital. No temas que te fastidie ni te comprometa.

---

16 de Marzo.

Aquí estoy en S., desde ayer. Ninguna guía me da tu domicilio. Dios mío! Cómo haré?... Y pensar que esa mujer estrecha cada día más ese dominio inmenso sobre mí. Cómo podría sustraerme a su influencia? . . . . . Oh! porqué he cedido el imperio sobre mi corazón! Quisiera emborracharme en una orgía de mujeres, y amar a una nueva cada día. Quisiera poseer el cuerpo y el alma de Don Juan; enamorarlas en dos días, conquistarlas en uno, y olvidarlas en una hora!

Mujeres, amor comprado, qué importa? Mancebas de turjentes senos, venid a mí! Bacantes hermosas, venid que os abrace a todas en un acceso de lujuria. Venid, hijas de Vénus, a recibir en cambio de vuestras caricias el mendrugo

que nosotros, mercaderes de la carne, os arrojamos en pago de placeres corrompidos, después del regateo vil.

Para eso os hemos arrojado al lodazal en que vivís. Para eso os hemos señalado el camino del vicio y de la corrupción, para eso os hemos arrojado del seno de la sociedad. Para eso hemos trazado la divisoria entre nuestras hermanas, esposas e hijas, y vosotras. Infelices! habéis aumentado el número de las víctimas de la inclusa, y vuestro porvenir está trazado con letras de fuego al margen de vuestro estigma. La enfermedad que germina bajo la sedalina y el oropel, os llevará al hospicio, vuestro postrer refugio!

Y ahí, sobre el estrado del *music-hall* de este hotel que tú conoces, acompaña a la orquesta una joven hermosa. Es una *donalina* que viene del país del arte. Ha nacido en esas regiones encantadas de la Italia, donde dicen que cada pueblo es un nido de ruiseñores. Su gracia gentil hace evocar aquellas blancas vestales de la Roma pagana, que se deslizaban bellas como diosas sobre los pulidos mármoles del circo, para ir a desafiar con su belleza a los mismos gladiadores. Algunas veces me dirige su lánguida mirada.

Pero es inútil! Ante esas mancebas de amor comprado, ante esa itálica belleza, se destaca en líneas inconfundibles la silueta poderosa de una mujer de fuerte mirar, de belleza soberana, que

vino a mí en noche de olímpico placer y se llevó mi alma! Esa mujer eras tú, oh Maïsa!

Alma adorada! No sé lo que pueda depararme el porvenir, pero yo pido a Dios una cosa, solo una cosa! Que me otorgue la gracia suprema de verte. Eso solo me dará la vida.

Oh! nos hemos de hallar, nos hallaremos al trepar la montaña, al cruzar las dilatadas pampas, al vogar sobre las ondas, al posar en las villas. Nos hallaremos hasta en las profundidades de la selva, porque un instinto poderoso me llevará hacia tí. No puedes escaparme. Hay algo invisible y potente que me liga contigo, es la fuerza del espíritu que atraviesa el espacio. Mi pensamiento sigue al tuyo. Y si llegaras a morirte, me moriría yo también, porque mi espíritu necesitará desligarse de la materia para seguirte hácia las regiones de lo ignoto.

---

26 de Marzo.

Lucha atroz! La voluntad de olvidarte y el deseo inmenso de que vuelvas a mis brazos! Oh! yo creo que mi cerebro se ha debilitado en esta noche de cincuenta y dos días!

Una convicción profunda, hija de una lógica inflexible, se apodera de mi alma: Tú, no solo no me amas, sino que ni te acuerdas de mí! Yo sólo amo y sufro, yo sólo alimento una quimérica esperanza para prolongar esta existencia, que ya se vuelve insoportable!

Son las cuatro de la madrugada, me levanto empujado por el insomnio, hostigado por esa eterna obsesión. No hace media hora me proponía romper estas páginas y sobreponerme a todo. Me proponía apelar a esa fuerza de carácter que nunca me falló, para desalojarte de mi pensamiento. Oh! es imposible! Eres más fuerte que yo. Siento que me vences, siento que me matas! . . . . .

Y es tanto el dolor y la desesperación que se apoderan de mi alma, que me siento tentado de enviarte estas líneas, salga lo que salga.

Si recuerdas algo de todo cuanto te dije aquella noche inolvidable, quizá tendrás presente aquella afirmación mía: « Si me hubieran dicho que esta aventura podía costarme la vida, no me hubiera detenido ».

Llego a una encrucijada de mi camino, en que nada me importa, en que el pucho de vida que me resta, estoy dispuesto a arrojarlo a tus pies, como una cosa inservible; esa será mi venganza, mi atroz venganza, porque mi sombra te perseguirá mientras viva, porque llevarás sobre tu frente la maldición de los míos! Y si mis hijos, que no tienen más amparo que yo, te maldicen, quizá los tuyos sufran también las consecuencias. Es cierto que estos son ricos, pero quién puede predecir a dónde puede llevarnos el destino?

Oh! perdona, Maïsa, estos extravíos de mi alma enferma. Me había olvidado que a pesar

de todo y por encima de todo, te debo dos horas de suprema dicha, y que te amo, que te amo hasta morir!

---

28 de Marzo.

Ayer publicaron la noticia de la muerte de Sarah Bernardt. La gran artista ha caído envuelta en la aureola conquistada en la interpretación de los poetas.

Yo la ví una vez. Hace muchos años, allá por el 93. Era en el Politeama donde representaba. Aquella noche, daban Cleopatra. No recuerdo jamás haber oído de tan lejos, hablar con tanta claridad. Aún resuena en mis oídos aquella voz timbrada, aquella dicción sonora y reposada.

Recuerdo aquel argumento cuya explicación fuí a beber al día siguiente en la Historia de Roma! Cleopatra, reina de Egipto, poseía el don de enamorar a los hombres. Marco Antonio, uno de los poderosos triunviros del Imperio Romano, vencedor de Filipos, cayó fanatizado por esa mujer de belleza tropical, cuya fama ha cruzado los siglos. Aquel hombre, todo lo sacrificó al amor por esa mujer extraordinaria. Esposa, hijos, poder, prestigio, todo lo depositó a los pies de su amada, y cuando ya no le quedaba nada, le entregó su vida, su última gota de sangre. Oh! cuando leo la historia de esos poderosos de la tierra, rendidos al amor de una mujer, me siento reconfortado.

Nó. No es mi razón lo que flaquea, es mi corazón que despierta a un gran amor, que ha sabido inspirarle una mujer divina! Yo no soy una excepción, yo soy como todos, como los grandes y como los mediocres, yo sé amar!

En una de las páginas áureas de Michelet, donde se relata la historia de aquella formidable convulsión social que llaman «revolución francesa», donde surgieron tantos genios que venían a ilustrar un mundo nuevo, donde toda una pléyade de jóvenes pensadores fueron impávidos a la muerte en holocausto de sus ideas, el gran historiador recuerda cómo se sabía amar y cómo se sabía morir.

Y bien; yo creo que hay que amar para ser algo en el mundo. Donde no hay amor, la vida es insulsa. Donde no hay amor no hay ilusión, no hay placer, no hay ideal. Sí; que lo expliquen los sapientes; se ama a Dios, se ama a la Patria, se ama a los padres y a los hijos. Oh! pero por encima de todo no hay un amor igual al que inspira una mujer!

Mañana, domingo de Ramos. La semana entrante, la consagra el cristianismo en recordar la Pasión y Muerte de Jesús.

El Maestro sublime de la bondad y de la justicia, aquel idealista nazareno, fué a purgar sobre el Gólgota el delito de haber sido bueno! Había predicado doctrinas en pugna con los intereses del alto clero. Había tenido la osadía de

arrojar fuera del templo a los mercaderes. Había sostenido que para ser discípulo de sus doctrinas, no había que tener bienes de fortuna! Los escribas y los fariseos habían de antemano decretado su muerte.

Los intereses de la Roma guerrera y conquistadora ante el pueblo judío sometido, no habían permitido a su representante Pilatos hacer justicia. La poderosa Roma se hacía cómplice en el asesinato jurídico de esa inocente víctima.

Alma celestial! Con su doctrina sencilla, todo corazón, conquistó a los humildes. Los niños lo amaban, las mujeres lo adoraban, por eso lo acusaron de seductor.

Fué seductor, porque fué todo amor y todo bondad. Ambas cosas seducen, como seduce el perfume de la rosa, como seduce el trino del ruiseñor, el canto del poeta, el sonido de la guzla!

Jesús: Dios, hombre, profeta, lo que seas: eres mi maestro, eres mi modelo, porque soy todo amor y procuro ser bueno.

## Novena Carta

Abril 2.

Rememorar es revivir.

Vargas Vila

---

Vengo de Buenos Aires. Hice una escapada de incógnito! Ahí pasé dos días! Me indujo a ello, un sobre que recibí del sirviente criollo de X. que me anunciaba tu salida el 28. Y..... al fin, descubrí tu domicilio! Como te lo anunciaba en una de mis anteriores, usé el procedimiento que allá, hace muchos años, me dió tan buen resultado. Fuí por las vías indirectas; pregunté a los vecinos, y al día siguiente de llegar podía contemplar el lindo *petit Hotel* que ocupas. No era en Callao, era por Callao. Aún estoy en preguntarme porqué quisiste mantener en reserva este dato.

Quieres saber cómo llegué a saber tu domicilio? Ha sido más sencillo de lo que te presumes. Quizá lo sepas mejor que yo. No importa, lo sabrás también por mí.

El sirviente del hotel de X. no estaba conforme con su empleo, no se amoldaba a todo el trabajo que se le exigía. A cada rato venía a

lamentarse en mi pieza. Me contaba que tú querías conchavarlo para llevarlo a Europa. Al fin, un día me dijo que estaba cansado y que se iría. Que tan pronto como tú llegaras a Buenos Aires, se presentaría para que lo conchavaras.

« Fuiste *vos* que me dijiste que esa señora vivía por la plaza Constitución? », le pregunté distraído. « No, señor, vive calle. . . . . pero no sé el número; esta tarde, el pasajero de la pieza de aquí al lado, ha quedado en dármelo ». Y al día siguiente me daba una numeración que anoté prolijamente en dos o tres partes en mis libretas y papeles; trabajo inútil! Mi memoria había de ser el mejor apunte!

Apenas bajé del tren, a altas horas de la noche, lo primero que hice fué ordenar que me llevaran a esa dirección. La presumía falsa. . . . . y resultó falsa! Esa numeración no existía! Esta era una nueva decepción que venía a sumarse a las muchas recibidas.

Aquella noche mi pensamiento se concentró sobre este único punto: averiguar tu domicilio, buscarlo y no abandonar la partida hasta encontrarlo. Y al día siguiente empecé a recorrer esa calle. Esa calle que conozco palmo a palmo, y que tanto conocía la juventud de mi tiempo! Y al recorrerla, me parecía ver desfilar ante mis ojos la visión de aquellos barrios de entonces. Es en ellos que tuve los primeros goces y las

primeras decepciones de la vida! Fué en esos barrios que conocí lo que significaba estar *encanado.*

Tengo aún en la imaginación el recuerdo de aquel incidente tan lleno de enseñanzas. Los años han pasado, la juventud de mis tiempos no era tan culta en sus modales como la de ahora, éramos unos guarangos, convengo en ello, pero no había la corrupción de ahora, ni se conocían los refinamientos del vicio. Hasta en las mismas rameras había menos relajamiento en sus costumbres. Grecia no había aún llegado a Buenos Aires.

Era un problema franquearse la entrada cuando íbamos en pandilla. Había que usar de astucia. Entrábamos por *yunta* y a intervalo de varios minutos. Cuando estabamos *au complet*, empezaba la jarana que terminaba en el batifondo.

La dueña estaba que ardía: *vos istás franelas, rompes sillos, quimas afombras con cigarrillas,* y cuando ya convencida de que más aceite daría un ladrillo que *menega* todos nosotros juntos, se encaraba con el más atrevido: *Sa no ti mandas mudar ti hago llivar por bajalantes,* chapurreaba furiosa entre juramentos de cuartel. Y nosotros viendo que era caso de *espiantar* levábamos anclas y nos íbamos con la música a otra parte.

Pero aquella vez, la cosa fué más seria. Con un amigo nos propusimos una noche hacer fra-

nela en una casa de lujo, lo que era cosa más difícil. Al llamar a la cancel, una linda rubia nos hizo seña desde el patio que no se podía entrar. Ahora bien, con retirarnos y buscar avenra en otro de los treinta o cuarenta establecimientos del mismo género que componían ese barrio, nada habría ocurrido. Pero por desgracia, soy un testarudo incorregible. Conservo seguramente en mi cabeza alguna partícula del granito de esas montañas de donde descendieron mis abuelos. Eso fué causa de que me hice el ciego y fingiendo no ver la indicación de la rubia volví a llamar.

Entonces vino hacia la cancel, montada en cólera, como correspondía al color de su pelo, abrió bruscamente, me lanzó un «nó» terminante a las narices y volvió a cerrar violentamente.

No hay duda que entre los males contagiosos, la nerviosidad ocupa uno de los primeros puestos; la actitud de la rubia, esa forma despectiva de gritarme y ese cierre insolente, produjo naturalmente una conmoción en todo mi sistema nervioso que se manifestó por un encogimiento de mi pierna derecha para distenderse con la violencia de una catapulta. Imagínate el puntapié de un arquero que enviara la pelota desde su valla hasta la del campo contrario.

Si la punta de mi pie no hubiera hallado más que el vacío en su trayectoria, nada hubiera su-

cedido; pero fué a dar con el bajo de la cancel, lo que produjo un choque tan formidable, que el cristal, de una sola pieza, saltó hecho pedazos.

Todo eso se produjo con la rapidez del rayo. El cierre de la cancel por la rubia y mi puntapié, no produjo más que un golpe, lo que pudo haber sido mi salvación con un poco más de sangre fría de mi parte. Desgraciadamente no la tuve, y en vez de hacer frente a la situación creada, procedí a la más imprudente de las retiradas, por su misma rapidez. El agente de facción colocado estratégicamente a mitad de cuadra, me dió el alto a los pocos pasos y me hizo volver al lugar del suceso. Aquello era Troya ardiendo por sus cuatro costados!

Una gritería infernal de la madama coreada por sus veinte pupilas atronaba el espacio. Algunas habían abandonado sus alcobas dejando sus quehaceres a mitad, creyendo que se trataba del fin del mundo. *" Llivalo preso bajalantes, llivalo al cajatillas"* vociferaban todas juntas. Y hubo que marchar a la *séptima!* y mi compañero atrás.

El agente, un criollito cachaciento dió el parte con su acento catamarqueño: *Io* no sé si el mocito tiene culpa, terminó diciendo pero *io vide* cuando disparó. — « Señor oficial, argumenté, yo creí conveniente *retirarme* para no verme envuelto en este asunto, pero crea que no fuí yo quien rompió el vidrio, fué la rubia al cerrar

la puerta con toda su fuerza ». Y mi amigo, junto a mí, creyendo a pies juntillos en lo que yo decía, por no haber observado la contracción nerviosa de mi pierna, juraba y rejuraba que yo era inocente.

No había duda que aquí se planteaba un caso complicado para la autoridad policial. La deposición del agente, de que yo había salido disparando, me condenaba a todas luces: cuando se huye es que se tiene cola de paja; y la concurrencia civil que se hallaba dentro del establecimiento, y que podía testimoniar, había visto el cierre violento de la rubia, pero no había visto mi puntapié. Si se llegaba a la comprobación de que yo era efectivamente el autor de la rotura, mi causa resultaba sensiblemente agravada, pues la parte damnificada se presentó al cuarto de hora y denunciaba que un trozo de vidrio había caído sobre el pie de la *niña*, y le salía «sangre del zapato». Textual. Aquello podía llevarme ante el juzgado de instrucción por efracción y hecho de sangre!

El oficial se declaró incompetente, y resolvió elevar el asunto a la alta resolución del comisario. Eran las dos de la mañana, y ese funcionario no aportaba hasta las ocho!

Y ahí, sentado frente al escritorio del oficial, mientras que afuera los míos se ponían en campaña y se multiplicarían para gestionar el *habeas corpus*, yo me entregué a la reflexión y me puse

a profundizar sobre la influencia perniciosa de los nervios, sobre la integridad de los cristales.

Ahí desfilaban los numerosos casos en que tenía que entender esa sección de policía. Con poca variación, se trataba de casos como el mío y que tenían la misma procedencia. Casi todos eran *pasados* por desorden, como si el orden fuese posible a esa edad y en esos sitios! Había exhibición de chichones, rasguños y otras menudencias. Era realmente curioso y entretenido oír los cargos y descargos de las partes litigantes. Ver esas mujeres con sus vestidos de baile, sus zapatos blancos y sus caras pintarrajeadas como mascaritas. Lo más notable era que nadie había hecho nada, todos alegaban la más perfecta inocencia. Dos caballeros aristócratas habían caído acusados por una dama, de haber recibido un bastonazo de uno de ellos, y efectivamente mostraba una contusión en el cuello. El caballero, juraba que lo del bastonazo era pura invención, y que la contusión se la había hecho ella misma. No pude saber qué resolución recayó sobre ese asunto, pero ví que ambos se hallaban libres al cuarto de hora.

*" La claie de l'or ouvre toutes les portes ".*

Algunos eran registrados para constatar si no llevaban armas. El sargento o el cabo de guardia, eran los encargados de la operación. Yo contemplaba el curioso contraste que presentaban ambos personajes; mientras el sargento se ele-

vaba a menos de dos varas del suelo con más de dos de circunferencia, el cabo, a pesar de sus dos metros de altura, su abdómen podía caber en el arco más chico de un barril de 25 litros.

Qué noche! Estos recuerdos no se borran nunca. Era la primera vez que la Policía se incautaba de mi libertad. Aquello me dejó una impresión dolorosa, quizá necesaria! Nadie puede decir: De esta agua no beberé, pero creo que es preferible la muerte a la prisión.

Ahí viví por algunas horas el espíritu de Silvio Pellico, y desfilaba por mi memoria todo cuanto había leído sobre las mazmorras de la Inquisición, la Bastilla, la Torre de Londres, el Castillo de If. Y cuando quería cerrar los ojos, me parecía tener ante mí el fantasma de la *Máscara de Hierro*, o ver precipitarse al abismo la bolsa conteniendo a *Edmundo Dantés*.

En fin, que a las 8, llegó el comisario. Era el viejito Argüelles, el papá severo de aquella muchachada bullanguera. Ante sus canas había que deponer los ímpetus belicosos, no era fácil engañarlo! Los míos que lo habían esperado, defendían mi causa con tezón; en realidad me creían inocente.

A mí, que ya me habían pasado al cuerpo de guardia, recién sentí toda la impresión del cautivo, y recordaba al hijo de *Martín Fierro:*

> Y en esa estrecha prisión,
> sin poderme conformar,
> no cesaba de exclamar:

Qué diera yo por tener
un caballo en qué montar
y una pampa en qué correr!

Al rato fuí llamado a la presencia del funcionario.

«Vea amigo, — me dijo, — cuando lo vuelvan a traer aquí, lo mando al Departamento por quince días, me oye? Y señalando la puerta, con ademán severo, ordenó: «Mándese mudar».

La forma era algo desconsiderada, si se quiere, pero es que debía existir en el ánimo de ese viejito experto, un profundo conocimiento de los bueyes con que araba. No tenía duda alguna sobre mi culpabilidad, pero usaba de esa benevolencia que la edad tiene siempre para esa juventud que le recuerda los buenos tiempos. Viejo lindo! En ese momento, solo él y yó sabíamos quién había roto el vidrio.

Ví cómo el sargento hacía señal al vigilante de facción de dejar pasar, y . . . . . me siento poeta para entonar un himno a la libertad! Con qué fruición aspiré las suaves brisas de aquella mañana otoñal. Ellas habrán devuelto sus colores a mi cara escuálida de trasnochado. Viva la libertad!

Como te decía recorrí esa calle, y guiado por el instinto, porque el instinto no miente, supe el número de tu casa, supe que tu hermana había llegado y supe que tú estabas aún ausente!

Tuve la alegría de saber dónde vivías y que no habías regresado aún. Volví a S. esperanzado y dispuesto a demorar mi visita oficial. Y aquí estoy pronto a partir hacia el Norte. Debo dejar esta ciudad adonde tardaré en volver.

He querido ocupar ese mismo sitio donde consentiste en escribir conmigo, una página de amor en el libro de nuestra vida.

Oh! me fué imposible sustraerme a la emoción intensa que sentí al entrar en ella. Y aquí, sentado en la butaca, trato mentalmente de reconstruir la escena de esa noche inolvidable y evocò todas y cada una de las etapas que precedieron a esas horas vividas en que Dios nos arrojó uno en brazos del otro! Fué en la mañana del 3 de Febrero, que por coincidencia bajamos juntos el ascensor. Tú habías llegado la víspera. Atraído por tu simpática persona, al llegar al comedor me senté frente a tí y pude contemplarte a la distancia. Me hubiera sido muy difícil determinar tus facciones, solo recuerdo tu silueta: Eras blanca, no alta, vestías de negro y me pareciste elegante.

Te miré. Volví a mirarte hasta que conseguí llamar tu atención y me miraste al fin. . . . . y volviste a mirarme!

A la noche de ese día y ya otra vez en el comedor, se repitió nuestro cambio de miradas. En una mesa contigua, había tres señores de R. que me conocían y que posiblemente te conocían a tí también.

Estos habían sorprendido nuestras miradas y las comentaban.

Después te fuiste al biógrafo. . . . . Aquella noche preparé una carta, no me pareció bien, la rompí y escribí otra y volví a romperla. Al fin tiré la pluma y me dije: « Bah! a estas horas ni se acuerda de mí ». Me dormí como un bendito, sin pensar que allá en las alturas, se condensaba la tormenta que debía destrozar mi corazón.

Al día siguiente era domingo, era para mí un triste aniversario, veinte y tres años antes, un ser querido expiraba en mis brazos, víctima de un síncope.

Entré en el comedor a las 13. Tú ya estabas sorbiendo tu café. Al terminar te levantaste. Oh! Jamás mientras viva desaparecerá de mi recuerdo el fulgor de esa mirada de fuego. La veo aún, la veré mientras viva! La veré en la hora de mi muerte!

Después te fuiste pausada, magestuosa! En ese momento eras la imágen de una Diana cazadora. Habías arrojado tus flechas. El corzo estaba herido, estaba herido de muerte!

Desde ese momento, me despojé de esa apariencia de formalidad que tanto me molesta; volví a sentirme el hombre de los veinte años. Tomé mis medidas con precaución, el cerebro conservaba entonces toda esa espléndida lucidez que quizá le falta a estas horas. Estudié el terreno, pesé todas las probabilidades y preparé la batalla.

Batalla hermosa, meditada, calculada, contando las horas, los minutos. La carta, esa carta que debía ser el principio, estaba en mi bolsillo, esmerada, galana, amorosa. En esa carta iniciaba un nuevo sistema de escribir, es el que desde entonces adopto para tí, solo para tí!

En todas las batallas se cometen errores, los más grandes generales los cometen. Decía Napoleón que el mejor general es aquel que comete menos. Yo cometí uno que pudo echarlo todo a perder. Al revisar el cuadrante donde figuraba el nombre de los pasajeros, miré el nombre de abajo en vez de mirar el de arriba. Decía: Irma Ortiz. Puse la dirección bajo ese nombre. No era el tuyo! . . . . .

Deslicé ese sobre furtivamente por debajo de la puerta, calculando que lo hallarías al regresar del biógrafo.

Mi carta, esa carta cuyo contenido conservo en mi memoria, decía:

« Hermosa dama: ¿quién eres? . . .

« Yo soy un peregrino que tiene hambre y sed de amor.

« Soy aquel a quien, desde ayer tienes trastornado con el fulgor de tu mirada.

« Tú no sabes quién soy, yo no sé quién eres. Quiéres que juntos escribamos una página de amor en el libro de nuestra vida?

« Aunque la vida debe ser vivida, si esto te disgusta, te ruego me perdones y rompas este papel.

« Si accedes, seré tu esclavo en la pieza N.º . . . vecina de la tuya ».

Después me fuí a dar una vuelta para esperar tu regreso del biógrafo.

Oí cuando dijiste que te llamaran a las 6. Comprendí que te ausentabas el día siguiente. Había, pues, acertado con citarte para aquella noche. Una dilación lo hubiera perdido todo. Te reirás de lo que voy a decirte, Maïsa: Se me hacía que tan pronto vieras mi carta, llamarías indignada al portero para que se la llevara. Que enseguida tratarían de averiguar quién podía haberla arrojado y temeroso de que lo leyeran en mi rostro me fuí a dar una vuelta.

A mi regreso, me parecía que el portero me iba a decir: «sabe lo que pasó? a una señora le han echado una carta en su habitación y está muy enojada».

Nada de eso sucedió. El hotel estaba bien tranquilo. Dí las buenas noches y me retiré a mi pieza.

Debo decir una cosa que a los hombres no nos gusta decir? Y bien sí. Yo no escribo para sentar fama de tenorio. Soy el narrador de una de las aventuras de mi vida, porque yo creo que si todos tuviésemos la fuerza de voluntad de escribir nuestras memorias, la humanidad ganaría mucho. El porvenir de los pueblos puede determinarse con su propia historia. El porvenir de la raza humana la determinará el mayor o menor conocimiento que se adquiera sobre el espíritu del hombre.

Si todos hiciéramos públicas nuestras confesiones, si no temiéramos exponer nuestros defectos, aún cuando hiciésemos valer nuestras cualidades, no habría sido necesario llegar al siglo XIX para crear la escuela del positivismo. Hoy, nuestra esperanza se halla en esa escuela que tanto se ha combatido, porque es la que en plazo más o menos cercano, conducirá por rumbos muy distintos a la sociedad, porque ella llegará a la demostración práctica y objetiva de todos los males que acarrea una falsa moral.

Esa aventura de mi vida, no debía ser tal aventura, se trataba simplemente de cumplir con una de las funciones que determina y ordena la naturaleza.

Pero tanto tú, Maïsa, como yo, llevábamos aquella noche veinte siglos de oscurantismo sobre nuestras espaldas. Lo que solo debió haber sido un pequeño salto en nuestro sendero, nos resultó una montaña elevada y llena de sinuosidades.

Yo confieso que en esa ocasión, me hallé en las condiciones de un neófito en la galantería. No me sentí con bastante atrevimiento para dirigirme personalmente a tí con cualquier pretexto, me confié a una carta, y a una carta mal dirigida! Después escribí más cartas. Hoy mismo estoy tentado de escribir un libro sobre una cosa tan sencilla para la naturaleza, tan enorme para mi espíritu, saturado de las preocupaciones

seculares. Puede pedirse a un galanteador mayor torpeza, mayor imprudencia? Y sin embargo, allá voy. Arrastrado por el vértigo, por el desvarío de mi cerebro en su lucha formidable con el corazón.

Eramos dos caminantes en el sendero de la vida. Nos hemos hallado en una encrucijada. Tú tenías hambre, yo tenía sed, tu me diste a beber, yo te dí de comer. Debíamos habernos despedido como hermanos, sin preocuparnos si volveríamos a vernos. Quizá tú lo entendiste así, y sin pensarlo, aplicaste en la práctica la concepción ideológica de una filosofía racional. Yo, con un espíritu romántico e idealista, no supe apreciar la realidad tangible de los hechos, atribuí a una cosa sencilla y natural, una procedencia del empíreo.

Esa ha sido mi desgracia! Hoy mi espíritu se ha esclavizado hasta el egoísmo. Mi alma ha de ser necesariamente estrecha para quererte solo a tí. Mi amor es quizá peligroso para tí, que no sientes inclinación hacia mí. Es también peligroso para mí, porque puede arrastrarme a un abismo.

Eran más de las 0.30 cuando me introduje a hurtadillas en la pieza donde te había citado (que no era la mía). Cerré con precaución, corrí el cerrojo. La pieza estaba alumbrada por la ténue luz que desde el corredor, penetraba por la banderola.

Después retiré el mueble que obstruía la puerta de comunicación con tu pieza, descorrí

el pestillo de la misma, abrí la ventana que daba a la calle para que entrara el aire, tosí y me senté en la butaca a esperar.

Soy de un temperamento nervioso. Aquella noche mis nervios sufrían una fuerte excitación, tú misma lo estabas. Aquellos diez minutos me parecieron interminables, ya pensaba en que no vendrías, cuando te oí toser, aquello me pareció una señal. Transcurrieron otros cinco minutos y escuché en el silencio de la noche un débil rasguñar en la puerta, pegué un salto. Contesté rasguñando a mi vez. Sentí que se movía la empuñadura, la tomé, la moví en sentido contrario al que tu movías. Ese juego estableció una definitiva comunicación entre nosotros. No había lugar a equívocos! Abrí la puerta suavemente, sentí que una mano buscaba la mía, la tomé y la llevé a mis labios. Oh! Maïsa. Lo que experimenté en ese momento, necesitaría todo un poema para expresarlo. Porqué Dios no me habrá dotado de una inspiración suficiente, para cantar en bellas estrofas ese instante supremo de mi vida!

Tú no llegarás jamás a imaginarte todo el inmenso amor que en ese solo minuto me inspiraste! Eras tú, eras la mujer soñada, presentida, esperada! Cuando acude a mi mente obsesionada ese recuerdo, mis lágrimas corren sobre estas páginas. Son lágrimas de placer y de dolor!

En ese solo minuto me pareció vivir toda una existencia. Era tanta la ilusión que yo tenía por tí, que eso sólo habría bastado para hacerme en ese momento el más feliz entre los bienaventurados del Cielo.

«Ya voy, cierre», oí que susurrabas. Y dos minutos después, te deslizaste por la puerta entreabierta y viniste hacia mí. Viniste con toda la gracia majestuosa de las diosas paganas!... Envuelta en sútiles gasas!... Y fué el abrazo nervioso de dos cuerpos que se estrechan y confunden!... y fué el beso infinito en que las almas se refunden!... Y ahí, entre los espasmos de la sangre enardecida,... fué la embriaguez sublime del placer!...

Solo ante esas bellezas de la vida, ante esas altas manifestaciones de cuán grande es el poder de Dios para conceder el placer, como nos envía el dolor, es cuando nos sentimos pigmeos ante la inmensidad del misterio que nos rodea.

Y aquí, sentado sobre esta butaca, donde tu cuerpo divino reposó apoyado sobre mi pecho, donde cambiamos las primeras frases, donde supiste mi nombre y yo supe el tuyo, me deleito y sonrío ante la evocación de cada minuto de aquellas dos horas vividas!

Al principio te mostraste esquiva a mis preguntas, después te fuí conquistando poco a poco, Me dijiste muchas cosas, casi todo, y lo que no me dijiste, me lo hiciste entrever.

Pero hubo dos cosas que callaste: el apellido de tu padre y de tu madre, y tu domicilio en Buenos Aires. En eso fuiste fuerte. En cuanto a la posición de tu corazón, no me dijiste la verdad; en eso hiciste como la *totalidad* de las mujeres: me mentiste. Era natural!

Quería obtener te quedaras un día más. Quería gozar de tu compañía en una mayor quietud de mis nervios. No pude conseguirlo. «No puedo, me dijiste, tengo que firmar una escritura». Después supe que era cierto.

Eran las tres cuando nos separamos. Dejaste en mis manos un recuerdo que guardaré sobre mi corazón. Es el testimonio sagrado de que por un momento fuiste toda mía. Gracias, Maïsa.

Y con ese recuerdo entre mis dedos, me complazco en evocar aquellos momentos que valen el sacrificio de una vida, para quien como yo, ha tenido la suprema dicha de vivirlos.

En estas dos noches, reposando sobre este mismo lecho, en que nuestros cuerpos se unieron y nuestras almas palpitaron al unísono, donde nos dijimos tantos cumplidos y nos hicimos tantas promesas, me parece un sueño que después de 70 días yo haya podido sobrevivir a todas las penurias de mi pobre corazón.

Parece imposible, al recordar todo eso, que puedas haber olvidado con tanta facilidad aquellas dos horas inmortales.

Por mi parte, ya nunca más volveré a querer. Solo a tí te amaré, aunque sea con amor pla-

tónico. Quiero conservar tu alma en la ilusión de la mía.

Pasar junto a tí, verte y que me veas, escuchar el sonido argentino de tu voz, pisar tus rastros, respirar el aire que respires. Oh! suprema dicha. Todo eso será suficiente para poder vivir. Sí. Poder vivir, para servirte cuando me necesites; para ser la roca donde puedas asirte cuando por cualquier causa, puedas sentirte náufraga en la vida. Para eso quiero vivir, Maïsa; nada más que para eso!

---

8 de Abril.

Hace ya varios días que mi espíritu se ha tranquilizado. Creo que arrebaté mi alma a la locura. El 5 de Abril te envié una postal. Al día siguiente, te envié a Buenos Aires cópia de una de estas cartas. Hice mal? . . . . . Muy posiblemente! Procedí a sabiendas, caigan sobre mi cabeza todas las horribles consecuencias. Pero algo he ganado; como dicen vulgarmente: «voy tirando». Después, Dios proveerá.

Me habías pedido discreción, he faltado, lo sé. Ya no tienes conmigo ningún compromiso moral, recuperarás tu libertad. Pero insistiré ante tí, insistiré porque soy inocente de mi delito. Cómo podía yo, cuando te prometí ser discreto, imaginarme que llegara a amarte como te amo?

Porque esto es un amor que no reconoce vallas, que no impone ni acepta condiciones.

Dos meses! dos eternos meses han transcurrido. He sufrido y esperado esos dos meses, he devorado mis lágrimas en el silencio de mi soledad, he mordido mis labios para no gritar a todos los vientos la desesperación de mi alma. Miro en el espejo los nuevos surcos que tu indiferencia han causado a mi rostro, contemplo mi cabello encanecido, y lloro y lloro hasta el infinito, lágrimas de dolor y de cólera. Lágrimas de sangre que destruyen, que aniquilan, que matan a fuego lento. Oh! Maïsa, porqué haces eso?

Oh! lo comprendo, lo veo, tienes razón! Eres mujer y tomas tu desquite. Posiblemente, sientes un placer sádico en torturar el corazón de un hombre. Me dijiste que habías sufrido, que te habían hecho sufrir. Justo es que ahora hagas sufrir a los otros, es la ley del Talión.

No importa, Maïsa; yo seguiré amándote. Esa felicidad de amarte, es el pan de mi vida. Te amaré de lejos o de cerca, viva o muerta. Te amaré viuda o casada. Te amaré, ya me ames o detestes. Te amaré joven o vieja, linda o fea, ciega, muda, tullida, decrépita, con todos los defectos y todas tus cualidades. Si la enfermedad hiciese presa de tí, me sentiría feliz de revolcarme a tu lado, atraer el mal sobre mi cuerpo, besar tus llagas, morir a la tortura horrible de los males que me hubieses contagiado!

Yo te espero, te esperaré mientras viva! Todos mis pensamientos serán para tí; si oyes de alguna obra portentosa que hubiese realizado, la realizaré para tí. Tú sóla serás mi luz, mi guía. Tu alma es la que palpitará en la mía Pensaré por tí. Imitaré tus maneras. Los manjares que te gusten serán los que yo preferiré, beberé agua si no bebes más que agua, beberé hasta hartarme si sé que tú bebes vino. Contraeré todos tus vicios, imitaré todas tus cualidades. Te digo eso, y te lo digo desde el fondo de mi alma; que Dios me dé vida y salud; te quiero y serás mía! Sí! Serás mía, y lo escribo apretando los dientes, con la resolución irrevocable de conquistarte o morir!

Sí. Serás mía! con todos mis defectos y todas mis cualidades.

Me amarás, porque te amo. Me amarás, a pesar tuyo, contra tí misma, porque nadie, entiéndelo bien, nadie te amará como yo te amo. Te amarán condicionalmente. Yo te amaré como si fuese tu esclavo. . . . . .

Pero qué! Es imposible! Estoy luchando contra una mole de granito. Siento que caeré vencido. Será la última lucha, la última derrota de mi vida!

Y bien, tendré la muerte que necesito, la muerte a que aspiro. Morir luchando, caer con el arma en la mano, sin desfallecimiento, sin cobardías!

## Décima Carta

3 de Mayo.

Adónde váis huyendo las ilusiones,
que nos dejáis sin vida los corazones,
y en pago del tormento de tanto amar
se va el suspiro al viento y el llanto al mar?

Francisco Camprodon

---

Otro mes largo ha transcurrido. Hoy se cumplen tres meses desde que juntos bajamos el ascensor. Hoy tres meses que cruzamos nuestra mirada, tres meses que me tienes esclavizado, y porqué no decirlo? tres meses que me inmolaste a tu capricho de dos horas! Cuántos acontecimientos!

El 16 de Abril me fuí, al fin, a Buenos Aires. Tenía noticias de que tú salías ese día de X, con ese mismo destino. Nuestros trenes debían juntarse en una estación próxima a S., de manera que a la mañana era fácil que nos viéramos.

Para mayor seguridad, envié un telegrama a X. pidiendo informes, pero a la hora de salir del Hotel, no había obtenido contestación. Mi viaje era ya impostergable, habían pasado cinco meses sin ir a Buenos Aires, y no era posible

demorar más tiempo. Hube, pues, de partir, aunque fuese para volver.

Al momento de salir el tren, me alcanzó un mensajero del hotel, con un telegrama que decía: « Mañana sale persona para Buenos Aires desde Bella Vista ».

Si bien esa noticia me arrebataba la esperanza que tenía de verte a la mañana siguiente, en cambio me daba la seguridad de que te hallarías en Buenos Aires durante el tiempo que durara mi estada en esa ciudad.

Al día siguiente debía llegar a Buenos Aires, con el espíritu contento, lleno de dulces ilusiones, con la esperanza de ver, tan solo ver, a la mujer que tanto amo! Pasar al lado de ella, verla subir en el auto, enviarle millones de besos al verla desaparecer en la vorágine de la ciudad inmensa. Cuán poco pedía yo!

Buenos Aires es mi segunda patria, es la tierra bendita donde pasé los años más hermosos, que son los años de la juventud. Desde los seis hasta los veintidós años, esa ciudad me vió hasta en los puntos más apartados de su inmensa extensión. No hay calle, ni plaza, ni construcción antigua que no conozca. Podría historiar muchos edificios de esa gran Capital, el año que fueron construidos y cómo los construyeron. En veinte y cuatro años vividos en provincia, un viaje a Buenos Aires significó siempre para mí un día de felicidad. Ahí fuí

dichoso, porque a esa edad no se siente el sufrimiento. Y si he podido saber lo que es sufrir, también he sabido apreciar el goce. Buenos Aires es una gran escuela. Ahí se aprende a luchar. El hombre que quiera abrirse paso, tiene que ser ducho, hay muchos niños para un trompo.

Yo he luchado y sufrido, tengo placer en recordarlo. He vivido esa época de crísis en que, como se dice vulgarmente, los empleos andaban a caballo.

He conocido la abundancia y he conocido la necesidad. Para los que me hayan envidiado, les diré que he conocido también el hambre.

Los contrastes deben ser citados. Nos alentaba este axioma: «Dios aprieta pero no ahoga». He correteado la plaza, es la tarea más ingrata. Cuántas veces he caminado hasta días enteros sin realizar una sola operación. Para ser corredor, se necesita temple y nunca desalentarse. Jamás fué puesta tanto a prueba mi paciencia y mi tenacidad.

Ya en otra carta he mencionado, Maïsa, la vida del mercader. Hoy te agregaré que otra de mis desgracias, es no tener oficio manual. El empleado, sea de comercio o de administración, que no tenga empleo, no le queda más recurso que trabajar de corredor o de peón. He conocido estas dos cosas. Pero agregaré que el trabajo, en cualquier esfera, tiene algo que agrada.

No hay caso de entristecerse, existe el compañerismo. Y si he de ser franco, cuando más se desciende, más nobleza de corazón se halla. Yo he tenido por compañeros gente muy sencilla, y muy ignorante, pero cuánto se aprende entre ella!

El hombre sencillo, tiene reflexiones sencillas, pero que a veces valen tanto como un tratado filosófico.

La gente pobre, no es corrompida. Yo creo más en la moralidad de costumbres entre la gente de *conventillo* o campesina, que en la burguesía o en la aristocracia. Es que en esas dos primeras esferas de la sociedad, hay un mayor control. Se vive en casa de cristal. He tenido, digamos la suerte, de no haber vivido en *conventillo,* pero lo he conocido de cerca. He podido constatar sus muchos defectos.

Dad al *conventillo* las condiciones de higiene que le correspondan, trabajad por su cultura, creadle una biblioteca, y haréis cultos a hombres sanos y trabajadores. El *conventillo* debe reformarse y legislarse. Es necesario que la familia obrera sea alojada decentemente y no hascinada en una pocilga. Es necesario depurarlo del elemento malsano. Hoy, Buenos Aires se ha reformado en todo, sin embargo el *conventillo* sigue siendo lo que siempre ha sido, lugar antihigiénico donde se aloja un conglomerado étnico en que se confunde la humildad honesta con el bajo fondo social.

Si no se llega a legislar sobre el *conventillo*, la sociedad conservará esa tara, porque Buenos Aires, con su potente desarrollo tendrá para un siglo todavía quizá ante sí, el problema de la habitación.

Yo he sufrido en Buenos Aires, porque todo el mundo, las nueve décimas partes de sus habitantes, creen que fuera de la Capital no hay nada más. Se vive ahí como si el país, como se decía no ha mucho, terminara en el Arroyo del Medio.

Cuántas inteligencias se estancan en la gran ciudad, cuando podrían ir a buscar en las diversas zonas de la gran extensión del país, campo propicio a sus actividades en beneficio propio y del mismo país. Yo aconsejaría a la juventud porteña, que aprovechara sus años de energía y se internara hacia esas regiones donde está el verdadero porvenir, donde se han labrado las grandes fortunas, donde se va construyendo con labor y tenacidad el edificio de la grandeza nacional. No olviden esos porteños, que en la gran ciudad, serán siempre siervos del rico y esclavos de las exigencias sociales. Que cuánto ganen se lo llevará la trampa, que vivirán siempre una vida mezquina, para cubrir las apariencias.

Desde que conocí la vida de provincia, Buenos Aires ha sido para mí un oásis de recreo en periódicas ocasiones, pero he temblado siem-

pre de solo pensar que la necesidad me obligara a recurrir otra vez a esa gran ciudad para ganarme la vida.

Como te decía, Maïsa, porque a lo mejor me olvido que es para tí que escribo, acostumbro a ponerme alegre cuando voy a Buenos Aires, y aquella vez con doble motivo. Jamás en un centenar de viajes que habré hecho desde que voluntariamente me confiné en provincia, he sentido una alegría igual a la de aquella vez.

Es inútil decirte que, al dar la dirección al *chauffeur*, le recomendé pasara por la calle de tu casa, aún cuando solo habían dado las 7 de la mañana. Pero en tu casa, solo abren a las 8 de la mañana y cierran a las 11 de la noche.

Oh! no te extrañes, Maïsa; durante los ocho días en que disfruté del placer de hallarme ahí, me tuviste de celoso vigilante de tu *petit Hotel*. Me deleitaba al pensar que ahí, en una de las piezas que componen ese edificio, te hallabas tú. Tú, mi querida, tú, mujer adorada. Veía tu pieza, la de tu hermana, de un lado; la de tu hija del otro. Te acuerdas que me diste esos pormenores? Te acuerdas que hasta mencionaste el monto del alquiler que pagabas? Te acuerdas lo que yo te decía?

Sí, mi querida; en Buenos Aires se vive para los propietarios, la gente decente es esclava del locador, un empleado necesita algunas veces hasta la mitad de su sueldo para el alquiler.

Acuérdate de lo que te decía: en este país, es inverosímil que alguno pueda morirse de hambre; lo único que preocupa es el alquiler. El rancho propio, querida, el *home*, como dicen los ingleses, la seguridad de que se pisa la propia tierra. Oh! cuando me encuentro en mis humildes lares, el pensar que esa tierra que piso es mía, que nadie puede arrojarme de ella, me hace sentir orgulloso, me creo un rey, me siento libre, me creo argentino, me creo obligado a defender el territorio con mi sangre, si se produjera una invasión.

Nadie será más conservador que el propietario. La patria necesita un principio. No es solamente la consecuencia de una declamatoria o de un canto, es materialmente la consecuencia lógica de los hechos.

El patriotismo se forma ahí, en esa misma tierra de que se es propietario.

Francia fué en la guerra, el país que mayores sacrificios ha realizado. Francia llevó el patriotismo hasta la exageración, para defender su sagrado suelo, porque Francia es el país del « pequeño propietario ».

Queréis combatir el maximalismo, el comunismo, el sindicalismo o todo aquello que signifique un peligro para el orden social? Cread el pequeño propietario, haced inembargable el hogar en que se cobija su familia. La sociedad para subsistir necesita apoyarse en la solidez del hogar.

Cuando te decía todo eso, más o menos, me contestaste: «Por eso invierto mi dinero en cédulas hipotecarias y vivo de rentas». ¿Te acuerdas? Es decir, que colocas tu dinero al 6 % y pagas en alquiler el 12 % sobre el valor de la propiedad que ocupas. Resulta que eres víctima como locataria, sin tener el consuelo de ser verdugo como locadora. Comprendes, querida?

Yo me creo más rico que tú. Mi *chalet* no tiene escalones de mármol, zótano para servicio, ni persianas de fierro; pero tiene el honor de cobijar a su propio dueño. Tiene extensión, tiene árboles, recibe sol, y mi canino guardián se pasea orgulloso y vigilante a lo largo de sus sesenta varas de fondo.

A tí te despedirán el día que tu locador amanezca con la loca; para que me saquen a mí, algún trabajo costará. Yo puedo convidar a mis amigos a una carne con cuero, yo puedo comer higos y damascos de mis propios frutales, yo puedo desde mi pieza ver levantarse el sol y ver cómo se acuesta. Oh! es inútil, me dirás lo que quieras, pero yo soy más rico que tú. Yo soy dueño de mi casa.

En cambio, sabes a qué sirve tu dinero en cédulas? sirve a fomentar el derroche que concluye por anular al propietario. La facilidad de acordar la hipoteca hace que el bien raíz se encuentre en manos del Estado.

Mañana, puede suceder un desbarajuste económico, no te asustes, pero el caso ya se ha producido.

Si la propiedad se viniera al suelo, como se vino la hacienda, adónde irían a parar tus cédulas?

Pero aunque tus cédulas no pudieran sufrir depreciación yo te diría siempre: sé dueña de tu rancho. La casa que ocupas habrá costado a su dueño setenta mil pesos? Suponte que la compras tú. Para eso venderás cédulas por ese valor, de manera que te abonarán 4200 pesos menos al año por intereses, pero te ahorrarás de pagar un alquiler de 6.600 pesos que, deducidos contribución, impuestos, etc., se reducirán a 5.600 pesos. Sales ganando 1.200 pesos al año. Pero supongamos que no ahorres nada; tienes la seguridad de que esa casa, que hoy vale 70 mil, llegará a valer un día 140 mil pesos. Comprendes, Maïsa? Tus hijos verán aumentado el valor de su patrimonio.

Tú, me decías: «me deshago de mis propiedades, coloco el importe en cédulas, y así vivo tranquila y me dejo de administradores». Claro está, que no era ocasión ni lugar para que me explayaras lo que hacías, ni para que yo pudiera darte una opinión. Pero, cuando supe más tarde lo que habías hecho y me informé de quién eras y tu carácter, creéme, Maïsa, que lo sentí por tí, porque yo no te deseo lo que no deseo

para mí. No deseo tener algún día que acudir a mis hijos para que sirvan de báculo a mi vejez; si es que llego a viejo. Entiendo que lo que hemos hecho por ellos, es para pagar la deuda contraída con nuestros padres, y nada más. Me sería muy triste tener que esperar la ayuda de ellos para vivir mis últimos años.

En principio, decías bien. Te dejabas de administradores. Pero cuando aceptaste esa solución en la transformación de tus bienes; tuviste en cuenta lo que significaba la valorización de la tierra en este país?

Yo no pretendo entrar a estudiar el fondo de tu situación pecuniaria, lo que sería una indiscreción; pero cuando llegué a X., no se hablaba de otra cosa más que de la venta de tu *estancia*, y del negocio que había resultado para los comisionistas, y para los compradores, que lo fueron sin tener un centavo y por consiguiente sin exponer capital, para ganar en un día lo que no ganarán en veinte años de ruda labor, los chacareros en cuyas manos fueron a parar esas tierras.

Quiere decir que esas tierras, según opinaban hombres de negocios y de la banca de X., valían una suma doble de la que tú recibiste, la que no debía ser pequeña, por cuanto se hablaba de ese negocio por su misma importancia. Vender! Pero si vender la propiedad en la forma que lo

hiciste, no solo es acusar el desastre material, sino que puede también acusar el descenso moral, la ruina total, la caída irremediable!

No habría sido posible arrendar esos campos al colono, y con el importe de los arrendamientos arribar a una suma que te permitiera hacer los servicios del Banco y vivir con el resto?

Quizá ello te hubiese demandado algún sacrificio, pero la propiedad se hubiera valorizado en favor tuyo, y no de tus compradores.

En este país, la propiedad fué adquiriendo valor desde la víspera de la Revolución, desde el día en que los hacendados, patrocinados por Mariano Moreno, obtuvieron de la voluntad real que se autorizara a la Colonia la libre exportación de sus productos. Eso es lo que empezó a dar valor a la tierra, y es así cómo los grandes terratenientes llegaron a ser poseedores de fortunas fabulosas. Todos esos apellidos aristócratas que llenan la vida social en las columnas de los grandes diarios, son de aquellos pastores vizcaínos que vieron valorizarse sus campos con solo apasentar la riqueza moviente que cubría las pampas del litoral, y esa valorización seguirá una línea ascendente aún por muchas décadas de años todavía, hasta que la tierra adquiera el valor que le corresponda, una vez que el país se haya poblado.

El vidente Rivadavia, ese coloso de la historia nacional, que como dijo Sarmiento, come-

tió el error de adelantarse dos siglos a su época, ese vidente, deseaba que las tierras del Estado fuesen entregadas en enfiteusis por 100 años. Es decir que al cabo de un siglo, la tierra volvía al dominio del Estado y éste sería el beneficiado con la valorización adquirida.

Ya que la tierra se escapó del poder de la Nación, para ser distribuida en pago de servicios discutibles y sin ningún compromiso de cultivarla, el más grande error que pudo cometer el terrateniente fué el de enagenarla. Aquello fué vender la gallina de los huevos de oro.

Dime, Maïsa: si mañana tu hijo te preguntara: « Qué hiciste, madre, de la *estancia* de mi padre? » Tendrás que contestarle: « Hijo mío, la vendí ». Y tu hijo, con miras elevadas, propias de un espíritu ilustrado, que habrá leído en la historia de su país lo que significaba el ser dueño de la tierra, lo que representa un apellido ligado a una extensa zona de campos cultivados, sentirá el deseo de volver a ser su poseedor. Y tú, queriendo satisfacer los nobles deseos de tu hijo, te hallarás pronta para poner a su disposición tus cédulas, suponiendo que para entonces las conserves; pero como el valor de esos campos habráse triplicado, mientras que tus cédulas conservarán más o menos su cotización primitiva, no podrás acceder a ese deseo.

La hipoteca del bien como la prenda agraria, creadas para ayudar al propietario a conservar su

propiedad y cultivarla, debido al abuso que se ha hecho de esas ventajas, ha tenido por resultado que en su mayor parte ha ido a favorecer la especulación descarada y la dilapidación vergonzosa.

Así es como insensiblemente, con la ayuda del tiempo, la administración del bien privado va pasando a manos del Estado.

Tal resultado no puede nunca convenir a un país en formación, porque la hipoteca elimina en parte la individualidad propietaria, debilita la base sobre que reposa la estructura de una nación, porque no puede existir un verdadero lazo de unión entre el individuo y la propiedad, cuando aquél, es dueño solo de una tercera parte. El principio de *patria* se debilita. Por ese camino se puede llegar a la enagenación total del bien raiz argentino a cualquier nación extranjera capitalista.

Si el Estado no hubiese sido tan pródigo en concederte, Maïsa, fondos sobre tus campos, tu administración hubiese aguzado el ingenio para hacer frente a los problemas de orden financiero que la guerra trajo aparejados para todos. Y por tu parte, habrías tenido necesariamente que ajustarte al límite de tus recursos. Y como a tus compradores no les hubiese sido tan fácil conseguir la suma que tenían que desembolsar al contado, serías aún, contra tu voluntad, pero para tu beneficio, la dichosa poseedora de esa

tierra tesoro, de que te has desprendido en mala hora. Seguirías siendo la dichosa *estanciera* de X.

Lo repito. El sistema hipotecario y la prenda agraria, dado el abuso que se ha hecho de uno y de otra, ha servido para fomentar la holganza, para que el indivíduo se abandone sobre el Estado, y para aletargar la iniciativa particular en detrimento del progreso nacional.

La hipoteca aplicada para fomentar el cultivo de los campos vírgenes, a la explotación de minas y bosques, y a la construcción de viviendas, al menos con preferencia, y siempre con la garantía de la Nación, aportaría al país un mayor rendimiento moral y pecuniario.

---

« Dios te dé pleitos y los ganes ».

*(Maldición del gitano).*

Comprendo, querida amiga, que el fallo desfavorable que recayó sobre tu pleito en primera instancia haya determinado en tí, la resolución de desligarte de administradores y entregarte en manos del Estado; pero esos no son más que accidentes naturales de la vida diaria. Lo que es de lamentar, no es el accidente que provocó el pleito, sino el pleito mismo, el error de haberlo proseguido, en vez de haberlo evitado.

Pero todo tiene su causa en este mundo, nada existe porque sí y para bueno.

Tengo entendido, que ese pleito se promovió cuando tenías por administrador a un abogado, y esto vendría a explicar la causa de haber confiado la solución de la diferencia al fallo de la Justicia.

Un abogado está familiarizado con los Tribunales, y un pleito para él, significa una interesante partida de ajedrez. Tengo entendido también que ese pleito lo tenías ganado de antemano, pero que tu administrador se descuidó, y ello fué causa del fallo en contra tuya.

Posiblemente, la suerte se incline a tu favor en la apelación. Todo es posible, conozco al Juez que falló tu pleito, por coincidencia fué el mismo que presidió mi cesión de bienes, y que desde entonces me hace el honor de saludarme. Lo creo un Juez íntegro, pero creo que no será capaz de sustraerse a la influencia de los abogados que le merecen confianza. Tengo la íntima sospecha de que carece de las facultades intelectuales necesarias para resolver por sí solo un caso complicado. He aquí porqué: cuando mi convocatoria, hube de proceder en un asunto en la forma que mi abogado dispuso, pero en contra de mi opinión, pues presentía que mi acción daría lugar a una larga discusión en el acto de la audiencia.

Así sucedió, el contador leyó un informe que me era completamente favorable, pero criticó acerbamente el acto a que me refiero. Mi abo-

gado tomó la palabra y con toda soltura de cuerpo, manifestó al Juez, que como abogado mío, había aconsejado proceder en tal forma, porque si bien el Código de Comercio decía esto y se hubiese ya sentado jurisprudencia en la forma alegada por el contador, existía un artículo en el Código Civil que decía aquello otro y lo de más allá.

Yo no sé cómo mi abogado había descubierto en el intrincado laberinto del Código Civil ese artículo, lo cierto es que el Juez quedó convencido y aceptó que el asunto fuese resuelto por la masa.

No sería, pues, extraño que en tu pleito, ese Juez hubiese fallado por la mayor confianza que le haya inspirado el abogado de la parte contraria y que la Cámara de Apelaciones reconozca que eres tú quien tiene razón y anule el fallo del inferior.

Todo esto viene a demostrar que en los pleitos no son siempre los que tienen razón los que los ganan, sinó aquellos que saben presentar mejor sus alegatos. Y para mal de las partes litigantes, los abogados, ganen o pierdan, cobran siempre.

Si me hubiese sido dado aconsejarte, te hubiese dicho: más vale un mal arreglo que un buen pleito. Por mi parte, he odiado siempre todo aquello que huele a tribunales o juzgados. No he sido de los menos afortunados en los

pocos casos en que tuve que litigar, pero me impacientan esos pleitos eternos, en que se consume la energía en una discusión interminable. Prefiero las situaciones claras, las soluciones rápidas. No tengo cachaza para esperar años la terminación de un asunto. Soy en esto, como en la lotería, si compro un billete esta mañana, es porque el sorteo debe realizarse a las pocas horas. Tengo impaciencia por saber si he ganado o perdido.

Es cuestión de temperamento.

Aquella misma tarde del 17, pasé por delante de tu casa. Ví dos niñas de luto paradas en la vereda. Para verlas bien, hubiese tenido que darme vuelta; preferí ignorar quiénes eran, antes que ser descubierto si fuesen algunos de los tuyos; al fín yo sabía que no estabas y que llegabas esa misma noche.

Debo decirte, Maïsa, que en la escapada anterior que hice, mi gran amigo de Buenos Aires recibió toda la inmensa confidencia de mi corazón. Noble y buen amigo! Con toda la sensibilidad de su alma grande, se ha posesionado de toda la cruenta pena que me domina. Puedo decirte que ha llorado conmigo, y se preocupa de mi dolor como si fuera suyo.

Es un criollo de la estirpe patricia, es mi pariente y es mi orgullo. Sus antepasados se buscan entre los fundadores de la nacionalidad.

Posee toda la hidalguía caballeresca de la raza, y cuando me ha visto desfallecer, cuando le ha parecido que trastornado por la desesperación estaba a punto de cometer un acto hacia tí, incompatible con el honor, me llama enseguida al deber y me señala el camino.

Cuando en la noche del 18 fuí a esperarte por el rápido de R. y no viniste, tú que vienes siguiendo el curso de estas líneas podrás juzgar de mi desesperación.

A la madrugada siguiente, mi amigo, gran madrugador, al traerme el *amargo*, me sorprendió entregado a mi mortal congoja. Ahí volqué toda mi pena, toda esa inmensa pesadumbre de 134 días. Pobre amigo! Qué culpa tenía él?

Y he aquí mi situación en aquel momento. Situación horrible, espantosa, por la misma incertidumbre en que me hallaba.

Según los informes obtenidos al llegar a Buenos Aires, tú ya estabas en tu casa.

Según el telegrama recibido en S. al momento de salir el tren, tú no debías salir más que al día siguiente de B. V. y según la pregunta telefónica que hice a X., estando en R., tú habías salido el 28.

En qué quedábamos? Ese mismo día te envié una carta por un mensajero de mi completa confianza, con orden de entregarla solo en el caso de que estuvieras en tu casa. En ella te

solicitaba humildemente una entrevista, aunque fuese ante testigos. El mensajero volvió diciendo que tú estabas en tu casa y que por consiguiente había dejado la carta.

El miércoles siguiente me marché de Buenos Aires, sin haber recibido ninguna contestación de tí.

Voy a contener mis lágrimas y pasar por todos esos dolorosos acontecimientos.

Ese mismo día miércoles, te envié otra carta en que, seguro ya del desengaño, te decía, más o menos:

« Señora:

Todos mis sufrimientos, todas mis lágrimas, no han valido de Vd. ni la más mínima consideración.

Me voy de Buenos Aires, con el dolor y la incertidumbre. Debo suponer que Vd. recibió mi carta. Si verdaderamente Vd. no siente ninguna inclinación por mí, nada tengo que hacer.

Sin embargo, quiero dejarle dicho esto: Yo no le digo que la amo como nunca amé, porque eso sería vulgar; yo digo que la amo, no solamente como nadie la ama ni la amará, sinó como nadie amó jamás.

Yo espero. Algún dia se acordará Vd. de mí.

Mientras tanto, seguiré escribiéndole. No me lo prohíba, necesito de eso como del aire que respiro. Si le molesta que le escriba a su casa, indique, en cualquier forma, dónde puedo escribirle.

Adiós, Señora ».

## Post-data final

4 de Junio.

Ultima salus victis, nullan sperare salutem.

Virgilio *(La Eneida)*

---

Perdóname, Maïsa, este es el último canto del poema.

Sobre estas hojas se vierten todas mis lágrimas, todas!

Después ya no lloraré.

El hombre, solo una vez ha de llorar en la vida. Después debe morder sus puños y meditar. . . . . .

---

Desde cada punto de mi itinerario, te envié una postal, y después una tras otra te envié estas diez cartas.

Una de ellas, llevaba una nota en que manifestaba que la clave de esa carta se hallaría en la 9.ª, pero que esa no la entregaría más que en propias manos de la destinataria el día que yo le indicaría por medio de una postal, a las 8 de la mañana, hiciera frío o calor, que pasaría a esa hora y se la entregaría. Esto no era más que una estratagema, pobre si se quiere...

Se me ocurría que te interesarías, por el honor de tus hijos, en que esas cartas no fuesen leídas por nadie, y que a tal objeto no faltarías a la cita y emplearías todo tu poder sobre mí, para pedirme la rompiera, lo que muy seguramente habrías conseguido con solo mirarme.

El 24 de Mayo, envié una postal anunciando mi paso el 27, lunes, y calculando bien mi tiempo, llegué a Buenos Aires el 26 a la mañana. Al día siguiente, a las 8 en punto, hora de San Ignacio, pasé por delante de tu puerta. . . . . Estaba cerrada! Volví a pasar diez minutos después y estaba abierta, pero no había nadie en la puerta.

Aquel día volví a pasar varias veces, pasé a la noche y era la 1 de la madrugada cuando hice mi última pasada. Ese mismo día había encargado a una persona de confianza me informara si te hallabas en tu casa, la contestación fué que habías salido 10 minutos antes de llegar esa persona.

En esa ocasión no quise parar como de costumbre en casa de mis parientes, hubiera sido imposible ocultar las tribulaciones de mi espíritu, me fuí al Hotel.

Al día siguiente, con mi corazón desfallecido y mi cerebro trastornado, te envié esta carta que debía serte entregada solo en el caso de hallarte tú en tu casa:

« Señora:

« He llegado al agotamiento total de mis energías. Soy como el náufrago que se siente morir y pide socorro.

« Deseo verla, Señora. Deseo oír de sus labios una palabra, aunque sea una negativa, pero quiero oírla y quiero verla. Quiero besar la orla de su vestido.

« Después no la volveré a molestar en la vida, se lo juro por la memoria de. . . . . que es, después de Vd., el dolor más grande de mi vida. Señora, compasión! Tendría que hallarme a estas horas a varios cientos de kilómetros de aquí, pero no puedo irme así, soy muy desgraciado!

« Perdone, Señora, lo que hago; estoy a las puertas de la locura, sálveme, Señora! — *Arg. Patricio Anteo* ».

Esperé, con toda la nerviosidad que puede presumirse el regreso del mensajero. He aquí el informe que me dió de su cometido: (debo decirte que se trataba de un *gallego,* sin pelo de tonto ni de bruto).

Me relató que tan pronto preguntó por la señora, el portero de tu casa, sin contestar directamente, tomó la carta y se la llevó arriba. Al rato volvió diciendo que tú te hallabas ausente. Como es natural, mi mensajero pidió que en ese caso le devolviesen la carta. El portero volvió a subir, y después de un largo rato, volvió diciendo que en ausencia de la señora, su señorita hermana la había abierto, usando de facultades que tenía para tales casos, y aunque eso no era pretexto para haberse quedado con la carta, no le fué devuelta.

Mi mensajero sin que yo se lo preguntara me aseguró que tú estabas en tu casa, pero que te hacías negar.

No pude contenerme, y dando rienda suelta a mi carácter impulsivo, te escribí una segunda carta en la que te pedía nuevamente me salvaras, concediéndome aunque fuese la amistad, y rogándote que no me quitaras la ilusión que tenía sobre tí. Concluía diciéndote: «Oh! yo haré algo grande por Vd.; yo evitaré que su hijo pueda maldecirla algún día!»

Mi mensajero llevó esa nueva misiva. El portero la recibió, pero insistió en que la señora estaba ausente. No importa, contestó mi enviado, entréguela, puede ser que haya contestación. Hubo alguna pequeña alegación pero no hay duda que el mío se impuso al tuyo, y la carta fué subida. Después de un buen *largo rato,* volvió diciendo que estaba bien, que la dejara nomás.

Fuí a buscar a mi gran amigo. Cumplía años y le pedí que me acompañara a almorzar. Le referí todo lo hecho en un acceso de desesperación. Al principio no me aprobó, pero después de reflexionar, concluyó por manifestarme que quizá fuese mejor lo hecho, por cuanto así quedaba despejada la situación.

A la tarde escribí a tu hermana, quejándome de la violación de mi correspondencia en los siguientes términos, más o menos:

« Señorita :

« Aún cuando solo de vista y por coincidencia, tengo el honor de conocerla, me dirijo a Vd. directamente. Perdone esto, y perdone mi explicable nerviosidad. Protesto formalmente por haber abierto Vd. una carta confidencial dirigida a su señora hermana.

« Creo, señorita, que bien pudo Vd. haber esperado el regreso de esa señora, o haberla hecho llegar a su destino. Créame que esto me causa un muy gran disgusto.

« Bien lo comprenderá Vd., que es joven, el efecto que causa a un enamorado, eso de que le abran su correspondencia epistolar, especialmente cuando contiene lo que Vd. se ha servido leer. Vd. se reirá probablemente, pero crea que a mí me produce un efecto contrario. Pero como Vd. es hermana de la mujer que amo por encima de todo, desde ya le disculpo esa enojosa violación de correspondencia, y hasta le disculpo por anticipado todo el mal que en el futuro pudiera hacerme.

« Supongo que no habrá secretos entre hermanas, pero si así no fuese, y a fin de evitar posibles malentendidos, o falsas suposiciones, debo decirle que su señora hermana tiene la culpa de lo que pasa.

« Nos vimos en una ocasión en el comedor de un hotel, y como esta señora tiene el don de gustar y la manía de jugar con sus lindos ojos, no pude sustraerme al influjo de su persona. Me atreví esa misma noche a sentarme al lado de ella en el biógrafo y entablar conversación.

« Al principio se mostró reservada, pero quizá porque se convenciera de que trataba con una persona seria, aceptó mi conversación, la que seguramente habrá durado dos horas, es decir, toda la sesión del biógrafo.

« Como hubiese llegado a la creencia de que mi persona no le era del todo desagradable, al separarnos le pregunté si no sería posible dar una mayor extensión a nuestra mutua simpatía. Me contestó que nos veríamos en Buenos Aires.

« Esta esperanza que me dió, la impresión que dejó en mi alma su conversación, me han enloquecido. No sé porqué. No podría afirmar que sea por su belleza, porque solo la he podido apreciar a la distancia o en la oscuridad del biógrafo.

« Ahora, reclamo de esa señora una contestación, y no puedo obtenerla. Si Vd. sabe ya lo que es querer, póngase una mano sobre el corazón. Esto no es vida ya para mí.

« Espero, pues, que mi segunda carta no correrá la misma suerte de la primera, y que habrá sido entregada a la destinataria sin abrirla.

« Soy de Vd. atto. y S. S. — *Arg. Patricio Anteo* ».

Al día siguiente en S., y siempre en esa misma pieza, donde me alojaré si Dios quiere cada vez que visite esta ciudad, te escribí esta carta:

« Señora:

« Apelo a todas mis energías y ahogo todo sentimentalismo en mí, para dejar al cerebro expresarse libremente, es decir, sin la influencia del corazón.

« Mi carta del martes último, fué un acto desesperado, hijo de los primeros síntomas de la locura, que por momentos parece querer apoderarse de mí. Ese desequilibrio mental, que *necesaria* y *científicamente* ha de ser el epílogo sombrío de tan desgraciado episodio, me ha

hecho flaquear y torcer mi resolución de no insistir ni volver a suplicar. Pero, hay causas que han motivado eso.

« Yo siento que se cierne sobre mi cabeza esa locura que significa la proximidad de la noche eterna. La veo venir, la siento. Es para mí la hora suprema, por eso acudo a Vd., porque solo Vd. puede salvarme. Una palabra, una sola, y me volverá a la quietud de mi pasado.

« Oh! señora, soy cobarde, lo comprendo; yo quiero vivir, porque la naturaleza tiene sus leyes inmutables, que no modificará el canto de los poetas ni las utopías quijotescas. Las razas débiles y gastadas apelan al suicidio, pero las razas fuertes tienen espíritu de conservación. No hay posibilidad de apartarse de ese principio básico en que se apoya la existencia de los hombres y de las cosas.

« Sobre mil probabilidades, solo creo en una. Pero esa una, por más remota que sea, debo intentarla. Yo no puedo desaparecer sin jugar esa última probabilidad.

« Y no crea, señora, que yo quiero exagerar para inspirar lástima. He presentado mi caso a un sabio que hallé en el sud. Es un amigo de treinta años. « Su situación es grave, me ha dicho, Vd. debe obtener una contestación de esa dama si quiere evitar la desesperación o la locura ». En su dictámen, usó de toda su rudeza sajona, pero después de haber meditado profundamente sobre el caso.

« Ahora bien, señora, vea bien cuál es mi situación. Yo no sé lo que piensa Vd., pues se ha mantenido muda hasta ahora. Vd. me ha mirado cuando no había testigos. Yo no sé si Vd. recibió mis cartas o fueron interceptadas o violadas. Yo no sé si Vd. vive en esa casa, pues yo no la he visto ni a Vd. ni a ninguno de

su familia, en las doscientas veces que pasé en coche, a pié, en auto o en tranway. Las circunstancias especiales por las cuales supe ese domicilio, reafirman mi sospecha, de que quizá estoy aquivocado y soy víctima de una burla sangrienta. Vivo a ciegas y en la más horrible incertidumbre.

« Resulta: Que dudo de que Vd. estuviere ausente aquella mañana del martes, porque el lúnes a las dos de la tarde, su sirviente dijo que Vd. estaba y hacía solo diez minutos que había salido. Pero bien puede haber sido cierto. En ese caso, porqué su sirviente dice que Vd. está en casa, y vuelve después diciendo que se halla en X. ? . . . Mi mensajero pide, como era lógico, que se le devolviera la carta, le contestaron que la habían abierto! . . . Señora, yo que la tengo en el pináculo, yo que creo en Vd., yo que soy todo admiración, amor y respeto por Vd., ante la contestación que me trae el mensajero, no puedo menos que pedirle no me quite la ilusión que tengo por Vd. Hacerse negar, es una forma vulgar de rechazar la visita importuna de un cobrador. Y yo le diré, señora: máteme, pero no me rebaje.

« Una carta, abierta por descuido, exige de quien la abrió, no sea leída. Es un acto de honestidad que debe usarse, tanto para el destinatarío, como para el que la envía. No solo correspondía la inmediata devolución puesta bajo otro sobre, sinó que correspondía una disculpa. Su sirviente no presentó nada parecido a mi mensajero.

« No es por mí, señora, pues soy tan positivo y veraz, asumo de tal modo la responsabilidad de mis actos, que si por mí fuera, no tendría porqué ocultarme; es por Vd., señora.

« Ahora, yo me pregunto: Qué obtiene Vd. con haberse negado ? Prolongar mi agonía ? y porqué ese refi-

namiento de maldad? Si estuviese siquiera desengañado, trataría de olvidarla, yendo a perderme en lejanos mares, donde dicen que hasta el amor se olvida, o buscaría sitio y posición para morir. En cambio, mi situación actual, mantiene mi obsesión y provoca una perturbación mental. Con qué objeto?

« Yo tengo formado con Vd., el compromiso unilateral de amarla. Yo no tengo el derecho de olvidarla, hasta que Vd. me dé su contestación.

« Si yo tuviese la plena seguridad de que lo que dijo el mensajero es cierto, de que Vd. estaba ausente, esperaría aún, porque el que ama espera siempre; pero si es cierto que Vd. se hace negar, quedo en la misma situación, porque no obtengo el sí, pero tampoco el nó. Comprende Vd. mi terrible situación? . . .

« Si supiese que Vd. recibió todas mis cartas, su silencio sería una contestación elocuente, pero ante lo que ha pasado el mártes, yo no sé de veras si las recibió.

« Yo le suplico me conteste por una carta anónima, sí o nó. Pero como debo tener una seguridad de que ese anónimo es de Vd., se servirá citar en el mismo, qué objeto fué el que Vd. me prestó y que yo le devolví aquella noche antes que terminara la *sesión de biógrafo.* Recuerde que fué una cosa sencilla y de uso corriente.

« Saluda a Vd. con el mayor respeto. — *Arg. Patricio Anteo.* »

Y con esto, queda terminada mi correspondencia contigo.

Considero inútil, cargoso e imprudente, persistir contra una cosa imposible.

Quedo, pues, filosóficamente esperando una contestación que ha de venirme algún dia, aunque sea de las nubes.

Adiós, Maïsa, adiós.

# DESPUÉS DE LA DERROTA

Cuando se haya hecho bastante para granjearse el afecto de ciertas personas, sin haberlo conseguido, aún queda otro recurso: no hacer nada.

LA BRUYÉRE *(Los Caracteres)*

Y he aquí el estado mental en que se halla un hombre, cuando ya en edad madura cae en uno de esos lazos que le tiende el destino, cuando ha tenido la ingenuidad de creer desde el primer momento en el aspecto superficialmente bueno de las cosas de la vida.

Un hombre de mis condiciones, sin haber corrido los azares de la juventud soltera, siempre contraído a su trabajo, sin tener porqué buscar la felicidad fuera de los límites de su hogar, no podía tener esa experiencia sobre las lides del amor que permiten conocer todo lo que pueda haber de bueno como de perverso dentro del corazón de la mujer.

La forma cómo se cruzó en mi camino, la impresión profunda que me causó esa aparición, la perturbación mental que trajo aparejada, todo ello debe haber sido trazado con bastante lujo de detalles en esas diez cartas escritas en los tres

meses que siguieron a mi aventura, y en la post-data final.

No he querido volver a leer esas cartas, me avergonzaría al constatar el desfallecimiento de mi carácter, esa falta de energía que por primera vez quizá se hizo sentir en mí. Sin embargo, no he tenido el valor de destruirlas, una fuerza superior me ha retenido cada vez que mi espíritu, reaccionando en medio de su debilidad, sintiendo un asco profundo ante tanta villanía, me inclinaba a su completa destrucción.

Yo no sé lo que escribí, pero lo que soy, todo lo que tengo de impulsivo, ahí está. Como creo haberlo mencionado en una de mis primeras cartas, he dejado a esa mujer sobre esas páginas, lo mejor de mi pensamiento y todo mi corazón.

Quien lea las que le dirijí en los momentos más terribles de esa cruel odísea, es decir, aquella en que le pedía socorro porque me sentía llegado al agotamiento total de mis energías morales, tendrá mucha dificultad en creer que por una de esas ironías que hacen del amor un misterio impenetrable, dos días antes, yo había recibido de uno de esos comedidos que nunca faltan, los informes más desfavorables que puedan pesar sobre una frente humana. Y sin embargo, yo suplicaba, yo me arrodillaba, yo me deprimía! Esos informes habían pasado ante mí sin rozarme. Ese amor era tan grande, que

me sentía acorazado contra todo lo que cierto o mentira, pudiera afectar la honra de esa mujer. El tono desesperado de las cartas que menciono, deben dar una idea de ello.

Pero cuando esa mujer se hizo negar con toda sangre fría, cuando me mostró la parte oscura de su alma, tuve que asistir al desmoronamiento del pedestal que sostenía mi ídolo; y si ese ídolo no se hizo pedazos ese día, es porque no es posible quemar a la noche lo que se adoró a la mañana. Qué desilusión!

Había forzosa y dolorosamente que dar el paso atrás, pero cuando díme vuelta, me sentí en las mismas condiciones del viajero que deseando volver al valle, se halla con que el alud, ha cubierto el desfiladero de la montaña y le cierra el paso.

No era tan fácil olvidar a esa mujer!

Bien traté de hacerme un razonamiento adecuado para infundirme valor y decisión: Porqué había yo de sacrificar en holocausto de un amor tan inmerecido como imposible, lo que correspondía a un ser dignísimo que desde meses venía olvidando?—Valía esa mujer en proporción al riesgo de verme por causa de ella, abandonado, envuelto en el ódio de mi compañera, en el desprecio de mis hijos? El cerebro decía: nó, pero el corazón sufría.

Lucha horrible! lucha que debía durar meses, años quizá!

Al fin, después de una larga ausencia, volví a R. Son necesarios esos naufragios de la vida, para apreciar en todo su esplendor la santa belleza del hogar. A sus puertas se detienen y se quiebran todas las preocupaciones en el individuo.

El hogar es el fundamento de la sociedad misma, es el crisol donde se forma la felicidad del hombre, porque es ahí donde halla el reposo después de la tormenta. El hogar le ha proporcionado el espíritu de amor, de bondad, que hizo posible la vida colectiva.

La vista de esos séres que me rodeaban y agasajaban con sus besos y caricias, no solo fué un alivio para mi cerebro, sino que me llamó al cumplimiento de mi deber, y me recordó todo lo que debía a ese cariño.

Y atrás de los pequeños, atrás de la más grande, venía la esposa amante, la compañera de siempre, la que durante veinte años había compartido todas mis alegrías y todos mis dolores. Siempre la misma, contraída a su hogar, a sus deberes de madre ejemplar, adorada por sus hijos, apreciada por sus amigas, simpática a todos sus vecinos.

La hallé sin sirvienta, cada día más exigentes, desempeñando sin quejarse tareas a las cuales había tenido la suerte de no haber estado sometida.

Noble amiga! Ella, la eterna confidente de mis pesares! Aquella vez también hubiera querido

poderle gritar todo lo que yo sufría. Y en ese lecho, testigo de que nuestro juramento de amor no había sido vano durante veinte años, mientras esa alma dormía con el sueño del justo, sentí cómo corrían mis lágrimas sobre la almohada y cómo mi corazón perjuro, volaba allá lejos, muy lejos, a posarse sobre los labios de otra mujer!

Y ahí pasé varios días entregado a la santa tranquilidad de mis lares. Pero mi naturaleza es inquieta. Soy como el pájaro que conoce y ama la libertad, yo tengo que volar. Amo esa vida de bohemio que significa aire, luz, vida, movimiento!

Cuántas veces hube de reprocharme el carácter juicioso de mi juventud, no haber vivido la vida, aspirándola por todos sus poros, haberme conservado libre, haber volado como el cóndor por encima de las montañas, como la gaviota por encima de los mares.

Y sin embargo, no tengo moral ni socialmente el derecho de sentirlo, he dado a mis hijos lo mejor de mi sávia. Les he trasmitido una sangre que no alcanzó a corromperse por el vicio. He llenado la fórmula científica de la procreación.

Algunas veces, llego a preguntarme: qué delito he cometido? Porqué debo ocultar estas líneas? Porqué debo morderme los labios para no gritar? Porqué debo violentarme para contener mis lágrimas?

Ah! Es que se debe sufrir las consecuencias de la eterna mentira, el error funesto de los teólogos y de los sociólogos, que fundaron la sociedad sobre bases falsas, al contrariar las leyes inmutables de la naturaleza.

Al apartarse de la verdad, la religión y la sociabilidad se pusieron en conflicto con la ciencia. Cuáles han sido las consecuencias? La intoxicación progresiva de la sangre humana, por no haber cumplido en su hora con las leyes fisiológicas, y la ley fatal de la herencia que arrastra al indivíduo a la cárcel o al manicomio!

La fé religiosa, las conveniencias sociales, el lazo conyugal, el amor propio que no quiere ser ofendido, el juramento de amor, son otras tantas barreras levantadas entre los sexos, que arrastran al adulterio, a los placeres viciosos, a la mentira, a la venganza y al crimen.

La medicina se multiplica, observa, investiga, se complica dia tras dia en estudios profundos. La sociedad se sacrifica para costear esos estudios, sin darse cuenta que son para descubrir remedios a los males que ella misma se encarga de fomentar!

Volveremos alguna vez a la verdad de donde jamás hubimos de salir? Se llegará a la comprensión vulgarizada de que es necesario depurar la humanidad de todas esas morbosidades?

Puede ser, pero antes es necesario independizarnos de los prejuicios y formar con nuestros hijos

la sociedad del porvenir, que irá despojándose paulatinamente por adopción definitiva de las leyes naturales, de todos los defectos físicos acumulados por la ignorancia.

---

Al salir de R., posiblemente por haber llegado a la contemplación abstracta de los hechos comparados: el amor ideal, empírico, problemático, a la realidad de la vida, que se destaca inconfundible, triunfante, entre las cuatro paredes del hogar, me sentí robustecido para emprender de nuevo mi ruta a través del país, dispuesto al olvido y a ir aceptando las cosas bajo su verdadero aspecto.

Especie de diplomático al detalle, que no otra cosa significa la misión del agente de seguros de vida, había sabido ocultar bajo la eterna sonrisa, la tormenta que bullía en las profundidades de mi ser, pero una invencible distracción que se apoderaba de mí en todo momento, había generalizado la idea entre mis amigos, de que algo serio debía pasar en mí. Tarde o tempramo todo tenía que saberse.

Yo creo que no es posible sufrir moralmente más de lo que yo había sufrido durante esos largos meses, y creo que no es posible llorar más de lo que lloré.

Y por una de esas contradicciones de la naturaleza, secundada posiblemente por un mayor cuidado de mí mismo, a cada paso oía decirme que me hallaba rejuvenecido.

Obsesionado por la idea de que esa mujer no me amaba, porque me veía quizá demasiado viejo para ella, traté de vigorizarme físicamente con el ejercicio, suprimiendo totalmente el alcohol y haciendo vida metódica.

Sentí una manía estúpida para mi edad, de mirarme al espejo para apreciar hasta dónde podía dejar de ser joven y empezar a ser viejo. Impulsado por la eterna visión de esa mujer, fuí modificando insensiblemente mi modo de ser y de vestir.

Mi coquetería pasó de la corbata a las medias de seda, siguió al sombrero campechano y fué a parar al pulimento de las uñas.

La moda, a la cual fuí siempre rehacio, para eterna desesperación de mis hermanos y de mi compañera, empezó a esclavizarme. Ya no me sentía molesto dentro de mis zapatos ajustados. No tenía pereza en afeitarme cada día y recortar el cabello cada quincena.

En todos los actos de mi vida me sentí transformado. En la conversación empecé a ser ordenado, conciso en la expresión, prolijo en la descripción, y hasta elocuente cuando se trataba de defender mis ideas. A lo menos así me parecía.

El temor a la muerte, propio de mi vieja neurastenia se trocó por una gran indiferencia. Hubiese subido sin temor a un aeroplano para un viaje arriesgado. Deseaba una revolución, una guerra, donde jugar la vida, donde pudiera morir con gloria.

Pero hubo en mí una mayor transformación aún. Anteriormente sabía contener mis deseos sexuales meses enteros, o sea todo el tiempo que duraban mis giras. Desde entonces, había sentido despertarse en mí un apetito desordenado por esos placeres, una ansia loca de mujeres, que me hicieran olvidar a aquella, una necesidad inmensa de vengarme en otras de ese amor insatisfecho.

Pero fué en vano! Apagados por breves instantes esos deseos, el recuerdo de esa mujer amada, volvía nuevamente a ocupar mi pensamiento.

Soñé con un nuevo amor, traté de buscar alguna de aquellas mujeres que se habían inclinado a mí sin conseguir turbar mi indiferencia. Pero nada, no había ninguna de las que podían agradarme, cuya conquista fuera ya posible.

Y apesar de todo el trabajo realizado para olvidar, volví a ese amor, ese amor único, que había de ser fatalmente el alimento postrero de mi espíritu. Me complacía en amarla en mi recuerdo, en la soledad de mi pensamiento. Ya no hablaba a nadie de ese amor, ya no quise más confidentes. Ni a mi mejor amigo le volví a hablar de mis sentimientos.

Oh, cómo he amado! No me fué difícil cumplir el compromiso unilateral que había contraído de amarla a ella sola. La amé con toda la fuerza de mi sér. Me parecía que el vigor de mis

veinte años renacía ante ese recuerdo. Oh, mujeres! Si entre vosotras hay alguna que se hubiese enamorado de mí, sin haberlo yo sabido ni buscado, que sepa que está vengada. Bien vengada!

Bajé a Buenos Aires, en varias ocasiones. Los balcones de la casa de esa mujer amada, me vieron pasar centenares de veces, pero esas ventanas permanecieron tan herméticas para mí, como su alma misma. El enigma siguió siendo enigma, y mi amor siguió siendo un amor platónico, idealista, por un ser invisible.

Esa mujer hubiera podido matarme fácilmente si lo hubiera querido. Con haberse presentado de improviso ante mí, no me hubiese sido posible resistir el golpe que me hubiera asestado.

Por diferentes conductos tuve muchos informes sobre esa mujer. No me importaba que hablaran mal de ella, lo principal era que hablaran, sentirla nombrar era saber que vivía, y me bastaba para sustentar mi corazón.

Me sentí vivir dentro del recuerdo de los grandes amantes de la historia y de la novela. Desfilaban Mesalina y Cleopatra, Lucrecia Borgia y Margarita de Borgoña, Manón Lescaut y Margarita Gautier. Y ante la visión de todo lo que significaba el poder de la mujer, me sentía tan pequeño como esos grandes hombres que se rindieron ante esas bellezas femeninas.

Muchos meses habían transcurrido después de esa aventura y si bien quedaba descartado el

peligro de abandonarme a un acto desesperado, todo ese tiempo no había sido suficiente para borrar ese recuerdo. La imagen de esa mujer permanecía inalterable en mi pensamiento. Ella fué la guía de todos mis actos, porque en todos me ajustaba a la idea de si esto o aquello podía gustarle.

En mis largos viajes, cruzando el país de uno a otro extremo, mi amor por esa mujer fué el alimento de mis horas solitarias. Ninguna lectura era capaz de suplantar la felicidad que sentía al recordarla.

Yo, que había tenido la santa paciencia de endilgarme cada día el fárrago de noticias sobre política argentina y europea, solo me conformaba con la simple lectura de los grandes encabezamientos.

Pero en cambio escribía, escribía mucho. Esa eterna manía que durante toda mi vida no me abandonó, ni en las horas álgidas de mis negocios propios, se había vuelto una obsesión. Se me hacía como a Ricardo Gutiérrez con su canto, que mi prosa vulgar arrebataba mi alma a la locura.

Y es así cómo poco a poco, salvando los numerosos obstáculos con que tropieza quien no posee el mecanismo del discurso, fuí tejiendo una novela inspirada por ese triste y doloroso episodio.

Era la presentación de uno de los múltiples aspectos de la vida, que al gran Zola se le es-

capó en la extensión de la obra inmensa realizada. Inspirado por ese maestro incomparable del naturalismo; calcoplasta del arte, artífice de lo sublime, fotógrafo de la verdad, como le llamara uno de sus admiradores, Eugenio Troisi, puse todos mis sentimientos en realizar lo que yo creía un deber como miembro actuante en el poderoso consorcio de la especie.

Cuando me pareció que mi libro estaba terminado, me dispuse a gestionar su impresión. El primer editor que visité, un amigo mío, se puso inmediatamente a mi disposición.

Entonces empecé el pulimento general de los originales. Veinte veces estuve ya a punto de enviarlos a la imprenta, y otras tantas los retuve para modificarlos, sacando aquí y agregando allá.

Al fin un día, en que me sentí bien dispuesto hacia mí mismo, y después de una última lectura, los envié por correo con recomendación de proceder sin demora a componer y enviarme las pruebas a S.

A los pocos días recibí con toda sorpresa una carta de mi amigo, en la que me manifestaba, entre toda clase de disculpas, la imposibilidad de editar mi novela, por disidencia entre socios. Después supe la causa de la disidencia. Esa novela no revestía, según ellos, ningún atractivo que la hiciera interesante al público; su edición resultaría, pues, un mal negocio.

Hablé con otros amigos editores, pero tropecé más o menos con la misma dificultad. Entonces

me decidí a esperar tranquilamente que mis propios medios me permitieran imprimirla por mi cuenta.

Una mañana, hallándome en una ciudad andina, el sirviente del hotel vino a decirme que una persona quería hablarme. Contesté que la hicieran entrar. Era un indivíduo que podía tener unos veinticinco a treinta años, tipo de italiano meridional, pero que se expresó en perfecto acento criollo. Esa cara me volvía a la memoria, no hubiera podido definir con exactitud dónde la había visto, pero me proponía remover mis recuerdos para saberlo.

Me presentó su tarjeta. No me había equivocado, era un apellido italiano. — Adelante, señor, invité, ruégole cubrirse y tomar asiento.

— Gracias, señor. Soy agente de la casa editora X, de Milán, empezó diciendo. He tenido oportunidad de saber que Vd. desea publicar una novela, y vengo a ver si sería posible entendernos con ese objeto.

— Mucho gusto, señor; sería posible saber quién le ha informado?

El indivíduo pareció titubear un momento.

— Oh! señor, prosiguió, todo se sabe en este mundo. Lo he sabido por una señora italiana, a quién Vd. ha leído algunos de sus párrafos.

Recordaba, efectivamente, que la gobernanta del hotel de S, una señorita bastante instruida y muy amable, se había entusiasmado por mi libro.

Ante esa afirmación de mi visitante, desapareció una especie de desconfianza que me había asaltado desde el primer momento. Francamente, el tipo no me había sido simpático.

— Seguramente que ha sido la señorita Lina, contesté.

— Ella misma, señor. Por otro lado, no se ha hecho ningún misterio de las gestiones realizadas por Vd. y de su fracaso.

— Y cómo sabía Vd. que yo me hallaba en este hotel y ciudad?

— Oh! señor, esto no tiene importancia. Ví su nombre en el tarjetero y recordé el entusiasmo de esa señorita, la crítica de los editores hablados por Vd. y eso me ha inducido a presentarme.

— Muy bien, muchas gracias; cuáles son las condiciones que establece su casa?

— Varían mucho, señor. Dependería de las probabilidades de éxito que pudiera tener su libro.

— Quiere decir que Vd. tendría que leer los originales?

— Si eso fuera posible. . . .

— Debo decirle que saqué una sola cópia, que un editor extravió. No me queda más que el original.

— No importa, señor, si Vd. permite que lo lea aquí mismo.

— No hay inconveniente, pero su lectura será larga y en este momento tengo que salir. Puede

Vd. leer tranquilamente, mi regreso es cuestión de media hora.

—Vaya sin cuidado, señor, aquí estaré a su regreso.

Dejé instalado al visitante con los originales, tomé mi sombrero y apresuré el paso, a fin de regresar cuanto antes.

Había luchado entre la desconfianza que me inspiraba ese tipo, y la perspectiva de poder imprimir mi obra.

A mi regreso, lo hallé leyendo atentamente.

—Magnífico, señor, exclamó al verme; creo que nos entenderemos. El tema es algo trillado, pero hay cierta novedad en la exposición de los hechos y el estilo no es desagradable.

El hombre se me volvió simpático. —Pero Vd. ha salteado mucho, señor, le observé. ¿Cómo puede saber el fondo de la novela? . . .

—Oh! nosotros tenemos nuestro golpe de vista. Los editores no analizamos. Además, las cuestiones de detalle podrían modificarse, si a Vd. le pareciera bien. En cuanto al fondo, poco nos supone que su obra sea buena o mala para los filósofos, que esté bien o mal escrita para los académicos. Lo principal, es que sea un poco libre, que sea de corte liberal y que pueda agradar a las mujeres. Lo demás, poco o nada nos interesa.

—Esto es hablar comercialmente, exclamé.

—Somos oportunistas, no redentores.

— Y qué dice Vd., sobre las condiciones?

— Compramos los derechos, señor. No deseamos discusión con los autores ni queremos cuenta corriente. Se conformaría Vd. con mil pesos por la cesión de sus derechos?

Confieso que me sentí deslumbrado. Mil pesos! y la satisfacción de ver mi obra impresa y verla figurar bajo mi nombre en todos los escaparates de las librerías!

— Aceptado, contesté.

Fuimos a la escribanía, se hizo la escritura a favor del caballero ese y recibí uno tras otro diez billetes de cien pesos. — Nuevos, sonando entre los dedos del cesionante. Los guardé en mi billetera. — Quise pagar la escritura. — Está paga, me contestó el escribano.

El cesionario se despidió gentilmente de mí. Jamás había conocido una persona tan simpática!

. . . . . .

. . . . . .

Oh! cuán feliz me sentía, cuando después de despedirme de aquel hombre y del escribano, paseaba hacia la plaza principal con los diez billetes en el bolsillo y la perspectiva de ver mi obra correr de mano en mano, de ver mi nombre figurando al lado de los intelectuales, de saberme discutido en las diversas esferas sociales.

Y acaso no podía llegar mi libro a suscitar controversias en la prensa? Las teorías que yo presentaba, no eran demoledoras, según bajo qué

faz se apreciara mi libro? Y sin embargo, yo no buscaba más que la verdad, esa verdad eterna de la cual no escapará la sociedad, malgrado tantos siglos de convencionalismo.

En ese libro, yo no quería demostrar otra cosa más que la verdad de los hechos, que yo mismo había palpado y cuya constatación podía haberme costado la muerte del espíritu. — Y es sabido que todos aquellos que han pretendido descubrir la verdad, han tenido que luchar con todas y cada una de las religiones, con que las diferentes civilizaciones anestesiaron las clases desheredadas.

Mi libro sería criticado por los hombres de letras, por su mala construcción literaria, y por la moral religiosa, que no transará jamás con la verdad sin correr el riesgo de hundirse para siempre.

Como indudablemente lo había pensado aquel hombre, ese libro agradaría a las mujeres por su romanticismo. Los liberales lo recomendarían sin tomarse el trabajo de leerlo, y los amantes de la pornografía irían a deleitarse en algunos de sus pasajes.

Para los liberales, mis teorías debían aplastar a los literatos y a los teólogos, yo tenía que ser circunstancialmente más que ellos. Las mujeres buscan la parte sentimental, poco les interesa las teorías. Pero lo que seguramente agradaría a todos sin excepción, sería la parte por-

nográfica de la obra, esa página donde se exhibía en toda su desnudez, el cuadro de la naturaleza triunfante sobre todos los convencionalismos de la tierra. Esto último, es lo que seguramente había agradado al agente de la casa editora milanesa, pues recordaba que a mi regreso lo hallé concentrado en las páginas que relatan la cita de Nelly con el amante ocasional.

Entonces volvió a presentarse a la imaginación ese agente de la casa editora. Su fisonomía volvió a mi memoria. Era una cara conocida, pero dónde, cuándo?

De pronto me dí un golpe en la frente.

Oh! qué horror. Ese hombre no era ningún agente de casa editora, no era más que un agente de Maïsa. Recordaba haberlo visto junto a ella. No había tal casa editora, ni tal agente. Era ella, solo ella, que había comprado mi novela por mil pesos! Que había comprado mi silencio, por una suma vil, que había comprado por treinta dineros mi jactancia de escritor!

Corrí al escribano, quizá fuese posible anular la escritura, ese hombre se había titulado falsamente el agente de una casa editora. Tomé un coche para llegar más pronto. El escribano me vió venir algo sorprendido y a mi pedido de poder leer lo que había firmado, lo colocó deferente ante mi vista.

Nada había que objetar. La escritura era correcta!

Un señor C., agente de una casa editora (sin mencionarla) adquiría del señor Arg. Patricio Anteo, el derecho único sobre una novela de costumbres, titulada « La tragedia de Montes Oscuros », por la suma de mil pesos, comprometiéndose éste, en lo sucesivo, *a no publicar ninguna novela sobre ese tema ni otro parecido.*

Qué horror! Tomé los diez billetes de cien pesos, los puse bajo sobre, y los dirijí a Maïsa con este lacónico billete:

« Señora:

« No merecía de Vd. esa afrenta. Guarde su dinero. Una mirada vuestra, ordenándome quemar esos papeles, habría bastado.

« Soy siempre vuestro más respetuoso servidor.— *Arg. Patricio Anteo* ».

Pasó con ese lacónico billete, como con todas mis cartas anteriores. No supe si había recibido mi carta ni el dinero que en ella había incluído. En esto tuve que lamentar otra vez mi eterna distracción. Envié ese dinero en una carta simple. No era posible, pues, constatar si había llegado a poder de la destinataria. Cuando me dí cuenta de esa imprudencia, era tarde!

Me entregué al albur de mi destino.

## CEREBRO Y CORAZÓN

En dos grandes factores pueden resumirse las causas de la degeneración de la especie humana, ambos grandes y enormes, aunque distintos y pasibles de un estudio separado, pueden ser considerados como las dos caras de un cristal. Uno, el desorden económico de la sociedad actual, con su tuberculosis, su alcoholismo del adulto, la predisposición al venerismo en los adultos y jóvenes, junto a las miserias fisiológicas engendradas en los tugurios, en las fábricas, en las industrias insalubres, etc., etc.; y el segundo de los factores causantes, es el factor ético, diverso en sus formas, pero único en el fondo, al que denomino *perversión de la sexualidad.* Estado psico-ético que caracteriza a esta época de verdadera transición — varias veces ocurrida en la historia de la humanidad — época en que los valores fundamentales de la civilización hacen crisis y necesitan una revisión completa; si ella no se efectúa, se corre el peligro de aumentar el desequilibrio reinante.

DR. LÁZARO SIRLIN
*(Sexualidad y sensualismo)*

Me sería imposible determinar con exactitud cuáles eran los sentimientos que me animaban antes de producirse los acontecimientos que voy a relatar, pero puedo asegurar que la eterna ley de las transformaciones había operado un cambio sensible, en la lucha entablada dentro de mí mismo.

Ya había advertido que se iba alejando de mí ese espíritu de romanticismo que lleno de amorosa inspiración, saturaba de ideas políticas y filosóficas, de juveniles evocaciones y festivas ocurrencias, mis cartas a Maïsa.

Había vuelto a ser el eterno vencido en casi todas las luchas de la vida, que apuraba el cáliz de un nuevo desengaño y arrojaba su protesta airada ante esa enorme injusticia del destino.

Pero por más que sintiese toda la extensión de mi cruel desgracia, y hubiese llegado al amargo convencimiento de que no había remedio a mi mal, el eterno silencio de aquel sér amado, mantenía, aunque débil, una lejana esperanza en mi alma dolorida. Y ello fué causa de que resultara estéril todo el esfuerzo que yo hiciera para llegar a la contemplación abstracta de los hechos, acercándolos a la luz de la verdad.

El amor hacia esa mujer era profundo, inextinguible.

Ella hubiera hecho de mí, todo aquello que pudiera habérsele antojado.

Una simple mirada hubiese bastado para esclavizar mi voluntad, si ella se hubiese presentado ante mí o me hubiese llamado a su presencia. Por eso yo me hallaba enceguecido, y no era posible aceptar la fría realidad por más natural que ella pudiera parecerme.

En el curso de mis recorridos, tenía que hacer grandes esfuerzos para sustraerme a la tentación de escribir a esa mujer amada.

Cuando veía alguna cosa a mi alcance, que quizá hubiera podido gustarle, tenía que violentarme para resistir al deseo de enviársela.

Pero una mañana en que desperté después de un sueño en que se me había aparecido, no pude contenerme más y le envié esta carta:

«Maïsa:

«Me miraste... y mi alma se agitó.

«Tu mirada fulgurosa, como flecha ponzoñosa en mi pecho se clavó.

«Desde entonces estoy herido.

«Como un ente maldecido voy siguiendo mi camino, cual errante peregrino, hacia ese fatal destino que tu sér me señaló.

«Esa noche de ventura fué principio de amargura!

«Tal mi vida no es vivir!

«Solo sé lo que es sufrir; solo sé lo que es llorar. Yo no sé lo que es gozar, ni sé porqué he de vivir.

« Tus ojos me dominaron, tus labios me envenenaron, tus rizos me marearon, tus palabras me embriagaron. Tu belleza me mató.

« Mi voluntad se extinguió, mi energía se quebró, y en mis noches de delirio, maldigo ese cruel martirio que tu alma me infligió.

« Porque ya mi pensamiento no reposa ni un momento, porque el amor que yo siento es un amor inmortal.

« Es un amor tropical que en vano matar intento.

« Tu recuerdo me esclaviza y el porvenir me horroriza, de ver que tú, oh! Maïsa, eres sorda a mi dolor, e implacable ante ese amor que mi alma martiriza. — *Arg. Patricio Anteo* ».

Y otra vez, sobre una postal, desde Posadas, es decir, desde el extremo del país, le escribí estos bellos versos del inmortal José Mármol:

> Llevad en vuestras alas, oh! brisas de la tarde,
> los huérfanos suspiros de mi secreto amor;
> amor sin esperanza, pero de que hace alarde
> mi corazón que sufre con celestial ardor.
>
> Llevadlos, y piadosas cuando toquéis la frente
> de un angel que ha bajado con formas de mujer,
> sobre sus blancas sienes dejadlos dulcemente
> cual única corona que puédole ofrecer.

En cierta ocasión, pasando por X., no pude sustraerme a mí eterna versomanía. Probé de componer un soneto:

Vengo a vivir tu vida tan solo un dia,
simpática X . . . rica joya del sud.
Vengo a aspirar las auras que la pampa te envía,
mecerme en tu regazo, dormirme en tu quietud.

Cuando la tarde muere, sentado en tus jardines,
será que tus bellezas me agrada ver pasar?
y ahí entre suave aroma de rosas y jazmines
sus voces argentinas me agradará escuchar?

Será tu sol radioso, el azul de tu cielo,
tus aguas cristalinas, el verdor de tu suelo,
que me trae a tus lares dichoso a reposar?

Oh, nó! La fuerza oculta que me trae hacia tí,
es el recuerdo eterno que gira en torno a mí,
de que es en estos sitios donde *la ví* pasar.

Después de leerlos y releerlos, haciéndome la ilusión de que merecían los honores de la publicidad, rogué a un periodista local que los publicara. No hubo caso, su amabilidad para conmigo no llegó hasta sacrificarme la honestidad de sus pulcras columnas.

Aproveché una ocasión que se presentó para solicitar la opinión de dos profesionales. Aún cuando ambos estuvieron de perfecto acuerdo de que no era verso, mientras uno de ellos contó once fallas, el otro sostenía que solo eran nueve. Se originó una discusión entre ellos, cuya conclusión nunca llegué a saber.

Creo que aún continúa la controversia.

Por mi parte, me decidí a adquirir de una vez un Coll y Vehi... y ahí, en las profundidades de mi valija, espera pacientemente resignado que

su dueño, sacuda su pereza, tome su coraje a dos manos, y se digne estudiarlo para comprender el mecanismo del verso, y no vuelva a hacer papelones con los periodistas de campaña.

. . . . . .

Una noche, me hallaba en una de esas ciudades del Norte, donde pasaba agradablemente los días que ahí me detenían las exigencias de mis viajes.

No he llegado jamás a explicarme, porqué se siente tanto placer en visitarlas, posiblemente por su aspecto tan distinto, si se las compara con la monotonía de las ciudades del llano.

Construidas al pié de pintorescas serranías, alimentadas por las aguas cristalinas que descienden de sus vertientes pedregosas, conservan por su vieja arquitectura, el acento evocador y las costumbres de sus habitantes, rasgos indelebles de la conquista hispana.

Es tan agradable la impresión que se recibe en esas ciudades, posiblemente por la atracción que ejercen las alturas, que el viajero siente una necesidad irresistible de volver a visitarlas.

El tipo característico de dos razas se conserva en sus habitantes: la del conquistador y la del indio. Ambas descendieron de las altiplanicies para establecerse en esas tierras hospitalarias en que la naturaleza exhibe toda su potente fecundidad.

Era el 4 de Febrero. Un año había transcurrido, día por día, hora por hora, desde aquella

noche en que dos almas hambrientas y sedientas ambas de amor, se habían confundido en un inmenso abrazo, y dos horas después se separaban para no volver a verse juntas jamás.

Aquella noche, a muy altas horas me paseaba por una de las veredas que circundan la plaza principal.

Habíamos pasado algunas horas en amena charla con mi amigo V., entre copa y copa de ese incomparable aguardiente de uva catamarqueña.

Aquel había sido un día malo para mis nervios. Seguramente el estado atmosférico ejercía, según me lo explicaba una vez Martín Gil, una presión máxima sobre mi sangre, que se calcula en no sé cuántos gramos por milímetro cuadrado. No me detengo sobre este punto, es posible que yo lo haya interpretado mal, pero puedo asegurar que ese ilustre amigo me lo explicó muy bien.

Para peor, anteriormente nos habíamos trenzado en un *clásico* partido de ajedrez, que había dificultado el proceso digestivo de una buena cena.

La charla con V., me había sido agradable sobremanera, pues este buen amigo era un espíritu avezado en las lides del amor, y había recordado con él, aquella desgraciada aventura.

Posiblemente por la acción misma del alcohol, y por ser el primer aniversario del principio de mi novela, me parecía que mis sufrimientos ha-

bían adquirido aquella noche una intensidad, para mí desconocida hasta entonces.

Eso hacía que mis ideas se hallaran concentradas más que nunca sobre ese preblema que seguía manteniéndose insoluble, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Como decía, me hallaba paseando esperando el *tranvía,* sobre una de las veredas que contornan la plaza principal, ante la cual se alza entre el verde césped una escultura de mármol blanco, representando la imágen del *Pensador* de Rodín.

A fuerza de pasar y repasar me detuve a contemplarla.

A la vista de esa profunda abstracción, de tan solemne abismamiento de la mente humana en ciertas horas de la vida, me habré sentido seguramente conmovido, porque mi pensamiento, alejándose paulatinamente de todo cuanto podía distraerle, se fué poco a poco concentrando hacia esa elevada concepción del arte.

Me pareció sentir que poco a poco mis músculos me abandonaban, que solo quedaba el cerebro, y por sus latidos, el costado izquierdo de mi pecho.

Con mis sentidos absorbidos por esa imagen de piedra, en una de esas alucinaciones que en esos momentos no podía ni trataba de explicarme, me pareció ver que esa boca, soltaba los dedos de su diestra y que esa faz eternamente inclinada se alzaba lentamente. Ví que esos pár-

pados se levantaban poco a poco, que descubrían el fulgor de una mirada enérgica y dominadora y que la dirigía hacia mí.

Ante ese mármol que así se animaba, ante esa mirada poderosa, más que por su fulgor, por la inconmensurable grandeza del pensamiento, que era lo que en ese momento reflejaba, me sentí pequeño. Imaginé ver alzarse ante mí una de las manifestaciones de ese poder desconocido ante el cual habré de comparecer un día, según anunciaban mis mayores.

Nadie atina a huír ante las fuerzas superiores y desconocidas, ni el más valiente.

Son fuerzas que inmovilizan nuestras facultades físicas y morales. Posiblemente habían gravitado sobre mi sér con toda su potencia aplastadora, porque me sentí despojado de toda voluntad.

El *Pensador* pareció hacer un detenido examen de mi persona, sonrió imperceptiblemente, como quien se halla satisfecho de sí mismo, y luego con una voz cavernosa que parecía salir de las entrañas de la tierra, dejó caer lentamente estas palabras que penetraron como puntas aceradas en el único costado que me había quedado sensible:

« Mentecato, empezó diciendo, bien veo que eres lo que yo pensaba antes de verte.

« Eres el mismo mozalbete enamorado que conocí hace cerca de treinta años, pero que ahora peina canas. Siempre ingenuo, creyendo en el

amor. Creyendo que puedes ser amado por la sola razón de que se te ha ocurrido la locura de enamorarte.

«Torpe de tí! No valdría la pena el haberme arrancado a mis meditaciones, pero me inspiras lástima. Me compadezco de tu ridícula pretensión y de tu desesperación estúpida.

«Despierta de tu sueño de quimeras, desciende del pedestal que tan imprudentemente has escalado, y vuelve a la fría y lógica realidad de las cosas. Y si no sabes o no quieres hacerlo, véte, cura tu locura y no vuelvas a evocarme. Mis minutos son contados. Solo dispongo de ellos con los cerebros equilibrados y que piensan fríamente como el mío».

Ante tanta desconsideración, no pude, aún ante ese sér sobrenatural, contener los impulsos de mi espíritu rebelde. Pensador, protesté: olvidas que la anatomía del cuerpo humano ha determinado que el corazón es el punto céntrico donde afluye la sangre que conducen las arterias, y que de ahí reciben impulso las funciones cerebrales como las demás partes del cuerpo. Luego, si el corazón es bueno, transmitirá buenos pensamientos al cerebro.

—«A qué llamas un corazón bueno?»

—Al de un hombre que sabe amar, que trata de ser bueno, porque la bondad es la esencia del alma.

—«No confundas el corazón de un hombre bueno, con el de un anamorado. El hombre

para ser bueno debe ser lo que tu amigo Almafuerte ha consignado:

« Los sicarios del bien han de ser yermos.
« Duros como filósofos estóicos.
« Los médicos más nobles, más heróicos,
« no lamen el sudor de sus enfermos.

« El corazón para ser bueno, ha de ser de piedra, como el mío. El hombre ha de ser bueno por conveniencia, no por caridad.

« Tu corazón, por ser el de un enamorado, es un corazón enfermo. Está excitado por un deseo que solo cura con la posesión. Y el mal que te aqueja es grave, porque en vez de buscar alivio sin reparar en medios, has perdido lastimosamente tu tiempo en majaderías de poetastro.

« Tu corazón enfermo y débil, ha traicionado tu cerebro. Fuiste a buscar consuelo deslizando sobre el papel la punta acerada de tu pluma, y en vez de adormecerlos, hostigaste los deseos que bullen dentro de tí.

« Fuiste torpe desde la primera hora. Engolfado en la novela, te inspiraste en Trigo sin comprenderle.

« Te acordaste de Dariela. Deslizaste a tu Maïsa un papel bajo su puerta, pero en vez de usar el lenguaje de aquel sajón, todo materialismo, limaste una carta de poeta. Ese fué tu primer error en la larga serie que has venido cometiendo.

« Esa mujer no podía amarte, pero te deseaba. Te deseaba a tí o a otro cualquiera. Te vió frente a ella, quizá le recordaste algún amor pasado, o alguna simple aventura. Todo ese dia había pensado en tí. Te deseaba por encima de toda consideración. Para llegar hasta tí, se hubiera valido hasta de los medios más vergonzosos. Tú eras el dueño de la situación, pero no tuviste suficiente sagacidad para comprenderlo y para colocarte a la altura de las ventajosas circunstancias que tenías ante tí. Tu inexperiencia te perdió.

« Sin considerar que te hallabas ante una desconocida, princesa o ramera, te entregaste en cuerpo y alma. Te descubriste completamente, sin observar que ella supo ser reservada.

« No hay duda que ella se halló ante lo inesperado, se sintió feliz entre tus brazos, porque comprendió la impresión que te había causado, lo que era un triunfo para ella. Su amor propio se sintió halagado por ese amor que se manifestaba en un hombre de tu edad y condiciones, y sobre todo en tan curiosas circunstancias. Posiblemente habrá pensado una vez más en todos los triunfos que podía proporcionarle su belleza; tú no eras en ese momento para ella más que un simple elemento de experimentación. La lucha para ella estaría en otro campo, en una esfera superior. Al fin, qué podías ser tú para ella? Cómo hubieses podido tú, dentro de tu media-

nía, ser el galán de una dama llena de lujo y de exigencias? »

— Sin embargo, ella había prometido escribirme.

— « En esos momentos se promete todo ».

— Ella me miró cuando no había testigos.

— « Te recordaba tu palabra de ser discreto, te miraba azorada alzarte ante ella como un testigo acusador de sus liviandades ».

— Tal vez cometí un error, al mostrarme tan cerca de ella.

— « Nunca hubieras sabido más nada de una mujer como ella, pero por ese mismo error, no habrías sabido de ninguna otra cualquiera. La discreción es la base del amor prohibido ».

— Es que la amo tanto. . . .

— « Tu corazón trastornó tu cerebro ».

— La adoro más que a mi vida.

— « No debiste nunca amarla, pero sí hacérselo creer ».

— Odio la mentira!

— « Mientes! »

— Qué dices?

— « Lo que oyes, por el amor a esa mujer habrías llegado hasta negar a tus hijos ».

— Tú eres sin alma!

— « Como la roca de donde salgo ».

— Yo amo a esa mujer, por ella moriré.

— « Es lo que ella quiere ».

— Un año que vivo con esa obsesión.

— « Y en ella quedarás ».

— Concluiré con mi vida.

— « Te falta valor ».

— Cuento con la locura, me la procurarán los alcaloides.

— « Irás a la idiotez, si lo prefieres ».

— Eres implacable.

— « Eres un tonto ».

— Oh! Pensador! Pensador! te lo ruego; qué puedo hacer para salvarme?

— « Olvidar ».

— No puedo.

— « Usa de toda tu energía. »

— La he perdido.

— « Búscala ».

— Dónde?

— « En el trabajo, por la aspiración de ser rico; en el estudio, por la aspiración de ser grande ».

— Sin Maïsa, para qué?

— « Y vuelta a esa mujer vulgar ».

— No la insultes, es bella como un sol.

— « Ignorante y sensual, como una meretriz ».

— Es amante, es culta, fué pudorosa.

— « Desempeñó su papel ».

— Me pidió discreción.

— « Toda mujer la pide ».

— Calló su domicilio y el lugar de su *estancia.*

— « Temió por sus amantes ».

— Dicen que los tiene, pero no lo creo.

— « Sin embargo, lo has visto ».

—La vista engaña.

—« Ciego como todo enamorado, crees en lo que no existe, y no crees en lo que tienes ante tus ojos.

—Y cuál de los dos?

—« Cualquiera ».

—Pero, a cuál ama?

—« A ninguno ».

—Entonces, porqué no me sería posible obtener nuevamente sus favores?

—« Porque a tí te es imposible ».

—Porqué?

—« Eres para ella un loco peligroso. Después, careces de las condiciones que deben tener sus amantes: juventud y dinero ».

—Yo no soy tan viejo para ella.

—« Por su edad, nó; por sus vicios, sí ».

—Entonces trabajaré, descubriré nuevas energías en el fondo de mí mismo; seré jugador, si es preciso; ganaré y llegaré a ser rico. Maïsa será mía,

—« Amor comprado ».

—Qué importa! con tal de volver a estrecharla entre mis brazos.

—« A ese precio hallarás mujeres más jóvenes, más hermosas y sin vicios ».

—Nunca como Maïsa. Ella, solo ella!

—« Lo dices ahora ».

—Y lo diré siempre.

—« Si te aferras, lo repetirás en la noche de tu locura ».

La imagen marmórea pareció con esto dar por terminado nuestro coloquio, pues ví cómo volvía a tomar su posición y su eterno abismamiento.

Posiblemente sentí, junto con la impresión de sus palabras, que resonaban a mis oídos como golpes de mandoble, el contagio de esa posición y a mi vez me abismé en una profunda reflexión.

El *Pensador* tenía razón! . . .

---

Esa mujer había sido un accidente fatal en mi existencia. No era más que una ramera, bajo las apariencias de una matrona.

Yo no había sido para ella nada más que lo que pudo haber sido en su *estancia*, un peón a su servicio. Y yo, que por respeto hacia ella, aquella mañana en que se hizo negar, me había mordido los puños para no contestar la grosería con el insulto!

Al sensualismo había agregado la vileza de la hetaíra. Había asistido a todo el proceso de mi derrota, sin tener esa ínfima consideración que se debe hacia el que cae.

Oh! Sentí una especie de horror mezclado de una profunda lástima. Era posible una tan gran degeneración del sentimiento? Era posible descender a un tan bajo materialismo en la aproximación de los sexos? Mirada bajo ese aspecto, la vida resultaba una cosa repugnante.

Entonces empecé a sentir vergüenza de mí mismo. Era posible que un hombre a mí edad, se hubiera abandonado con tanta ingenuidad al amor de una mujer así? Cómo se burlaría ella de mí! Cómo me hallarían ridículo mis amigos! Vergüenza, cúbrete el rostro! Entonces pensé huir. Huir lejos, bien lejos. Huir hacia el desierto, hacia la soledad inmensa, lejos de los hombres, de los séres animados y de las plantas!

Ahí donde faltan los elementos de vida, en esos lugares solitarios de que ni Dios se acuerda.

Ahí la muerte era segura sin el suicidio, sin la locura. Era la muerte natural por agotamiento. Ahí las fuerzas misteriosas de la naturaleza cavaban la sepultura, tejían el sudario. Todo se producía por la sola acción de los vientos, lamiendo las arenas. Tal era la explicación de mi maestro de escuela sobre los peligros del desierto.

Sí. Ahí encontraría una sepultura inmensa, digna del amor que provocaba mi fin!

Entonces una ansia loca de correr se apoderó de mí. Y corrí, corrí en una carrera desenfrenada. Ascendí por las ásperas laderas de la montaña, descendí al valle, crucé la selva, salté los precipicios. Hallé nuevamente las montañas y los valles y las selvas, pero el desierto no aparecía. Estaba lejos, muy lejos todavía. Al fin cansado, jadeante, sangrando por veinte heridas, me dejé caer sobre las piedras, a la vera del camino.

Ahí esperé que calmara mi agitación para volver a correr con nuevos bríos.

Sí. Correr, correr siempre, hasta que mis oídos no escucharan la risa burlona que parecía seguirme en mi carrera.

Y cuando al fin se hizo el silencio, en medio de la soledad inmensa que me rodeaba, sin otra luz que el pálido resplandor de las estrellas, filtrándose por la espesura del sombrío follaje, me pareció sentir que una mano piadosa enjugaba el sudor de mi frente, refrescaba mis heridas.

Tomé esa mano entre las mías. Oh! qué mano suave y fina! La besé con respeto. La besé con amor! — Quién eres? pregunté.

Entonces sentí un dulce murmullo a mis oídos: — « No me conoces? »

Alcé la vista, ante mí se dibujaba la silueta encantadora de una mujer. Era blanca, no alta, era elegante, vestía de negro. Esa mujer era ella, ella al fin! . . . Era Maïsa!

Era bien ella! Hermosa, jentil, irradiaba con el fulgor de su mirada. Era esa mirada que jamás hubiera olvidado, la que me conquistó en el hotel de S., la que me esclavizó en el *Buffet* de X., la que me venía persiguiendo día y noche!

« Maïsa! exclamé. Al fin te veo. Yo sabía que vendrías a mí, en la hora de mi renunciamiento a la vida. Yo te esperaba. No era posible que me dejaras morir así ».

Entonces sentí unos rizos acariciar mi frente, sentí unos labios que se posaban en los míos, y

escuché en medio del silencio profundo de aquella noche y de aquel sitio, esas palabras raras y preciosas que resonaron en mis oídos como célicas melodías, como esas sublimes serenatas que se escuchan en medio de las noches estivales, como esos acordes que se pierden suavemente en el espacio y dejan el alma adormecida dulcemente.

« Sí. Yo soy la que tú llamas Maïsa. Soy aquella mujer que vino una noche hacia tí. La que vino a ofrecerte el néctar delicioso de sus labios de fuego, néctar que debía envenenar tu sangre y enloquecer tu alma!»

« Soy aquella mujer de fuerte mirar que se arrojó a tus brazos excitada por un mortal deseo. La que dejó entre tus dedos ese recuerdo que a fuerza de besarlo agotó las lágrimas de tus ojos ».

« Soy aquella que huyó siempre de tí, la que fué sorda a tus súplicas de amor, la que se hizo negar aquella mañana, la que rompía tus cartas sin leerlas ».

« Soy aquella mujer liviana como una meretriz, de que te hablaba el *Pensador*. Soy la que vengo en la hora de tu trágica agonía, a explicarte ese misterio que se lleva tu espíritu a la locura, de donde ya no volverá ».

« Soy la que señaló el destino para que posara sobre tus sienes la corona de los mártires, y que viene a prometerte que tu fin será digno de la grandeza de tu amor ».

« Oh! Poeta. Si yo no era digna de tí, tu amor y tu muerte me redimen ».

« Porque tú sólo, has leído en las páginas dolorosas de mi vida. Tú sólo has tenido una lágrima para mis desdichas, solo tú has tenido corazón para defenderme contra las acusaciones de tu propia mente ».

« Cansado por tan larga lucha, tuviste hacia mí un momento de horrible duda. Esa duda ha precipitado tu fin ».

« Quisiste penetrar la Lógica del *Pensador*, y en vez de hallar el Consuelo, hallaste la Desesperación ».

« No era mejor conservar la Ilusión en que te mantenía mi Silencio? »

« Hasta hoy yo había seguido siendo un enigma para tí; porqué no seguiste queriéndome como se quiere a un ser ideal?

« Tu amor tenía algo de grande, yo lo sabía y lo sentía. Pero yo sabía que tu amor, que me enaltecía, viviría mientras viviera tu ilusión ».

« Qué querías de mí? Conocerme más de lo que me habías conocido? Pero si yo todo te lo he dado. Aceptar una nueva cita? Si te lo hubiese concedido, al día siguiente me habrías olvidado, me habrías despreciado, odiado quizá ».

« Yo tuve aquella noche la visión exacta del amor inmenso que te dominaba, y la tuve en todos los meses que siguieron a nuestra cita. Yo no quería perderlo! Sentí que ese amor me

engrandecía, antes de perderlo, perdona mi egoísmo, preferí que te perdieras tú ».

« Ahora, que te veo marchar hacia esas regiones de donde no se vuelve, vivo segura de que has muerto amándome ».

« Pasaste a mi lado los instantes más deliciosos de tu vida. Tú mismo lo has dicho, como yo también lo había constatado ».

« En vez de guardar tu ilusión, quisiste investigar. Yo, a mi vez, te recuerdo las frases de hierro de tu amigo: »

> La azucena, la nieve y el armiño,
> pierden su nitidez al microscopio,
> el afán del análisis es propio,
> del imbécil, del pérfido y del niño.

« Pero no es mi corazón lo que palpita por tí, porque mi corazón tenía dueño cuando yo te conocí. Lo que te pertenece, lo que vivirá en tí, es mi espíritu. Yo te admiro y te seguiré en el pensamiento, tú alumbrarás el resto de mi vida, como yo vengo a alumbrarte en los últimos instantes de la tuya. Viviré en el recuerdo de tu espíritu, todas las horas del día y de la noche ».

« Oh! yo te agradezco tu defensa. No soy la indigna que te han pintado. Yo no tengo el alma de ramera. Yo no entrego mis encantos al oro vil del anónimo viandante. Soy la que siente en sus arterias latir la eterna avidez que

me ha transmitido el hado funesto de la herencia, y soy la que no ha tenido fuerza ni voluntad para resistir la tentación hacia los paraísos que la civilización ha puesto a nuestro alcance. Soy como fuiste tú mismo, una insaciable en la necesidad de amar y de vivir la vida».

«Posiblemente somos las víctimas expiatorias de todos los vicios que uno tras otro, se han acumulado sobre el organismo de las generaciones que nos precedieron. En el hombre es una cualidad, en la mujer una deshonra!»

«Yo te hallé en mi camino, te ví cara de bueno, me parecías extranjero. Yo esperaba tu carta, deseaba esa aventura por una necesidad de mis sentidos, tú la aceptaste como una sublime satisfacción para tu espíritu romántico. Yo te ví enamorado desde el principio, pero pensé que aquello no sería más que una locura del momento».

«Jamás hubiera imaginado que te acordarías de mí. Pero tuve la certeza de tu amor hacia mí, aquella noche de mi regreso de R., en que tú me esperabas en la estación de X. Desde entonces tuve la satisfacción de saberme amada, y allá en lo más recóndito de mi alma empecé a sentir por tí algo que no podía explicarme, pero que se asemeja a ese sentimiento que los novelistas saben describir con tanto colorido. Que no es amor, pero que vale quizá más que el amor».

« Sentí por tí una amistad profunda, llena de respeto ».

« Yo te ví antes que tu me vieras, y aquella noche conocí todos tus pasos. Yo sabía lo que estabas escribiendo. Tuve más noticias de tí, que las que pudiste haber obtenido de mí ».

« Rompías los borradores de tus cartas a Maïsa, sin reparar que la curiosidad de la servidumbre hallaba la forma de juntar esos papelitos y descubrir tu secreto ».

« Tú, que espiabas mi regreso, eras espiado a tu vez, sin darte cuenta ».

« Todos aquellos que me rodeaban, habían descubierto tu interés por mí. Todos tus pasos eran conocidos ».

« Oh! no creas que fuí engañada aquella mañana en que me hiciste hablar por teléfono a la *estancia.* Sabía bien quien era ese *peón* que deseaba entrar a mi servicio ».

« Empezaron a llover tus cartas. Cuánto me hiciste sufrir con ellas! No sabía qué inventar, dije que no te conocía, que probablemente eras algún loco. No querían creerme, se prestaban a suponer lo peor ».

« A fin de desorientarlos, opté por el silencio. Pero tus cartas eran correctas, respetuosas, apasionadas ».

« Esas cartas, en el fondo me agradaban; cuando llegaban y me eran entregadas ante testigos, no tenía más remedio que romperlas, pero

cuando venía alguna y que nadie se enteraba, la leía con atención, y hay párrafos que halagan de tal modo mi amor propio, que podría recitártelos».

«Llegó aquella mañana en que tu amor parecía haber llegado al punto álgido de su crísis. Tu carta pedía socorro, te decías muy desgraciado. Yo no sabía qué inventar. Los míos se enteraron de esa carta. Opté por mentir, pretextar una ausencia. Qué querías que contestara? En mi situación, no me era posible apelar a otro recurso. Contestar que no me importunaras y te olvidaras de mí, como me aconsejaban los míos que lo hiciera, era llevarte a la desesperación. Era causar tu muerte. Tomé la resolución de verte, de darte una cita. De exhortarte a que me olvidaras, de hacerte comprender que nuestro amor era imposible».

«Pero vino la segunda carta, media hora después. «Yo haré algo grande para Vd., señora», decías; «yo evitaré que su hijo pueda llegar a maldecirla».

«Comprendí que eras capaz de realizar lo que te proponías, pero siempre que mi amor te sostuviera. Mientras yo fuese para tí un enigma, tú vivirías en esa ilusión que te inspiraban tus hermosas cartas y que inspirarían la obra que proyectabas para mí».

«Desde esa misma hora en que tu mensajero llevó la contestación de mi ausencia, tus pasos fueron seguidos y vigiladas tus acciones».

« Supe que tu obra había empezado, por los borradores que, siempre descuidado, quedaban olvidados en los hoteles, y a tu regreso del Norte, supe que habías hablado con tres editotores y que ninguno se animaba a la impresión ».

« Fué entonces que resolví enviarte un fingido editor. Caíste en la trampa. Tu ingenuidad me hizo feliz. Llegaste a lo que no hace ningún autor, hasta no hubo protesta de tu parte cuando mi enviado habló de algunas modificaciones ».

« Esos benditos originales están en mi gaveta, bien guardados, y hasta que llegue la hora de hacer la impresión, me complazco en leerlos en mis noches solitarias ».

— Oh! Maïsa, exclamé. Cuán feliz soy! mi deseo era que tú leyeras esa novela, lo demás, muy poco o nada me importaba. Yo no escribí por la gloria, yo escribí para tí. Para tí sola!

— « Gracias, poeta. Vete tranquilo hacia ese paraíso que se llama la locura, donde cuando el espíritu tenga que separarse de la materia, no te ofrecerá el horror de la muerte lenta, de la agonía penosa ».

« Tu novela será impresa, ella te hará inmortal, porque has sabido llenarla de amor y pensamiento. Yo la inculcaré a mis hijos, yo la presentaré a la sociedad, yo trabajaré porque tu ideal de *verdad* se realice. Tu novela será de redención ».

— Oh! Maïsa! exclamé. El corazón del Poeta no podía engañarse. Eres todo lo que debías

ser. Eres toda grande. Tu alma se alza jigantesca. Oh! perdóname si he tenido una hora de horrible duda, perdóname; el amor insensato que siento por tí, ha sido causa de todo.

Pero muero contento, tus ojos han venido a guiarme hacia las sombras misteriosas de la eternidad. Bendita seas!

« Sí, poeta. Seré tuya en el pensamiento ».

— Gracias, Maïsa. . . Adiós, Maïsa!

Ví como las tinieblas se hacían cada vez más densas, sentí un murmullo a mis oídos, como al caer el agua de una cascada lejana; sentí una extraña lucidez en la memoria, todo el pasado desfiló en un segundo ante mí.

Después el silencio. . . . el abismo. . . . la nada. . . .

## Y LOS SUEÑOS... SUEÑOS SON...

Todo acabó; extinguida
la antigua llama siento;
no exhale ni un lamento
mi altivo corazón.
Que el más profundo olvido,
rasgada ya la venda,
sobre mi amor extienda
su fúnebre crespón.

CARLOS GUIDO SPANO

Una ténue claridad alumbraba la estancia en que me hallaba. Por la pulcra blancura de sus muebles, me dí cuenta que era una pieza de sanatorio. Sentía una especie de pesadez en la cabeza. Me parecía despertar de un largo sueño, lleno de pesadillas.

Traté de concentrar mis ideas. Qué había pasado? Recordaba haberme separado de mi amigo V. después de una larga charla en uno de los cafés que rodean la plaza principal. Después, un sueño pesado, lleno de agitaciones.

Me parecía haber visto la estátua del Pensador, recordaba una carrera frenética a través de los llanos, de las montañas y de las selvas, una fatiga enorme que me impedía respirar, un sudor helado y abundante que corría por mis sienes.

Y por encima de todo, una figura de mujer, una imagen adorada que semejante a un ángel, después de murmurar dulces palabras a mi oído, parecía haberse remontado a las alturas, envuelta por un blanco torbellino.

Trataba de recordar todos los pormenores de ese sueño. Mi cerebro empezaba a trabajar, para coordinar las palabras murmuradas a mi oído por esa mujer, cuando la puerta se abrió y una silueta femenina apareció en el dintel. A un movimiento que hice, avanzó lentamente después de cerrar la puerta. La veía venir en puntillas. Me pareció que era blanca, no era alta, era elegante, vestía de negro. ¡Maïsa! exclamé. La sombra llegó hasta mi lecho, se inclinó, estampó un dulce beso sobre mis labios, puso su dedo índice sobre los suyos, después tomó algo de sobre el velador que colocó en una de mis axilas.

Era el termómetro.

— Dónde estoy? — inquirí — « Cállese, señor,— murmuró la sombra a mi oído, — duerma, que buena falta le hace. Obedecí como un niño y cerré los ojos.

Minutos después, la sombra recogió el termómetro, avanzó a la luz, miró, y una expresión de alegría pareció animar su rostro.

Se acercó nuevamente a mí y murmuró: « Si me prometes estar quieto, te contaré lo que ha pasado, pero no te muevas y no hables ».

— Pero antes, dime, ¿quién eres?

— « Oh! qué gracioso. No me conoces? »

—Es que no veo, abre un poco, dame los anteojos.

—« Ni lo uno ni lo otro, el médico lo ha prohibido. Yo soy, mi querido, soy todo tu amor, soy la que llegó esta mañana asustada, después de un viaje horrible. Pero ahora no tienes fiebre y esto me tranquiliza, porque el médico me dijo que si no había, desaparecía el peligro ».

—Luego, estuve muy grave?

—« Sí, mi querido, te salvaste por milagro ».

—Y tú, porqué has venido?

—« Pero, vé la pregunta; ¿qué querías que hiciera? »

—Y cómo has sabido?

—« Pero hijo, acaso no saben que tienes mujer, a quien avisar en un caso como éste? »

Me incorporé, miré con atención. Sí. Era Maïsa! Pero no era la Maïsa de mi sueño. Era la Maïsa de la verdad...

Era la esposa noble, la compañera inseparable. Había salvado varios cientos de kilómetros para acudir a la cabecera de mi lecho, a rodearme de sus cuidados junto con su cariño.

Miradas a la distancia, vestidas al mismo estilo, el blanco cútis del busto y de los brazos, destacándose sobre el fondo negro del vestido; qué semejanza de mujeres! Y para completar la ilusión... eran *tocayas!*...

La miré bien. Traté de escrutar en la profundidad de su mirada: era clara, límpida como

siempre. No había temor, todo lo ignoraba, todo lo ignoraría!

Oh! noble amiga, exclamé entre sollozos, ven, que llore junto a tí. Déjame llorar, déjame agotar la última lágrima, deja que mi alma se desahogue, abrázame, bésame. Deja que yo te bese, déjame besarte mucho, porque necesito amarte más que nunca, como jamás te amé!

— «Bueno, si no te estás quieto, me voy, oyes?»

— No temas nada, querida, me siento bien, me siento feliz a tu lado; dí al médico que no hacen falta sus servicios. Contigo basta.

— « Cállate, loco. Ahí está el Doctor ».

Un jóven entró, hizo algunas preguntas, abrió los postigos y acercándose al lecho, tomó mi pulso: « Cómo se siente, señor? » preguntó.

— Muy bien, doctor, no siento nada.

Soltó el pulso, miró las uñas de mis manos, observó la pupila. « Yo creo que ya está bién. Un día de cama, todavía, y después, arriba ».

— Oh! Doctor, qué suerte, exclamó mi esposa.

— « Pero no hay que volver a empezar, eh! »— observó el Doctor — Esas gracias no siempre salen bien. Hay que cuidar el estómago. Un desarreglo de esos, puede serle fatal. No lo olvide. Nada de alcohol, nada de comidas excitantes, el estómago siempre liviano ».

— Yo lo sabía, Doctor, todo eso, contesté. Hacía ya muchos meses que ignoraba lo que era tomar una copa. Anoche me abusé.

— « Anoche? » observó el joven médico, sonriente.

— Cuándo, entónces?...

— « Anteanoche ».

— Y mi sueño ha durado tanto?

— « Y pudo durar por siempre ».

— Y qué fué, Doctor?

— « Una... mala digestión ».

. . . . . .

. . . . . .

Algunos días más tarde, recibí una carta de mi gran amigo de Buenos Aires, en que me decía:

« Mi querido Patricio:

« He sabido el accidente de que fuiste víctima. Debes cuidarte. Ya no tenemos edad para desarreglos, ya te habían dicho los médicos que cuidaras tu estómago.

« Aquí todos buenos, te mandan besos y desean tu completo restablecimiento y tu próxima visita.

« Ya no tengo temor de que vengas a esta, ni de que andes rondando por el barrio de aquellos tiempos. Tu ídolo se mudó. Perdona si tengo que darte una mala noticia: esa señora se halla gravemente enferma. Han tenido que internarla en un sanatorio.

« Lo he sabido de casualidad, por el Dr. Z., yerno de Rosa, que vino ayer a visitarnos. Como vive en X, y conoce ahí a todo el mundo, le pregunté si conocía a tu ídolo; fué entonces que me dió esa noticia.

« Sabes de qué padece esa señora? De **cocainomanía,** y no te diste cuenta! Hacía ya tiempo que había contraído ese vicio, y últimamente usaba la heroïna, dos afrodisiacos potentes. Está muy ajada, posiblemente no

la reconocerías si pasara a tu lado. Después tuvo grandes disgustos con su familia.

« Pero, quiéres saber que me dijo algo muy curioso? Parece ser que la medicina llega a interesarse sobre la posibilidad del contagio en la acción de esos alcaloides, sobre ciertos organismos débiles. Como yo le mencionara tu caso, me manifestó que no habría nada de extraño en que esa señora hubiese absorbido aquella noche una fuerte dosis de una de esas dos cosas, y que sus efectos se hubiesen transmitido a tu organismo produciendo en tu cerebro una pequeña conmoción, que te hiciera creer en el amor. Si así fuese, sería necesario que te sometieras a un tratamiento riguroso, que te libre de esa obsesión.

« Cuando le dije que eras medio neurasténico, me observó que eso mismo significaba una debilidad cerebral, agravada por el desgaste nervioso que necesariamente hubiste de sufrir aquella noche con tu aventura.

« Abrazos de todos y hasta pronto. — *W.* »

Bien me lo venía sospechando desde algún tiempo. Todo se lo perdono. Pobre Maïsa!

FIN

Estas cartas han sido transcriptas tal cual fueron halladas. No he creído conveniente hacer la más mínima corrección que hubiera podido variar el sentido de la narración en ellas contenida. Eso explicará al lector la razón de muchos puntos oscuros en esas cartas que solo pueden aclarar el autor o la misma Maïsa, siempre que esta última sea una realidad y no una fantasía.

N. DEL A.

En la primera línea del soneto de la página 189, debe leerse: «Vengo a vivir tu vida tan solo por un día».

N. DE LOS EE.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028306208